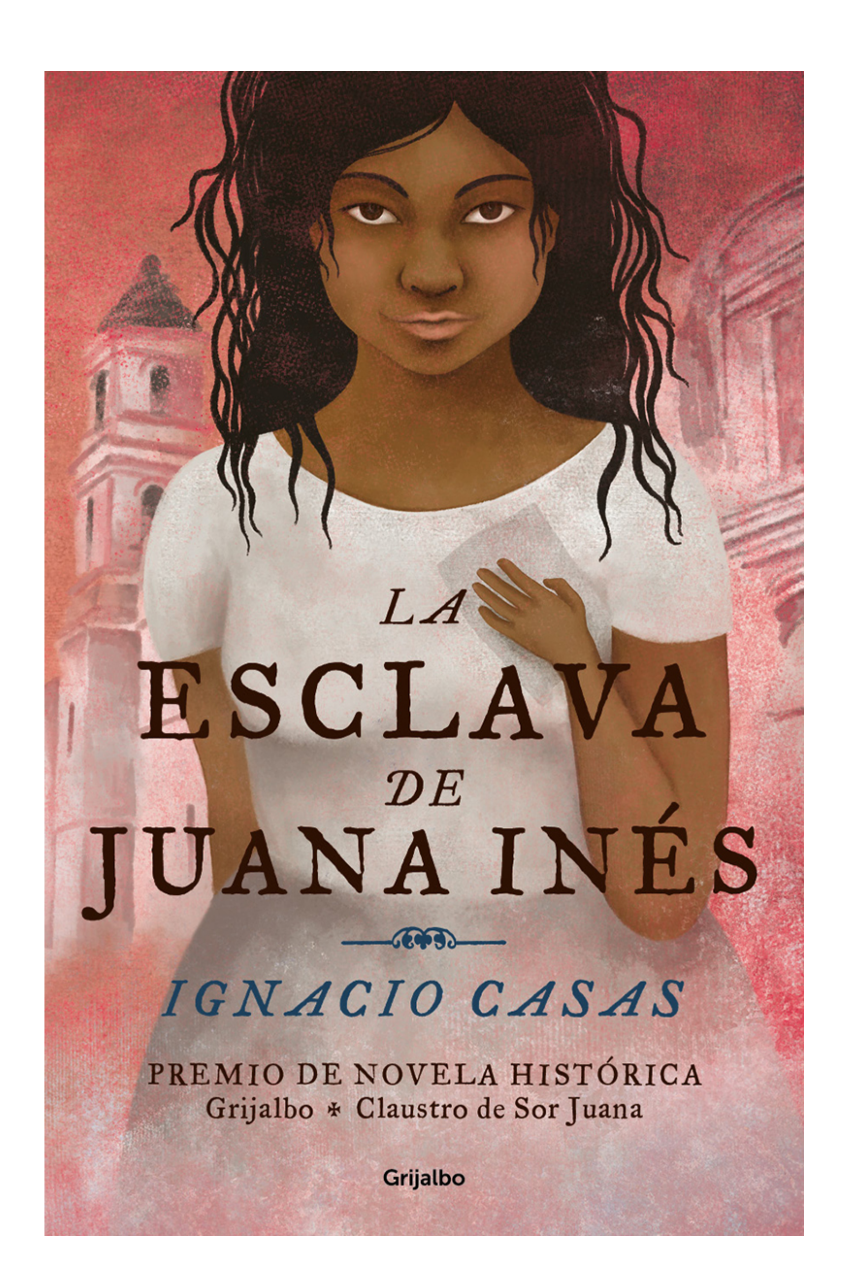

LA
ESCLAVA
DE
JUANA INÉS
IGNACIO CASAS
PREMIO DE NOVELA HISTÓRICA
Grijalbo * Claustro de Sor Juana
Grijalbo

La esclava de Juana Inés



Ignacio Casas

Grijalbo

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial



SANGRE DE TUNA

Desde que llegué aquí, la madre poeta se empeñó en enseñarme a leer, pero yo con poco seso, me negué a conocer las letras. Grité ¿por qué? ¿para qué? Escupí sobre el papel y corrí a esconderme para que no me encontrara.

Habló en voz alta sin saber dónde mero estaba yo y contestó palabras que no hallé entendimiento:

—Para que puedas oírme con los ojos, para que menos ignores, para ¡sepacuántomás!

Al poco, rebelde y arisca tronché las plumas, las avente por el ventanal que da a la calle Verde y regué la tinta por toda la celda. La madre se volvió furia, dijo que las necesitaba, que la tinta costaba dineros y esfuerzo, que era difícil de conseguir. Mentó que no podía dejar de escribir un solo momento y gritó que mi conducta era un estorbo en su vida.

Su vida, que eran letras, libros y palabras.

Estuve rejega nosécuántotiempo, hasta que me amenazó con venderme o deshacerse de mí.

No lloré.

Tenía ganas de correr, de salir.

Huir del frío de este méndigo convento.

Traté de hacerlo pero no pude, algo de mí quería seguir con esa madre tan diferente a las demás.

Agua y pan duro fueron mi castigo.

Días después, ya pagada la deuda, todavía encanijada pero tranquila,

la madre me explicó la razón de conocer lo que las letras juntas dicen, hallar el significado de las palabras, el misterio de una frase, el secreto de un verso.

Tanto dijo, habló y volvió a hablar que me convenció de que me aprendiera cuatro letras.

No más.

Torpe y sonsa, me tardé sepacuántotiempo repite y repite cómo suenan y resuenan esas cuatro letras. Cuando por fin las tuve en la cabeza, la madre me pidió que las anotara. Al principio puros rayones y garabatos hacía yo, pues soy torpe y cabecidura; sin embargo, ella tomaba una pluma, la metía en el tintero, juntaba su piel descolorida a la mía y así, mano con mano, guiaba el camino de mis rayas sobre el papel.

—Sin nombre nada somos —me dijo.

Poco comprendí, aunque el asombro llenó mis ojos y mi cabeza cuando pude trazar esas letras.

—Cuatro letras que son tú misma, una palabra que te dibuja —mentó.

Al poco, con ansias y emoción, anoté sobre papeles y lienzos la ***Y***, una y otra vez. Hice dibujos de las letras ***A*** y ***a*** que, dice la madre, son una y la misma cosa aunque su forma no sea igual. Anoté la ***R*** recostada patas parriba y toda revuelta hasta que me ganó la risa.

Lo mismo que ahora me contento al escribir estas palabras, le hallé emoción en aquel entonces a hacerlo con tinta traída de la China y hasta con sangre de tuna que pinta rojo y recio.

La madre miraba mi locura y sonreía calma.

Todo iba requetebién hasta que se dio cuenta que en muros y paredes había escrito mi nombre un montón de veces. Encorajinada, me mandó limpiar con agua y zacatl aquellas mis primeras letras. Me ordenó borrar los rayones para que ninguna monja, y menos la priora o la vicaria, vieran mis avances pintados en la pared.

Así lo dijo: avances.

Luego, pasados los días, con ganas y contento me enseñó a usar el silabario. De esa manera aprendí a formar una y otra y otras palabras, el nombre de mi padre, B A N T Ú, y el del pueblo donde nací, Y A N G A. Las tres letras del ***sol*** y las cuatro de la ***luna***. También me mostró los números, del cero al noseacaba, y el punto final.

A su lado aprendí cómo contar los cinco dedos de mi mano, que al juntarlos con la otra se hacen diez. Al mismo tiempo me enseñó algo que me gustó más que comer zapote negro con naranjas peladas: anotar cuántas monedas tenía. Me puse requetecontenta porque yo nunca había tocado tantos dineros y más alegría me dio cuando aquellas monedas brillaron en mis manos negras.

En veces me daba el miedo, la sonsera o el coraje. Me sudaban la frente y los cachetes, pero no importaba, yo forzaba mi cabeza para que le entrara lo que la madre quería que aprendiera.

—Con las veintitantas letras del alfabeto se puede escribir todo, inventar un mundo y otro y muchos más —me dijo una vez.

Poco entendimiento le hallé.



SANTORAL

Cuando llegué aquí, una de las monjas que era alta, gorda, con pelos duros sobre la boca y me miraba con ojos de malora me dijo que debía ponerme siempre faldón y camisa blanca para disfrazar el color impuro y maldito de mi piel; mentó también que mi nombre no era cristiano. En voz baja me aconsejó que si quería que se me saliera el pecado, la maldad y lo oscuro de mis adentros, aprendiera a rezar, aceptara el bautizo y el nombre que me tocaba de acuerdo al santoral del día en que nací.

—¿Santoqué?

Poco entendí. Enojada y sin pensar le dije que mi padre, el Bantú, me había enseñado cómo rezarle a nuestros dioses, igual que lo hacían los abuelos de sus abuelos. Con mi voz mulata, menté que ***Yara*** era, y que ***Yara*** sería por siempre de los siempres.

La monja aquella, que era muy blanca de piel y cachetes rojos, me tapó la boca con sus manos recias, dijo que me callara. Miró pal techo y corrió a acusarme con la autoridad del convento, que es la madre priora. Ella, de rápido, mandó por mí. Cuatro monjas gordas llegaron y me jalaron pa donde estaba la priora, que me preguntó a quién le rezaba yo.

No abrí la boca.

Dijo que tenía que respetar la santa fe o me condenaría para siempre, mentó que acabaría pagando mis maldades en el purgatorio o en el infierno, que podrían quemarme viva o mandarme a la horca.

No abrí la boca.

La madre priora ordenó que me llevaran con un cura, luego tomó un

collar largo lleno de bolitas y comenzó a repetir nosécuántas palabras.

Las carigordas a empujones me jalaron pa la capilla. Esperé un largo rato custodiada por esas monjas que me echaban ojos que calaban como espinas. Una era alta y olía rancio, otra tenía las uñas negras, a la tercera se le salían los pelos de las narices y la última cargaba un palo que le ayudaba a caminar y le servía pa amenazarme. Se hizo la tarde y por fin llegó un sacerdote viejo reviejo. Él tras unos barrotes me preguntó cosas que no entendí, pues le faltaban los dientes y se le revolvía la lengua.

Seguí callada.

Mentó sepaquémás y empezó entonces a repetir palabras que ni siquiera decía en esta lengua y que menos comprendí. Aunque estaba detrás de unos fierros que nos separaban, me mojó con un agua fría que no sé de dónde sacó.

Al poco rato se acercó la priora y tras los barrotes habló con el sacerdote viejo.

La madre poeta llegó andando de rápido, pues había seguido mi camino, escuchó con la cara seria sin decir nada.

El reviejo levantó la voz y largo rato habló aunque no hallé entendimiento, luego la priora dijo quel padre había ordenado que me enseñaran las oraciones, los secretos y los principios de su fe, y que además tenía que anotarme en el Libro de bautismos de negros y esclavos con un nombre que no acepté y nunca aceptaré: Juana de San José.

Miré cómo el cura se dio la media vuelta, tomó su bastón, se limpió mocos y saliva, y caminó con dificultad hacia afuera.

La madre poeta se acercó a la priora, a la vicaria, a las monjas, las miró.

En voz calma habló:

—Conmigo aprenderá la existencia de Dios y la pureza de la Virgen María.

Luego me volteó a ver y dijo recio:

—Yara, vámonos a la celda.

Todomundo guardó silencio.



ASOMBROS

Con la calma de una caracola, la madre poeta me mostraba vocablos nuevos.

Frases.

Versos.

Me leía algún poema de los que ella escribe o de los que están en sus libros. De refilón me enseñaba algún rezo que yo me aprendía nomás como perica, nomás pa engañar a las monjas y no estuvieran fastidiando.

Llena de asombros al descubrir aquel mundo de letras y palabras, me dejé modelar por entero.

Con tiento y sigilo aprendí a formar frases y a hallarle comprensión a lo que significan las palabras. Me entró también la curiosidad y el deseo de leer, de saber más. Conocer en los libros los misterios de las cosas y los días.

Quise también escribir. Escribir como ella lo hace, escribir porque al anotar una cosa y la otra siento calma, contento y libertad.

La madre poeta me regaló un poco de tinta, pluma y un pedazo de papel, pero me entraron las ganas de escribir mucho y todos los días, así que pelé los ojos, paré las orejas y usé las artes del bandido. Hurté tinta, plumas, pliegos y comencé a anotar, en secreto, lo que hallaba, lo que me había pasado o las cosas locas que salían de mi cabeza imaginera.

Antes de irme a dormir, o al amanecer, escribía montones de palabras. En veces toda taranta porque no hallaba cómo anotarlas bien. En veces, al acordarme de estoylotro, me daba coraje y pena, o se me

salían la risa y las carcajadas, entonces apretaba la boca, porque la madre poeta siempre quería que estuviera silencia, quesque porque los ruidos le hacían mala obra. Decía que la sacaban de sus estudios o escritos causándole perjuicio. No me gustaba estar silencia, pero ¡chitón! Tenía que obedecer.

Cuando salía de la celda, la madre poeta cargaba siempre tintero y plumas, igual que uno o varios papeles. Decía que tenía que llevar todo eso porque podía suceder algo digno de retratar con palabras.

Y así era.

Al caminar o estar sentada, en el rezo de la mañana, en el refectorio o bajo los naranjos del patio; de pronto sacaba pluma, tintero, papel y escribía. Anotaba tanta cosa y tan rápido que me costaba trabajo echar un ojo. El hervor del agua, las calenturas de una enferma, los combates de las monjas, los bailes de las niñas, los dineros que entraban o salían del convento, las noticias que llegaban de la virreina.

¿Y yo?

Yo apuntaba gustos y secretos: torta de cielo, dulce de leche, buñuelos; los sobresaltos de un chapulín, el rodar de la pelota, el crecer de mi pelambre; las mañas para salir de aquí, el contento por pellizcarme los cachetes; una lágrima entre el chipichipi.

La madre poeta nada supo de mis anotaciones, de los pequeños hurtos de tinta y plumas, de que escribía en el papel que era de su propiedad. Nunca halló mis escritos, pues los tenía bien escondidos entre los triques que guardaba en el pedazo de celda que poco a poco me fui apropiando.



MI SANTA

Hace años allá en mi pueblo, cuando me trepaba a los árboles o a las palmeras y les aventaba naranjas podridas y zapotes blandos a las viejorronas y a los chamacos, cuando me reía como chango y repetía las tonteras del cotorro, cuando le jalaba la cola a los perros y me volvía a reír; una vez quel cielo estaba bien lleno de estrellas, luego de tocar los tambores, cantar y repetir palabras en la lengua de los padres de sus padres, entre candelas encendidas y perfumes de flores quemadas, el Bantú, mi padre, me contó como se cuentan los cuentos que los negros tenemos dioses. Dioses que se disfrazan como si santos de los blancos fueran. Así, me habló de una santa que es la patrona de todos nosotros, una santa que fue princesa y que nació más allá de la Villa Rica de la Vera Cruz, más allá de la mar océano donde la tierra vuelve a nacer, los árboles son más verdes, altos, hay animales enormes y gente buena de nuestro color.

Tocó los tambores con fuerza, habló recio. Luego de un rato, ya en voz calma, le pidió a esa santa, con palabras como cantos, que yo siempre estuviera protegida, que nunca me faltara na.

Efigenia, tata Nyanga,
princesa y madre nuestra
desciende de lo alto,
camina junto a Yara,
que abajará los ojos
delante de ti.

Efigenia, tata Nyanga,
patrona de negros, zambos y mulatos,
ayuda a mija toda la vida y por siempre,
déjala cobijarse bajo tu sombra buena,
protégela de la tormenta y la centella.
Menga kimenga, senguá.

Todo eso mentó con las palabras que aprendió de su madre y luego las repitió en castilla, la lengua con la que escribo aquí.

Esos cantos, esas oraciones se quedaron pegadas a mi cabeza desde aquel momento.

En veces cuando estoy metida en un apuro, cuando las ansias se me suben o no encuentro cómo arreglar un daño o una ofensa, le pido, sin abrir la boca, que me ayude. Le pido a ella, la santa que, al hacer sonar el tambor de las dos caras, me bajó del cielo mi padre, el Bantú.



YANGA

¡Malhaya el día que me expulsaron de Yanga! ¡Malhaya el día en que mi padre se fue vaya uno a saber con quién y a dónde fregaos! ¡Malhaya cuando nos quedamos sin comer!

Nací entre cocoteros y cañas de azúcar, tuzas, tejones, tragavenaos, guardacaminos y otras culebras, de las que se arrastran y de las de dos patas. Mi pueblo, el único lugar libre de la Nueva España para los negros, está cerca de la Vera Cruz. Huele a hierbas y flores o a pura agua con sal, que es la que viene del mar. Tiene sabor a coco, pescado fresco y cambumbí.

Desde la mañanita hasta el anochecer me la pasaba nadando en el río. Me gustaba sentir la corriente tocándome los pies, la cintura. Igual que yo, siempre se movía ese condenado río, en veces arrastrando flores amarillas, rojas, violetas. Me encantaba meter la cabeza al agua y salir bañada de colores. El río llevaba también un montón de hojas, hierbas y piedras que ruedan como la rueda rueda.

Varias veces me gritaron que yo era una raterilla sólo porque me agarraba todas las pitahayas y los zapotes que pudiera cargar. Echaba carreras para subirme a los árboles y bajar el mango que estuviera más arriba, luego corría para escapar de los dueños, mulatos o negros que me perseguían a grito y muina.

Todas las carreras las ganaba yo.

Cuando se empezaba a meter el sol, salían de nosédónde unos canijos mosquitos, desos que pican bien fuerte, listos para chupar la sangre, por eso soy ducha en agarrarlos al vuelo y aplastarlos.

Por las noches, me quedaba embrujada al mirar el brillo de los cocuyos. Estrellas de campo, les decía el Bantú.

Muchas veces, mi padre y yo pasábamos horas y horas en calma, escuchando sólo el canto de los grillos y viendo a esos bichos que parece que traen candelas en el cuerpo.

—El silencio es la mejor forma de estar con nosotros mismos —decía el Bantú.

Poco entendí, porque a mí me gusta hablar como cotorra y silbar como pájara cantora.

Mucho tiempo después, comprendí que cuando estamos callados, al escuchar el sosiego, no hace falta nada.

MIS PADRES

El Bantú y mi madre se conocieron en una hacienda azucarera cerca de la Villa Rica de la Vera Cruz. Él, hijo de padre libre, navegó el mar en las entrañas de su madre encadenada.

Bueno para compartir relatos, cuentos y enredos me dijo que supo, por quien la vida le dio, que ella llegó a la América en un barco negrero donde venían montones de esclavos atrapados en los reinos de Ndongo, Kongo, Luanda y Matamba.

Mi padre vio la luz con el amanecer de la Nueva España y un grillete en su pequeño pie. Luego de calentar el hierro y marcarlos con el calimbo, fueron vendidos. Esclava la madre, esclavo el hijo. Pocos años pasaron juntos, pues la madre de mi padre, según me contó él, se fue haciendo débil y torpe, hasta que la vendieron en remate como bulto con cabeza.

En la hacienda, el Bantú, mi padre, desde chiquillo se juntó con un maestro de azúcar, con él aprendió los secretos del oficio y se hizo valer más. De joven, enamoró a mi madre, zamba de pelo lacio; hija de india totonaca y negro extraviado. Ella me dijo que deseosos como el sol de mediodía, escondidos entre cañas y carrizos, me hicieron a mí.

Contaba el Bantú que todomundo decía que se les miraban las ansias de fugarse, huir de la amenaza constante, del castigo; huir porque a causa de los calores y la falta de agua, no hubo caña pa cortar; entonces el maltrato se hizo más grande y el hambre se presentó. Cuando el amo oyó lo que se mentaba, vendió a mi padre a un patrón del pueblo de Guatusco, separándolo de mi madre.

Hombre fuerte, de patas grandes y cabeza lista, luego de que aumentó su coraje, una noche sin luna pegó carrera y se perdió en la oscuridad hasta regresar a la hacienda, agarró a mi madre, y como cocodrilos se arrastraron por pantanos y lagunas, como gatos del monte se treparon a los árboles pa esconderse y luego corrieron, corrieron cayendo y levantándose hasta llegar al único lugar libre para los de color quebrado: San Lorenzo de los Negros, como le dicen los castizos; o Yanga, como le decimos nosotros.

Ahí nací yo.



CUMBÉ

Meses antes de que me trajeran a la ciudad, al frío de este malhayo convento, fueron las fiestas del cumbé donde hay cantos de tambores, botijas y maracas; donde se beben quebrantahuesos y chamucos de miel prieta y se baila por todo el pueblo pa luego coronar a la reina, pasearla en su trono cargada por un montón de negros y llevarla a presentar a Simbiricú, el Dios que da la buena suerte. Me acuerdo bien que mi madre me consiguió un faldón amarillo, me lio los cabellos con un lazo de colores pa formar en mi cabeza una flor. Me aderecé la boca con jugo de betabel, me embadurné los cachetes con polvos de gardenias, saliva en las pestañas.

Mientras los músicos tocaban bombos y chirimías, yo bailaba y movía las nalgas y las tetas vestidas de mangos. Todomundo me aplaudió. Entre cantos, gritos y golpeteos de tambores, se cumplió un sueño que tuve desde chica: me coronaron como Yara, la Reina del Mango.

Ahí fue donde me vio don Diego de Matatráz. Criollo cara de perro gordo. Desde ese día no me dejó de mirar, de seguir.

Quería sobar los mangos pa luego comérselos, así me decía él, juntar su piel sin color con mi piel mulata. Embarrarme su peste. Sumo aborrecimiento me causaba el maldito.

Todavía estaba con nosotras, con mi madre y conmigo, el Bantú. Mi padre negro y tostado, mi padre de piernas grandes, mi padre de cabeza dura y mirada loca.

Una vez quel cariperro me agarró y me quiso manosear, grité y pedí

ayuda a mi santa y a mi padre, grité tanto que los pájaros que descansaban en los árboles se echaron a volar haciendo tremenda escandalera. Como envuelto entre mis gritos y el zumbido de picos y alas, llegó el Bantú, le dio un moquete en la cara y golpes en la barriga. Al gordo le salió sangre roja de la nariz. Nada de azul, como él decía. ¡Gusto que me dio!

Poco después, el méndigo de don Diego se fue a quejar al cabildo de Córdova con el alguacil mayor. El tragavirotes del alguacil le dio la razón a él y no a mi padre, quien lo único que hizo fue defenderme. ¡Así son todos los castizos!

Desde entonces el Bantú no estuvo bien, lo malhayaban por una y otra y otra cosa, hasta que un día quel viento norte calaba recio, se fue sin decir nada.

La viejas argüenderas como pericas le dijeron a mi madre que se había ido con una coyota, que se habían trepado en un barco y que jalaron pa sepadónde a trabajar y a hacer más hijos. Otros dijeron que se fue a meter a las minas de San Luis, porque allá a los negros nos quieren más, pues somos buenos pal trabajo duro, pa aguantar. Mucho más que los indios.

Yo no sé a dónde fregados agarró camino, pero desde que nos dejó, mi madre perdió la mirada y la razón. A los pocos días de quel Bantú se fue, quiso quemar la choza donde vivíamos, quiso tomar venenos de la cascabel y ya no me quiso a mí.

Dijo que no tenía para darme de comer, ni pa vestirme, ni pa darme alegrías.

Eso dijo.

Luego, anda que te anda, gastándose los pies, se fue a la Vera Cruz.

Traté de seguirla, de jalarla pa que regresara, pa que volviera conmigo, pero nada pude hacer. La tristura de verla caminar derecho sin voltear pa tras me rompió todita por dentro. Desencajada anduve días y noches nomás pensando en ella.

Al cabo de semanas y meses, supe por los que iban para allá y volvían pa contar, que caminaba por la playa larga, que comía alas o picos de gaviotas, huesos de pescado, que miraba cómo salía el sol con ojos sin ver, nomás en espera de que algún día regresara el Bantú. En Yanga, todo mundo alegaba que estaba herida, loca de amor huido.

Yo también quería al Bantú.



LA ESPUMA

Nomás se enteró don Diego de Matatráz que mi padre ya no estaba y que mi madre se había ido pal mar sin juicio ni razón, fue a buscarme trepado en su caballo. Llegó a lo que quedaba de la choza y su peste se confundió con el olor a quemado de los carrizos y las hojas de palma. Se metió el maldito y trató de tocarme otra vez con sus manos agrias como leche cortada. Se empeñó en lamerme con su lengua que apestaba a culo de cerdo. Patada entre las piernas que le di y grité mucho y bien fuerte. Una vez más se alzaron en vuelo los pájaros y los zopilotes. Los perros empezaron a ladrar. Las puercas gruñeron. Escándalo y ruido hasta que llegaron a ayudarme el Lobo, la China, el Moro y sacaron al viejo a palo y piedra.

Aturullada de muy adentro, como si estuviera encerrada en un laberinto sin saber pa dónde salir, así me sentía.

El maldito de don Diego esta vez fue a chillar con el Justicia de la Villa Rica de la Vera Cruz. Le dio la razón a él. Mandaron por mí a un montón de soldados. Me buscaron por aquí, allá y acullá hasta que una culebra de dos patas les dijo que yo estaba trepada, escondida en lo más alto de un árbol de mangos verdes. Cuando me encontraron, un indio, como si chango fuera, se subió al árbol, lo siguió otro y otro más. Me agarraron y entre todos me bajaron mientras yo les daba mordidas y patadas.

Poco a poco me calmé, porque entre grito y moquete pensé que si me llevaban al puerto, con la ayuda de mi santa negra, podría encontrar a mi madre.

Con amarres en las manos me treparon a la carreta. Dos días de tardanza, cruzando pantanos y mosquitales, caminos de tierra y lodo, aliviaderos de agua estancada.

Cuando llegamos, en el Palacio del Corregidor ya estaba don Diego. Los soldados me quitaron los amarres y luego de que Matatráz alegara nosécuántos embustes, el Justicia dijo:

—Tenéis que obedecer, negra cambuja, negra del demonio, negra saltapatrás. Así son los negros: indomables, rudos, ariscos. Sin alma, Dios, ni razón.

En mis adentros pedí ayuda a mi santa, y aún con la tristeza y el coraje, pude gritar que somos buenos, fuertes, listos, que no dejamos que nos maltraten y que nos gusta correr, bailar, cantar bien fuerte y, cuando hace falta, dar mordiscos o moquetes.

Todos se rieron.

El Justicia siguió alegando, y mientras él decía mentiras y embustes, y ordenaba azotes y otros castigos, yo pelaba los ojos hacia la raya que hay entre el cielo y el mar para ver si por ahí hallaba a quien la vida me dio.

Una gaviota sin plumas cayó donde revientan las olas, la espuma se tragó al pájaro que no volvió a ver la luz.



VACÍA

No olvido que recibí uno y otro azote desde quel sol empezó a quemar hasta que apareció la primera estrella.

Muchos no fueron.

Lentos sí.

Calaba más la espera quel golpe.

Mal recuerdo cómo volví a Yanga. Cuando llegué, busqué en los árboles, en los viejos y en la sombra un poco de alivio.

Nada.

Vacía, marcada por las costras y quebrada por dentro, me sentí como si no tuviera brazos ni piernas.

Una noche que la luna se perdía entre nubes negras, llegó don Diego trepado en su caballo, amarró el animal a un árbol y se metió a las cenizas de la choza dónde yo mal dormía.

Con su voz apestosa me despertó, no supe qué dijo. Se me acercó y me embarró toda su ruindad. Grité y como chiva le di patadas, lo escupí y lo maldije. Agarré un coco y se lo reventé en la crisma, otro en la nariz, uno más en la nuca. Sangre, mocos y sebo cubrieron su cara asquerosa.

Zumbaron los pájaros, ladraron los perros. Las puercas mordieron. Tanto escándalo hicieron los animales que llegó casi todo el pueblo junto con el padre sacerdote, quien pidió que mandaran traer paños para apretarle las heridas, pues don Diego estaba malherido, con el cuerpo mordisqueado y la nariz y la cabeza sangrantes.

¿Y yo?

Los negros poco importamos. Sin saber qué hacer, lloraba por dentro aunque por fuera mi cara mostraba furia.

El padre, luego de que cargaran al maldito pa acercarlo con un boticario que curaba de cirujano, pidió que me llevaran a la parroquia. Amarrada con un mecate en las manos, me quedé con el cura un buen rato. Empezó a hablar en voz baja y me echó sepacuántas palabras. Cuando tenía cerca su aliento, me quiso tocar y lamer. Ardí de coraje, le di una patada ahí mero. Doblado de dolor, pidió ayuda y comenzó a decir palabras que no entendí, en eso se escuchó que caballos y mulas llegaban. Varios soldados con armas y palos entraron, así como un chaparro jorobado y un hombre de pelos rojos que era el que mandaba. Aún adolorido, el cura les dijo que se me había allegado el demonio y que no tenía remedio, que yo era hija de Satanás. El de los pelos rojos, que luego supe era oficial, me aflojó los amarres de las manos. Ordenó que fuéramos con el Justicia Mayor a la Villa Rica de la Vera Cruz.

Grité y lloré y dije que yo sólo me había defendido, quel cura y el maldito querían manosearme, aprovecharse de mí. Nomás gané que me taparan la boca y que me apretaran tan fuerte los amarres que sangre me sacaron. Así, me subieron a una carreta y allá vamos. Después de horas de camino, con tristeza, coraje y sed hasta en los ojos, llegamos. Luego de oír al oficial y al chaparro capataz que dijeron cosas falsas de mí, el Justicia decretó que por casimatar a don Diego y patear entre las piernas al padre sacerdote quedaba expulsada de Yanga y perdía la libertad. Ordenó después que luego de azotes y humillaciones, debían llevarme a vender a la Ciudad de Méjico.

Me quedaba sin libertad.

Sería esclava como la madre de mi padre.

Esclava.

Aquella palabra rezumbó en mi cabeza una y otra vez y me llenó de miedo, angustia y coraje; aun ahora, al escribirla aquí, me recala el dolor.

Esclava.

Tenía que dejar el lugar donde el sol me quemaba de contento, donde corría y nadaba y echaba machincuepas, donde me trepaba a los árboles y me gustaba morder la caña, pelar naranjas o comer zapotes, limas y limones.

¿Aceptaría aquello tan conforme? ¡Nada! Me encomendé a Efigenia,

mi santa, y con fuerzas sacadas de nosédónde me les zafé a los soldados y pegué carrera. Pronta me fui hacia la mar y corrí, ora en la arena, ora en las piedras, me metí al agua, nadé como tiburona, salté como mantarraya, volví a nadar rápida y salvaja. Luego de un rato llegué hasta donde la mar estalla, truena, zumba y maltrata. Los soldados indios me seguían lo mismo quel capataz de bigotes chuecos. Todos gritaban:

—¡Maldita!,¡agárrenla!,¡lleva el demonio en los pies!,¡en los brazos!, ¡ya le salieron aletas!,¡ahora tiene patas!,¡vuela!,¡pies y brazos de nuevo!

Seguí corriendo, nadé, me salí del agua y continué andando empapada de mar y sudores. De pronto me topé con una fortaleza rodeada por un muro cual altura de un hombre y un poco más. Como si fuera gata del monte, me encaramé por las piedras y oí cómo desde una torre, los vigías gritaban los lugares por donde yo corría. Pronto me rodearon varios soldados vestidos con calzones amarillentos y sombreros quemados por el sol. Armados de fusiles, piedras y arcabuces me apresaron y me trataron como si fuera la peor de los piratas. Me taparon la boca. Amarrada de patas y manos, me dieron montones de azotes y me entregaron al oficial de ojos aceituna.

Llorando por dentro, sin lágrimas, recia como el viento norte, estuve con la cabeza firme. Me querían mandar a donde juzga el Tribunal del Santo Oficio. Alegaban y discutían. Decían que era bruja y que me debían quemar.

El oficial de ojos verdes y manos grandes, sepaporqué, habló y dijo que lo que habían mirado los soldados no era verdad, sino visiones causadas por el sol, el viento caliente del mar, el canto de las malas sirenas. Que no me habían salido alas ni aletas. Con voz grave y fuerte se impuso, diciendo que él era quien mandaba, que me dejaran en paz y prepararan todo para iniciar el viaje a la gran ciudad.

ABRASARNOS

Me salvé de que me juzgaran en el Santo Oficio, pero no de que me llevaran a vender. Ahogada de rabia y coraje, pensé que nunca volvería a ver el mar. La mar, donde mi madre se quedó para siempre.

A rastras, a trompicones, amarrada, me subieron a la carreta e iniciamos el camino desde la Villa Rica de la Vera Cruz hacia la Ciudad de Méjico.

Junto a mí iba la Jacinta, una mulata de apellido Feliz, así como un negro mandingo flaco de culo grande, quien amarrado, lloraba sin saber qué hacer. La gente estaba tan encabritada como yo. Aventaban palos y piedras a los malditos que nos llevaban amarrados. Ellos amenazaban con fusiles y arcabuces. La madre del negro gritaba el nombre de su hijo, Orlando, así como injurias a los soldados y se jalaba los pelos mientras él chillaba y volteaba la cabeza hacia ella, quien corrió detrás de la carreta mucho rato y cuando no pudo más le aventó un atadillo.

—Pa protegerte de todo hombre, mujer y cualquier mal —gritó la madre, y cayó rendida, sin fuerzas.

Así dejamos nuestro pueblo, Yanga. El oficial y el capataz jorobado iban delante en sus caballos; los soldados, detrás de ellos sobre mulas flacas, mismas que jalaban la carreta.

Un soldado indio que iba al lado de nosotros quiso agarrarme las tetas, furiosa le escupí, él trató de golpearme pero el oficial de piernas grandes se dio cuenta, se detuvo, bajó de su caballo, se acercó, le pegó un grito y lo mandó con los demás. El indio mentó injurias en su lengua madre, el oficial lo silenció de un bofetón y luego con sus manos

blancas y peludas me amarró fuerte.

Continuamos el camino hacia la Imperial Ciudad de Méjico, después, cuando ya no se oían los chillidos ni lamentos de nuestra gente, nos bajaron de la carreta y caminamos trechos con mucha dificultad, pues llevábamos bien amarradas las manos y el cuerpo. Así seguimos, ora arriba, ora abajo. Trepados o a pata, dizque pa que descansaran las mulas. ¡Mulas ellos!

Por los rumbos de Orizaba hicimos una parada donde los que nos llevaban tragaron pan pesado, tortilla y chocolatl. Grité que nosotros teníamos hambre, que queríamos comer. El oficial le acercó a la Jacinta un pedazo de pan reduro, al mandingo un pambazo blanco, luego se puso muy cerca de mí. Me eché pa atrás, y como pude lo arañé. Con un solo brazo me contuvo, se lamió la herida y sin hacer daño, me tapó la bemba con su mano grande. Quise morderlo, pero él aferró su mano a mi boca hasta que me puse sosiega.

Llamó a los soldados, ellos me amarraron un trapo cochino en la boca y apretaron los mecates que aprisionaban mis manos. Me volví a encorajinar. Mentando injurias a pesar de tener la boca tapada, furiosa, sudando de rabia y muerta de hambre, continuamos el viaje.

Después de mucho rato de andar, cuando sólo se oían los ruidos de las carretas y las pisadas de mulas y caballos, el Orlando sacó de sepadónde un cacho del pambazo que le había dado el oficial y me lo puso en la boca.

Todo fue subir por los cerros, subir tanto hasta quel sudor se congeló y me atacaron los calosfríos. Nada me gustó hasta que miré al volcán, al enorme Citlaltépetl. Así le dicen los indios: Citlaltépetl, monte de la estrella. Miré su blancura, su enorme tamaño. Sentí cerca la heladez del viento y la nieve.

Pensé que si hubiera un volcán negro, sería el Bantú, monte de la estrella negra. Orlando, el mandingo, ducho en las artes de hilar y deshilar, con tiento y silencio se aflojó los amarres, luego hizo lo mismo con la Jacinta, y entre los dos me ayudaron a quitar el trapo de la boca y desapretar los mecates que me calaban las muñecas. Ni cuenta se dio el oficial, menos el jorobado, ni los soldados que iban trepados en sus mulas.

Un cocuyo iluminó mis ojos y me dormí.

Miré en mi sueño un volcán oscuro que escupía fuego y cobijo.

Sangre que hervía y bajaba por el monte hasta llegar con nosotros y abrasarnos.



EL JUEGO DE DECIR

En la madrugada desperté con frío y carraspera. La Jacinta rasgó un pedazo de su faldón que ya traía medio roto, y me tapó con él. Así continuamos el camino, confundidas de coraje y sin fuerzas pa pelear, sin saber qué hacer. El Orlando se repegó y juntos, como cachorros de lobo, nos dimos calor unos a otros.

Mirando los mismos tres luceros que veía en Yanga, el Orlando, la Jacinta y yo, bien apretados pa calmar los destornudos, con las tres estrellas sobre nuestras cabezas y el canijo viento de los volcanes enfriándonos hasta los huesos, con la tristeza y la furia sosegadas, nos contamos en voz baja cosas de nosotros.

—Es un juego —dijo el Orlando—. Nos contamos, nos decimos y lo que aquí se miente a nadie lo debemos palabrear jamás.

—¡Juega! —dijimos la Jacinta y yo.

—Pa que ninguno de los tres nunca rompa este pacto —añadió el Orlando— hay que sellarlo con una gota de nuestros adentros —continuó, y sacó del atado que le había echado su madre un fierro, pequeño y fino como alfiler.

—Estiren el dedo que sirve pa señalar —ordenó. Con dificultad, pues sólo había aflojado sus amarres, metió el fierrito cortante en nuestros dedos.

—¡Ay! —gritó la Jacinta.

—¿Qué ocurre allá atrás? —preguntó el oficial.

—Estos negros que no dejan de ladrar —contestó el capataz.

Los tres nos miramos con coraje y susto, pero continuamos. Yo

apreté la boca, el negro se mordió la lengua. Unas cuantas gotas de sangre pesada salieron de nosotros. El Orlando revolvió la sangre de los tres; luego, como maestro en las artes del dibujo, caló sobre nuestra piel, con ayuda de aquel fierrillo, un dibujo sencillo y raro, y lo cubrió con nuestra sangre que se empezaba a secar. Juramos en silencio ayuda, amistad y no contar lo que habríamos de saber. Aquel dibujo se quedó en nosotros, en nuestra piel para siempre.

En voz baja y temblando de frío, comenzamos.

—Empieza tú —me dijo el Orlando.

Así lo hice.

—Cuando mi madre agarró una vara. Esa vara. La llenó de sebo y la prendió; cuando quemó las palmas, las cañihuecas y se hizo la luz en medio de la noche; cuando el fuego abrasó sillas, cobijas y cazuelas; cuando no quedaron más que cenizas de nuestra casa, ella, mi madre, se fue. Corrió como coyote herido y miró sólo pa delante. No me volvió a ver. Entonces abrí los ojos tanto, tanto abrí la boca y los oídos, tanto respiré el humo negro que una chispa se adentró en mi piel, en mi garganta y mi cabeza. Esa chispa es una astilla de fuego que traigo dentro. Me hace hervir el pecho, se me sube a la mollera, me incendia y no deja que me malhayen. Esa astilla es también mi padre, el Bantú, que me dice que soy fuerte y recia. Por eso cuando corro, cuando pego, cuando grito, se me incendian los ojos, por eso me vuelvo roja y furia y dicen los curas y las mustias, los justicia y los soldados, que se me entra el demonio.

Eso dicen.

Jacinta, la de apellido Feliz, siguió.

—Ramera, putilla, barragana, desvergüenzada y otras palabras me gritaba la gente, pero nadie sabía que una vez, cuando el de las barbas renegras llegó al pueblo, me miró largo, me anduvo espiando y en una desas me agarró, me llevó pal monte, me acarició y se allegó a mí. No le di golpes ni patadas. Me gustó. Me gustó yacer con él. Me gustó tanto como me gusta bailar el cumbé, vestirme con paños de seda, ponerme listones en el pescuezo, usar sortijas y calzar zapatillas.

”El de las barbas y pelos me daba monedas que me servían pa comprar pan floreado que costaba medio real, leche fresca de vaca y hasta carne de la buena. Además, con esos dineros yo conseguía afeites para adobarme la cara, las manos, los pechos y así desmentir mis

defectos y parecer aún más hermosa. Contenta estuve hasta quel barbudo ya no regresó.

”Sin dinero y con el gusto ese de irme a retozar con uno u otro, empecé a cobrar por yacer conmigo. Una vez hasta un real de a ocho tuve en las manos. A estas alturas conozco a casi todos los hombres de Córdova, Yanga, Orizaba y a varios de la Vera Cruz, y puedo decir quiénes son buenos para ajuntarse y quiénes nomás no.

El Orlando continuó.

—Desde niño me gustó ponerme coloretes de arrebol en la cara y hacerme trenzas de seda. De más grande, me volví alcahuete de caras, porque les embarraba a las viejas ungüentos que cubrían sus arrugas, luego me hice alcahuete del placer. Juntaba a dos enamorados diciéndole a la novia cómo mantener contento al varón, cómo usar los labios. También enseñaba al novio cómo montar a la mujer, calmo primero y luego recio, con enjundia. ¿Que yo cómo aprendí? En la capilla. Me enseñé también a tomar el vino que ellos toman y a arrodillarme ante un fraile de poco pelo. Yo lo vestía y él me desvestía. Cuando llegó el cura viejo y feo, a bastonazos y amenazas me sacó de la iglesia. Dijo que yo era causa de pecado, que sus ojos me vieron vestido de faldas y holanes, y bailar con collares de flores delante del fraile. Habló duro con él y le ordenó rezos y más rezos. A mí me mandó a juzgar. El Justicia, sin oírme, ordenó mi expulsión de San Lorenzo. Por eso estoy aquí, camino a la ciudad para que me vendan como esclavo.

Luego de contarnos nuestras cosas, a la sombra de la luz de la luna, nos dijimos también palabras tontonas, nos reímos y cantamos en voz baja:

—Tengue que tengue, tengue que tengue.

—Zumba casú, zumba casú.

—¡Cucumbé!

Nos dio el contento un buen rato y luego pensamos cómo hacer encabritar a los soldados y al oficial. Entre tanta plática, risa y cantos silencios, nos quedamos dormidos.

Yo, Yara, volví a soñar. Soñé con que muy pronto podría ser libre para treparme a los árboles, para mirar desde lo alto y aventarles cocos duros a los soldados y al capataz y que se les reventaran las cabezas con agua fresca de coco dulce.

DE LOS ÁNGELES

Amanecimos en la Puebla de los Ángeles. Iglesias y capillas a medio hacer se miraban por todos lados. Estuvimos poco rato, nomás nos bajaron de la carreta para hacer de las aguas, comer unas sobras de pan duro y beber leche rancia, que fue la causa de la cagalera que nos agarró más tarde.

Mientras el ladino, el oficial y los soldados comían camote, miré un gallo que andaba cerca. La Jacinta, el Orlando y mis dientes me ayudaron a acabar de desamarrarme. Me alejé con sumo cuidado y seguí al de la cresta roja. Por ahí me encontré con una gallina que estaba poniendo huevos. Le saqué uno y me lo comí. Pensé en escapar, pero también en darles de comer a los dos con los que viajaba, así que agarré un par, uno para ella y otro para él. Me devolví pa la carreta. Oí quel Orlando lloraba pues tenía hambre de perro y coraje de coyote. El gallo cantó, la gallina empezó a cacaraquear, yo corrí. En la carrera me puse las manos con los huevos entre las tetas. Corrí porque el dueño, un indio desos que cuentan los zacates, venía detrás de mí, persiguiéndome palo en mano. Me alcanzó y todo fue gritar. Yo alegaba que no me había robado nada, él decía que me vio con sus ojos de ocelote. De rápido llegó el capataz quien tiene falta de dientes, y me jaloneó. En ese momento se rompieron los huevos y escurrieron entre mi pecho, el jorobado pasó sus manos cochinas sobre mí y se relamió los dedos con sabor a huevo recién puesto, caliente. Le escupí y traté de escapar, pero llegó el oficial, me amarró y con un grito paró al malvado. Su boca llena de agujeros se entiesó al no poder hacer nada. Le ordenó el oficial que

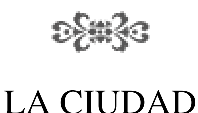
me diera un trapo pa limpiarme.

Lo que siguió de viaje, el de la boca tiesa me trajo entre miras. Cuando se durmió el oficial, me mandó a caminar detrás de la carreta, donde los amarres no te dejan andar y el polvo se levanta tanto que se tapan las narices y se enciegan los ojos. Después de mucho rato, cuando ya traía casi rotos los pies, el oficial despertó, se dio cuenta de que yo iba a pura pata y, encanijado, ordenó que me subieran de nuevo. No podían vendernos tan descompuestos, dijo. Castigo pal capataz.

Continuamos el viaje amarrados con mecates, con coraje en mis adentros y suciedad sobre mi cuerpo. Mientras avanzábamos lento, miré árboles tan altos que como espadas se querían clavar en el cielo. Entre conejos, ardillas y un zorrillo que nos echó su pestilencia, pasamos por el medio de dos volcanes: el monte que humea y la mujer dormida.

Ya calma, me acordé que años atrás el Bantú me platicó de ellos. Nunca los conoció pero supo, por habladas, la historia desos dos montes blancos; me contó, como cuentan los que cuentan, que esos volcanes están vivos y que antes, mucho antes de que viniera el primer negro a estas tierras, antes de que llegaran los barbudos y el sarampión, esos volcanes fueron humanos, y como humanos se enamoraron y se hicieron amantes.

Mientras seguíamos avanzando en la carreta cada vez más destropeada, pensé en los amores, y en si algún día yo hallaría a alguien con quien querenciarme así como los volcanes lo hicieron.



LA CIUDAD

Con los primeros rayos del sol, olvidándome del coraje que traía, vi desde arriba, desde lo alto de la montaña, un enorme valle. Se miraba ahí la ciudad rodeada de un lago que parecía una ilusión. Ora verde, azul, violeta. El mismo lago se metía como serpiente entre calles y avenidas. Miraba también otros lagos que lo rodeaban. Había agua por todos lados.

Agua cercada por agua.

Una calzada juntaba la tierra firme con el mero centro.

En bajar de la montaña se nos fue casi todo el día. De pronto aparecían por ahí ardillas, venados y unos conejillos pardos y chicos que corrían y brincoteaban. El ver sus saltos y juegos hizo que se me acallara el coraje y el ardor de los amares. Culebras de agua se miraban en la orilla del lago y patos de cabezas rojiverdes.

Sin poder acercarme al agua, con la boca seca, miré que unas garzas descoloridas bajaban a beber, lo mismo que pájaros que zumbaban requete duro.

Conforme nos acercábamos, se escuchaba más fuerte el ruido de la ciudad: gritos, rebuznos, relinchos y hasta cantos. Volaban junto a nosotros moscardones y zancudos que dejaron brazos y cachetes de quienes nos llevaban todos llenos de ronchas y comezón. Sentí contento al verlos rascarse con ansias y apuro. De haber tenido las manos libres, los hubiera matado, bien sé como hacerlo.

Cuando el sol ya se estaba yendo, con la panza vacía, mucha sed y requetecansados, llegamos, por fin, a la Leal e Imperial Ciudad de

Méjico. Para entrar agarramos por la calzada que estaba llena de árboles flacos y altos, nada parecido a los mangos y cocoteros de mi tierra. El olor a naranjos se confundía con la peste a mierda y meados. En las afueras, casas de adobe con copetes de teja. Lodo y charcos llenos de lombrices. Más hacia el centro, calles de piedra, casas fuertes pa aguantar los temblores y palacios de dos o hasta tres alturas, con adornos de ángeles, leones o estrellas.

Había mugre y basura, pero luego de andar un rato más, me dieron ansias y asombros al ver unos arcos grandes de donde saltaba agua clara, limpia y fresca.

En esa noche de luna, los soldados, el sindientes y el oficial corrieron hacia los arcos. Nosotros, amarrados y con angustia por la falta de saliva, miramos cómo se hartaban de esa *agua tan agua* hasta casi reventar. La Jacinta y yo, cual si estuviéramos rabiosas, gritamos que moríamos de sed. El Orlando chillaba. Los soldados se carcajearon sin dejar de beber. El capataz nos echó unas gotas de aquello tan ansiado y se rio mostrando la falta de dientes, entonces el oficial gritó que nos soltaran. Los soldados se miraron entre ellos mientras el desdentado se salió del agua mentando injurias. El más enclenque de aquellos nos liberó y corrimos a mojarnos. Bebimos con urgencia.

Como si hubiera sido un hechizo, el agua calmó a todos. Amigos y enemigos, disfrutamos sus beneficios. El oficial de brazos fuertes me mojó como lo hacen los niños y yo a él y él al Orlando. Los soldados hicieron lo mismo entre ellos. Reímos y nos alegramos, emborrachándonos de agua pura.

El Orlando juntó su piel mojada a la del oficial. Vi entonces una luz que como rayo corrió entre los ojos negros, los ojos verdes.

Todo se detuvo. Parecía un sueño de juegos entre hermanos. Sólo el capataz permaneció fuera del encanto, quien al poco rato le gritó sepaqué al oficial y éste, como si despertara de una ilusión, ordenó retomar el camino.

El enclenque se acercó a nosotros, nos echó mecates otra vez; lacios y en calma, sin siquiera querer escaparnos, avanzamos satisfechos con paz y modorra. Orlando tenía mirada de *paloma que enamora*. El oficial andaba fuerte y calmo. Los soldados estaban frescos. La Jacinta y yo sosegadas. La cara del capataz seguía tiesa.

Con los amarres puestos dormimos en la carreta, en la noche noche

un méndigo frío caló nuestros huesos. Una vez más, como lobos juntos, dándonos calores, nos arrepegamos el Orlando, la Jacinta y yo.

El oficial de manos grandes y el sindientes se quedaron en una posada con cama y carbón pa calentarse y comer. ¿Y los soldados? Toda la noche se pusieron a empulcar, pa luego apestar con su pedorrera cualquier lugar donde andaban.

Antes de salir el sol, nos despertaron. Continuamos el camino entre vomitadas de soldados y charcos de orines que españoles y castizos avientan por las ventanas de casonas y palacios al grito de "¡aguas!"

El frío se metía hasta los huesos. Yo andaba destornuda y moquea, pero la ciudad era tan grande y estaba tan llena de sorpresas y asombros que dejé de pensar en las heridas y dolores, y miré todo con ojos deslumbrados.

Las calles eran tan anchas que podían pasar seis carretas sin estorbarse. Entramos por una que tenía en el medio un canal donde viajaban canoas cargadas de flores, jitomates o quelites. Miré tanta gente junta como no había visto en toda mi vida. Señores con trajes de elegancias, mujeres con vestidos llenos de bordados, abanicos rojos y negros, sedas y papeles desos que vienen en el tan mentado galeón; indias con ropas de colores, indios con calzones blancos; negros con cargas en la espalda, con prisas, con obediencia. Unos cuantos cantaban, tocaban tambores y se reían. Los chamacos echaban burlas.

Llegamos a la Plaza Mayor. Ahí enfrente de mis ojos estaba una iglesia enorme llamada catedral con una torre bien completa y otra a medio acabar. Varios indios la modelaban con picos de escultor. Tanta maravilla tenía en los ojos y las orejas que calmé la muina y se me quitaron, sólo un poco, las ganas de escapar, de regresar a mi tierra cerca de la mar océano.

Era sábado el día en que aquella plaza se llenaba de mercaderes y mercancías. Llegamos pues al mercado de la Insigne, Leal e Imperial Ciudad de Méjico.

Pregones se escuchaban por todos lados.

¡Chichicuilotes! ¡Lleve sus chichicuilotes vivos!

¡Patos! ¡Patos! ¡Deliciosa carne de pato fresco!

¡Caca, caca pal pozol! ¡Maíz cacahuazincle!

¡Telas de Sevilla y mangos de Manila!

Yo, Yara, la reina del mango, conocí ahí los mangos de Manila. Vi a

varios comérselos, chupar el hueso y relamerse los bigotes y quise hacer lo mismo, pero me quedé con las ganas pues iba amarrada.

Mucho rato anduvimos guiados por el oficial. El capataz y los soldados también miraban los puestos con ojos y narices curiosas.

De pronto, escuché una voz rasposa que decía:

—Tagrine nev, yanhu rop quía.

Eso quería decir, en la forma que usamos los negros pa que ni indios ni españoles nos entiendan, que huyéramos, que nos fuéramos de ahí. La voz venía de una negra de pelo blanco que vendía candelas y aromas de ruda, de yerba santa, de abrecaminos. Jalé a la Jacinta y al Orlando. Mientras nuestros guardianes caminaban atontados y miraban y se zampaban estoylotro, la vieja negra que nos había hablado aventó cantos, ensalmos y un cuchillo pequeño. Lo tomé como pude y corté los mecates. Sigilosos primero y rápidos después, pegamos la carrera.

La Jacinta corrió para un lado, el Orlando para otro, yo me fui a esconder entre los montones de yerbas de la negra, pelando bien los ojos pa todo mirar.

—¡Agarren a esa mulata!

¡Cacao y vainilla pal chocolatl!

—¡La cambuja va por allá!

¡Lleve sus tlacuaches! ¡Tenemos chapulineeeees!

—¡El zambo se fue pa la acequia!

¡Comales, metates, ajolotes!

Mientras sonaba la campana de la iglesia catedral, el oficial, con piernas cual si hubieran sido de venado y mirada de gato montés, halló al Orlando que corría despacio como la presa que espera ser tragada por su cazador. En un momento lo tuvo entre sí. El de los ojos de gato le dio varios golpes y lo amarró con fuerza, el Orlando no se resistió, parecía sentirse a gusto. El de la voz dura lo entregó a los soldados y les ordenó que lo mantuvieran vigilado.

¡Español y mestizo ahorcados por salteadores!

—¡Todavía faltan dos!

¡Cómicos! ¡Equilibristas! ¡Titiriteros!

Cuando juzgó que estaba fuera de peligro, la negra me dio un pedazo de carbón con un listón colorado.

—Ap euq presiem téses dagitepro, tagrine.

Apreté la mano con el carbón que recibí y patas pa que las quiero,

pegué carrera.

¡Conozca al hombre de dos cabezas venido de las Islas Filipinas!

—¡Allá está la negra!

¡Naranjas y limones pa los escuincles más tragones!

Corría entre los puestos cuando escuché el grito del sindientes. Enseguida me vi rodeada de soldados. Seguí pero me tropecé con una mula aguadora y fui a dar a un puesto de pescados blancos de la laguna. Otro resbalón y caí sobre una pila enorme de cacahuates. El capataz me agarró, me torció el brazo, yo lo mordí mientras los cacahuates tronaban. Llegó el oficial, me alzó por la cintura, me tapó la boca y me amarró.

—Vigílala —le dijo al capataz, y continuó su búsqueda de la Jacinta.

¡Prodigios venidos del otro lado del mar!

—¡Se escapa la negra renegada!

¡Comedias, toros y toreros!

Buscaron y rebuscaron a la Jacinta por la Plaza Mayor y por calles de tierra y de agua.

No apareció.

Uno de nosotros logró la libertad.



LA VENTA

Amarrada y con un trapo tapándome la boca, caminé a fuerzas. Llegamos por fin a un lugar oscuro junto a un basural, donde había un cajón grande. Ahí se realizaría la venta. Nuestra venta.

¿Qué era eso de ser vendida? Mercada como un cacharro, una baratija o un trapo roto. ¿Y mi padre que se quitó las cadenas de la esclavitud? ¿Y mi madre que fue y vino por donde quiso? ¿Y Yanga, donde todos somos libres?

El vendedor de esclavos, un ladino cara de chango, me miró de frente y por detrás. Revisó mis dientes, las costras de la espalda y mis pies calados de sangre. Sonrió mientras pasaba sus manos por mi pelo tratando de aquietarlo. Mentó que las negras traemos el deseo en el culo y las tetas. Aunque estaba amarrada, le di un moquete. Me apretó más. Lamió un poco del sudor del Orlando, escupió y luego con agua, jabón y zacatl lo medio limpió y otro poco a mí. Me retorcí de coraje.

No éramos los únicos a ofertarse ahí. El ladino malgritaba: "Se venden esclavos, caballos y sanguijuelas. Negrillo, negrita, mulatillo, mulata, muleque y mulecón".

La gente se fue juntando alrededor del cajón donde iban subiendo a quien fueran a vender. Llegó el escribano y se dispuso a hacer las actas. Escuché cuando la venta comenzó.

El ladino ofreció al Orlando como mandingo sano, libre de todo vicio y sin problema de escrituras ni alcabala, dijo además en voz baja, para evitar que lo oyeran los informantes del Santo Oficio, que era bueno para ayuntar y hacer servicios licenciosos. Fue quien primero se

vendió. Lo compró un vejete de cabello blanco, uñas largas y barriga de vacuno.

Antes de quel Orlando se fuera con su dueño, vi cómo el oficial clavó sus ojos verdes sobre él y el Orlando le regresó la mirada.

Fui la segunda en subir al cajón.

Sentí como si me echaran truenos en la cabeza cuando escuché lo que de mí se dijo:

—¡Es recia!¡Briosa!

—¡De bemba chica pa que no coma mucho!

—¡De tetas grandes pa lo que se ofrezca!

La astilla que traigo dentro se incendió y quise zafarme, pero no pude.

—¡Qué buenas nalgas!

—¡Qué buenas piernas!

—¡Lista pal gozo y el retozo!

Mientras empezó la rebatinga, cerré los ojos y le pedí a mi santa negra, a tata Nyanga que me ayudara.

Un viejo más viejo quel maldito de don Diego ofreció ciento cincuenta pesos por mí. Un cura de bigotes negros, flaco y panzón, doscientos; un boticario, doscientos veinte. Una señora de cara seria, vestida de oscuro ofertó ¡doscientos cincuenta!

—Vendida —gritó el ladino.

Una mujer. Me compró una mujer, dije para mis adentros. Me acordé de mi santa y lloré con calma, como niña tierna.

Ella habló:

—Para mi hija que está en el convento, para mi hija que no debe ensuciar sus manos, para mi hija que…

No escuché más.

Miré quel escribano le dio la carta de propiedad a la mujer. Me entregó a ella, quien pagó un montón de monedas al vendedor y al oficial, éste les dio unas cuantas a los soldados. Al desdentado nada, él masculló injurias, levantó los brazos haciendo señas y se fue escupiendo al andar. El oficial se guardó las demás monedas, los soldados de luego se fueron a celebrar.

Yo, amarrada de manos y boca, con lágrimas silencias, caminé al lado de la mujer. De voz grave, de cara dura, dijo:

—Vas a ser propiedad de mi hija. Vivirás en un convento.

Moví la cabeza diciendo que no.

Me negué a caminar.

—Negra, eres esclava y tienes la obligación de obedecer.

Sin moverme estuve un rato. Quería escapar, pero a la vez no tenía a dónde ir, ni con quién.

Di un paso.

Otro.

Otro más.

Mucho anduvimos hasta que cansada y con el embrujo de calles y edificios, sosegué lágrimas y se hundió la astilla de fuego que traigo dentro.

Entre caballos, carretas de peninsulares y muchos indios que corrían, miré a un salteador que hurtaba sepaqué. Gusto que me dio. Pasamos por una calle que brillaba de tanto que vendían cosas de plata. Vi medallones, sortijas y collares. Entre las joyas había también plumas, plumas de pájaros que los indios miraban embebidos.

La señora al verme calma, me quitó el amarre de la boca. Ni una palabra pronuncié. Con los labios apretados seguí el camino.

Por fin, luego de tanto andar, llegamos al frío y malhayo convento de San Gerónimo.

Donde escribo estas letras. Aquí.



EL ENCIERRO

Miré una puerta grande de madera oscura y fierros renegridos. La señora jaló un lazo y sonó la campanilla.

Una voz rasposa preguntó quién estaba del otro lado, qué se nos ofrecía.

—Vengo a dejar esta esclava para mi hija, soy quien parió a la madre poeta.

—Momento —contestó la voz aquella.

¿Madre poeta? Nada comprendí.

Poco después, la puerta se abrió lento. ¡Condenado rechinido que hizo! Parecía que estaba apachurrando a un gato del monte. Una monja arrugada como ciruela pasa nos dijo que entráramos, además de vieja era gorda y blanduja. Con fuerzas sacadas de nosédónde, empujó la puerta para cerrar, luego la atrancó con un madero redondo y grueso:

—Sea usted bienvenida al Convento de Nuestra Señora de la Expectación, de la Orden de Nuestro Padre San Gerónimo.

A mí no me habló, sólo me miró desde las patas hasta la cabeza.

Mentó que esperáramos y se fue dando paso tras paso con ayuda de un bastón de palo pelao.

Miré las paredes oscuras, sentí el frío y la humedad de ese lugar. Al poco rato apareció una hermana de cuerpo grande y varios pelos sobre la boca. Traía un pedazo de trapo en las manos.

—La cambuja no puede entrar sin la cabeza tapada. Que se ponga este paño y luego de limpiarla pa sacarle la enfermedad de los piojos, se lo cambiamos.

Mis pelos en alboroto quedaron quietos bajo un trapo más acochinado que yo.

La monja que tenía la cara llena de arrugas regresó, le ordenó a la otra que se fuera y nos llevó por unos pasillos oscuros hasta llegar a un jardín grande lleno de flores. Había capullos blancos y rosas rojas, también árboles de lima y limón y uno que daba duraznos.

Olía fresco y dulce.

Ahí en el medio junto a la fuente, estaba la madre priora, quien habló con la señora que me había comprado. La vieja de las arrugas me clavó los ojos.

Suspiró.

Pelé la mirada y vi cómo en escondidas sacó tabaco de entre su hábito, se lo echó a la boca y comenzó a masticar.

Era la encargada de abrir y cerrar: la madre tornera.

Yo, silencia, buscaba nomás por dónde treparme para salir de ese frío convento lleno de ojos que espiaban mi llegada. Quería huir pa buscar a la Jacinta, liberar al Orlando y volver a nuestra tierra.

Al poco rato llegó la madre a la que mentaban poeta, saludó a quien la parió, hablaron las tres.

¡Qué pálida!, ¡sus ojos eran hondos como pozos!, ¡con qué calma me miró!

—¿Cuál es tu nombre?

No abrí la boca.

Ella y su madre y la priora hablaron largo rato. Cuando el sol echaba rayos pálidos, la señora dijo que se tenía que ir porque ya era tarde, que agarraría para la hacienda de su padre que está a nosécuántas horas de camino y que todavía tenía que andar hasta donde las mulas ya estaban listas para jalar la carreta.

La priora y la monja que sería mi dueña despidieron a la señora. Aunque me dijeron que me fuera a los baños, no me moví, entonces ordenaron a la hermana de los pelos sobre la boca que me vigilara y se encaminaron a sepadónde de la priora.

La señora, para atajarse del fresco de la tarde, se puso un rebozo negro, vi cómo caminó a través de un pasillo de paredes llenas de humedad y llegó a la puerta; vi también cómo la vieja de las arrugas, con dificultad, movió el madero grande y redondo que, ahora sé, lleva el nombre de torno, luego abrió y la mujer que me compró para su hija

salió sin voltear atrás, nomás dejando una sombra larga, larga.

EL BAÑO PRIMERO

Cuando la madre que nos abrió cerró la puerta dando vueltas lentamente al torno y éste chilló, me vi encerrada entre voces de monjas, niñas, sirvientas. Salió entonces una nube que hizo que la tarde se oscureciera más rápido. Aparecieron en ese momento dos madres que me rodearon, y junto con la que me había estado vigilando, me llevaron a rastras a un patio dónde había una fuente con agua estancada, verde, apestosa.

—¿Que quieren? —pregunté asustada.

—¡Darte la bienvenida, negra cambuja! —dijo con voz malora la de los pelos sobre la boca.

Ella, que luego supe apodan la Besulia, fue la primera en agarrarme. Traté de gritar pero una de las otras me tapó la boca con sus manos duras y rasposas, llegaron más hermanas con bandejas llenas de agua fría y me las echaron una tras otra. De pronto apareció una monja con una jarra de leche podrida y me la echó también, así como sobras de chocolatl y atole. Traté de zafarme. Más agua fría, vinagre y limón en la cabeza. Cuando estaba temblando como pollito y lloraba sin poder gritar, apareció otra monja con unas tijeras de cortar y se las dio a quien primero me agarró. Me aprisionaron entre todas y la más mala empezó a tijeretear mi pelo.

—A ver si así se te sale la enfermedad de los piojos —dijo la bigotona.

Se reía más que las otras y les mostraba como trofeos de guerra mechones de mi cabello chino, mientras yo sufría como si me estuvieran

dando hachazos en todo el cuerpo. Al rato encontró una liendre y lo celebró como si hubiera hallado una mina de plata o de oro.

Mocha y sin fuerzas, sentí tal cual si me hubieran cortado brazos y piernas, tal cual si me hubieran quitado algo más quel greñerío. No pude ya siquiera llorar. Ahí en el convento, cerca de la capilla donde rezan a sus santos dolientes, estaba yo, Yara, la reina del mango, mojada, sin pelo ni fuerzas para defenderme.

—Bienvenida seas —me dijo la Besulia echándome en la cara su aliento de perra. Luego me acercó la mano a la parte delantera, pero no me tocó. Las otras monjas juntas, como rebaño de borregas, cuchicheaban. Sin poder moverme, escuché las campanadas de la iglesia, así como unos pasos que se acercaban rápido.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó la priora.

La Besulia contestó que me habían mojado y cortado el pelo para sacarme la enfermedad de los piojos.

La madre priora la miró enojosa, le ordenó que se fuera, junto con el rebaño de monjas, a rezar nosécuántas oraciones a la capilla. Otras monjas, las que no habían estado ahí, salieron de sus celdas, candela en mano, a mirar qué había ocurrido. Su cuchicheo parecía el zumbido de un enjambre de avispas.

Al poco, llegó la madre a quien mentaban poeta, habló noséqué con la priora y me dijo después que la siguiera. Yo quería huir, salir, dejar ese malhayo convento, pero no podía. Junto con mi pelo se me habían ido todas las fuerzas. Caminé despacio detrás de ella. Llegamos a la puerta de la celda, con una llave de fierro negro la abrió. Era mucho más grande que mi casa de carrihuecos y hojas de palma. Tenía dos alturas. La madre encendió las candelas y pude ver montones de libros, libros en estantes, libros en pilas, libros en el piso, entonces me llevó a un cuartillo que no tenía puerta. Había un petate de colores. Me dio una manta.

—Duerme, duerme, negrita —dijo.

En voz muy baja hablé:

—Yara es mi nombre.

La madre me miró, movió la cabeza de arriba abajo y subió adonde estaba su cama, más libros, una candela encendida y una mesa para escribir.



LA TIRICIA

Sin hablar estuve al día siguiente, al otro, el tercero y varios más. No quería hacer nada de lo que me encomendaron. Nada de lavar cacharros, ni de sacar las aguas de la mañana o raspar el sebo que tiran las candelas.

Dormir fue mi único interés. Arrastraba los pies cuando iba a tirar las aguas de la mañana. Me hacía guaje para limpiar la celda y, en cuanto se hacía de noche, me iba derechito al petate de colores. Aunque la priora y la misma madre poeta me dijeron que tenía obligación de aprender las oraciones para rezarle a sus vírgenes y santos, nomás me aprendí el principio. De tan lacia, no quería rezarle a mi santa, mucho menos a los de ellas.

Después de un tiempo, la Besulia dijo frente a todas que yo tenía muchas semanas en el convento y que debían bautizarme, pues mi nombre no era cristiano. La priora le dio la razón. Mandaron traer a un padre viejo re viejo para que me anotara en el libro de bautizos.

Menté corajuda que nunca aceptaría otro nombre que no fuera el que mis padres me dieron.

La madre poeta dejó de escribir, siguió mis pasos, escuchó calma un buen rato y alzando la voz dijo:

—Yara, vámonos a la celda.

Todas guardaron silencio.



LA ESCUCHA

Pasaron días y semanas, y luego de enseñarme a dibujar mi nombre y el suyo, la madre me pidió una vez y otra que parara las orejas para oír lo que escribía.

Me leyó en voz alta durante horas y días.

De esa manera, poco a poco, se me fue escondiendo la tristeza. Mi pelo comenzó a renacer, y con él, la curiosidad por saber qué ocultan los vocablos, las frases, los versos. Algo comprendí de por qué la nombran madre poeta. Nacieron también cariño y valor por esa mujer a quien empecé a llenar de preguntas.

¿Por qué hay día y noche?

¿Dónde está la España?

¿Por qué a esta ciudad la nombran real e imperial?

¿Para dónde está la mar océano?

¿Qué es un soneto?

¿Cuando me iré de aquí?

La madre sabía de todo y con paciencia me contestó todas las

preguntas. La última no.

DESCUBRIMIENTOS

—Zamborotuda, chapucera, descuidada, tosca —me gritó la madre cuando vio que hice de las aguas mayores dentro de la celda. Muy enojada mentó que limpiara, que sacara eso, que no aguantaba la peste y que cuando me entraran las ganas de cagar debía caminar hasta los baños de las criadas.

Luego del regaño, salía yo con cuidado, cargando un palo o una piedra por si se aparecían las méndigas monjas que me recibieron. Para las aguas menores aprendí a usar una bacinica vieja que me adueñé de por ahí.

Una noche que me entró la curiosidad mientras la madre dormía y respiraba fuerte, hice un bulto con un sarape, lo dejé en mi petate como si fuera yo, y me salí para conocer pasillos, patios, los laberintos del encierro.

Se oía sólo el viento. Todas dormían, menos la tornera quien, en secreto, se echaba un rompope en su banca junto a la puerta que da a la calle. Me senté junto a ella.

Me miró.

Quise correr.

Me agarró del pescuezo.

Grité.

Me dio una cachetada.

—Qué haces por aquí, negra cambuja.

—Quiero conocer, saber a dónde demonios vine a dar.

—No invoques al maligno.

—Malignas ustedes.

—Todas no.

Luego suspiró largo.

—Acompáñame. Anda, tómate un vaso de rompope, si quieres tabaco o alcohol también te lo doy.

Habló, contó historias, chismes, se rio y me reí con ella.

Desde esa noche, una y otra vez me escapaba de la celda mientras la madre poeta dormía para escuchar lo que la tornera me contaba, tomar aguardiente y echarnos unas buenas carcajadas, siempre en voz baja.

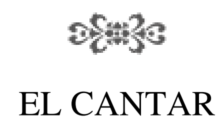
La hallaba junto a la puerta, de ahí caminábamos despacio, tratando de que nadie nos viera, hasta llegar a su celda. Ya dentro, llave de por medio, tomábamos y comíamos mientras me contaba quién vivía en cada lugar del convento. Qué hacían y qué no. Así, gracias a esa monja vieja y blanda fui conociendo los secretos, envidias, odios y querencias de quienes vivían en donde ahora estaba yo.

Entre tantas visitas me enseñó a usar la cuchara y el tenedor. A calzarme zapatillas, a restregarme el cuerpo con zacatl, a aplacarme el greñerío, y a perfumarme también.

La madre poeta no se daba cuenta de mis salidas, ni de mis entradas al amanecer, pero sí miraba que en el día andaba toda sonsa, toda atarantada.

—Si sigues así de floja y desguanzada, te voy a tener que vender —me dijo una vez.

Como ya me estaba hallando a vivir ahí, y a anotar en pliegos y papeles lo que me pasaba, preferí portarme mejor… de vez en cuando.



EL CANTAR

Una vez que ella estaba tan metida en sus lecturas que nada percibía del mundo, con sumo cuidado tomé un libro a escondidas, me lo llevé bajo la ventanilla de la celda y, ayudada por la luz de la luna, empecé a viriguarlo. Me acuerdo de los versos que primero conocí:

¡Oh, si él me besara con los besos de su boca!
Porque tus amores son más deliciosos que el vino.

¡Besos en la boca! ¡Amores más sabrosos quel vino! Cuánta emoción me causaron esas letras. Me dieron ansias de probar el vino, antojos de los besos y… guardé aquel libro entre mis cosas.

Escondido lo tuve mucho tiempo para poder leer algo cada día.

Cuando no hallaba entendimiento, leía otra vez y si comprendía poco, me empeñaba en leer el mismo verso, la misma palabra, hasta que encontraba lo que significaban las letras. Luego, repetía frases y estrofas hasta que me quedaba dormida y soñaba con lo que había descubierto.

Mi amado es un ramillete de mirra
echado para reposar entre mis senos.

¡Qué sueños que tenía!

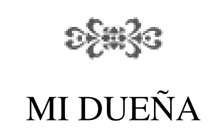
Todo iba muy bien hasta que un día la madre caminó desesperada por aquí y por allá, recorriendo los estantes de sus libros. Primero sacó

uno, lo miró; sacó otro, lo guardó. Buscó en su escritorio y en su mesa. Con enojos, me empezó a preguntar si yo había visto un libro de color rojo, pues necesitaba estudiar *El cantar de los cantares*. Mentó que era de urgencia pues ese libro, además de ser sagrado, le daba inspiración para escribir un poema que estaba haciendo. Conforme pasaba el tiempo, su enojo se hizo más grande. Buscó hasta en los rincones, por toda la celda de arriba.

Bajó con ansias, movió papeles, tiró la tinta, se acercó a mi pedazo de celda, removió todo y… tarantas no soy.

Escondí el libro aquel en la bacinica, lo tapé con un trapo porque estaba muy grande. Cuando la madre fue a hurgar entre mis cosas, le dije que estaba floja del estómago, que había hecho de las aguas mayores y que de rápido iba a sacar la bacinica de la celda. Me miró con ojos de inquisición, me repitió que nunca volviera a hacer de las aguas mayores en la celda, que ya me lo había dicho hace tiempo y montones de cosas más, pero se alejó de la bacinica y yo… conservé el libro.

Buscó todavía mucho rato, y cuando estuvo segura de que nada hallaría, la madre tuvo que escribir un recado, que yo misma llevé a la madre priora, para que ella le prestara un libro igualito al que yo me había apropiado, sí.



MI DUEÑA

La madre poeta es de piel blanca, tiene el cabello corto, lacio, aplastado en el día, rebelde en la noche; siempre viste un hábito largo y fino, pero aquí adentro, cuando es de noche y segura está de que no hay nadie más que ella y yo, usa una camisola corta y delgada que deja ver sus piernas con pelillos negros. Es muy diferente a todas las demás. Pasa mucho tiempo sentada frente al escritorio. Cuenta sílabas, busca rimas, lee un libro, lee otro. Muy seguido va a donde están los instrumentos músicos, los mira con cariño y los toca. En veces algo escribe con puras rayas y puntos de lo que sonó con la flauta o el violín. Se pone alegre y canta muy quedito.

En la celda de arriba tiene un globo. Dice que así es el mundo donde estamos parados. Yo he visto que agarra el globo ese y luego una pelotilla que nombra sol. Juega y gira el mundo globo alrededor del sol pelota. A mí me da risa, pero aprieto la boca porque así dice ella que estudia, aunque yo no entiendo nadita. La verdad creo que le ataca la locura o le falla la mollera porque si estuviéramos parados en un globo ya nos hubiéramos caído pa bajo.

Cuando baja al fogón, observa con paciencia todo lo que ahí ocurre. No quita la vista de ollas y cazuelas. Mira con tiento el agua que pongo a calentar. Me ha dicho que pele los ojos y que me fije cómo el líquido cuando hierve saca vapor, y que ese vapor es agua también. De igual manera, menciona quel agua, en los lugares donde el frío cala —como ocurre en la cima de los volcanes o en el fin del mundo donde, dice ella, todo es blanco—, se pone dura y abrasa como piedra lumbre. En eso sí

le doy la razón, porque sentí ese canijo frío allá en los volcanes cuando me trajeron pacá.

Largo rato clava la mirada cuando cocinamos un huevo y me enseña por qué lo blanco y lo amarillo del huevo se unen en la manteca o el aceite y, por el contrario, se descuajaringan en el almíbar.

Se queda callada cuando echo un zompo a rodar y dice que así, como el zompo, gira el mundo donde vivimos. ¡Otra vez la misma cantaleta de la giradera! Yo digo que si el mundo se moviera como zompo, todos andaríamos como si nos hubiéramos tomado varios vasos de pulque y otros tantos de aguardiente: mareados y devolviendo las natillas, los tamales o el chocolatl. Le gana la risa y me contesta que es la naturaleza. Otra vez no entiendo.

¡Vivir en un globo y girando!

¡Ay, la madre poeta!



IDEAS

En este convento viven hermanas que tejen, hacen galletas o cuecen carne y maíz bola pal pozol; otras más bordan, hacen carpetas, rezan, se pelean y se dan de catorrazos. Algunas quieren ser bonitas a la fuerza, aunque sus edades ya sean grandes, entonces se ponen polvos y se embadurnan la cara con ungüentos apestosos.

Algunos hombres pueden entrar al recibidor y al locutorio, nada más. No está permitido que las mujeres salgan, pero yo, la mulata, la esclava, corro, miro, husmeo. Salgo. Todo gracias a la madre tornera, quien me enseñó una puerta donde apenas se puede pasar y que está pegada al colegio de las niñas o niñado, como todas le decimos. Adentro, pero separadas, están las chamaquitas, por eso siempre se oyen sus voces, sus juegos y también los llantos de algunas que hacen berrinche o los cantos que alegran las orejas. Eso es bueno para mí porque cuando salgo, en veces, disfrazo mi salida como si fuera a darles ayuda. Lo hago con sumo cuidado, pues dicen las monjas que escaparse de aquí puede ser causa de castigos horriblísimos.

Me preocupo pero no mucho, pues ya fuera me dan ganas de ir a encontrarme con el Orlando y buscar a la Jacinta, largarme hasta la Villa Rica para hallar a mi madre en donde revientan las olas o entre los huesos de una gaviota; agarrar camino para San Luis y apersonarme en el fondo de la mina donde ha de estar el Bantú. O correr, sólo correr, sin saber para dónde voy, correr y agarrar camino, pero no. Regreso. Vuelvo porque quiero saber más, guardarme lo que la madre poeta me enseña y comer natillas, besos de cielo.

Cuando descubro y aprendo, me siento como el viento que va y viene y se mete por todos lados, en todos lados está y sabe y conoce por mero donde anda.

Dice la madre poeta que me está modelando. Yo digo que mete palabras, ideas en mi cabeza.



CELDA

Desde que llegué al convento, he llevado a mi pedazo de celda una cosa y la otra. Tengo tantas que ni el número conozco, aunque tampoco sé contar tan bien como la madre poeta, quien no se da cuenta que entre mis cosas nunca faltan pliegos, pluma y tinta para anotar lo que me pasa, pero eso sí, me dice que donde duermo y guardo mis pertenencias es un cuchitril. Así que a cada rato me pone a arreglarlo.

Cuando salgo, con el dinero que saco de las limosnas, merco algún cacharro, collar, barrilete o un silbato con forma de pajarillo y a chiflar se ha dicho. En veces no me alcanza, pues quiero llevarme un afeite o aderezo más costoso, entonces… si el que vende está descuidado, uso las artes del bandido. Canta que te canta, chifla que te chifla, distraigo al mercante y ¡listo!

Para salir del convento, la madre tornera me abre la puertecita aquella que está junto al niñado, siempre fijándonos que no esté la madre vigilante o alguna monja chismosa que le vaya a avisar a la priora. A cambio de dejarme salir, la madre tornera pide tabaco y noticias. Todo le traigo, poco tabaco para que no se dé cuenta la madre priora y muchas noticias que a todas las monjas cuenta como si las hubiera vivido ella. Cuando las hermanas le preguntan cómo sabe tanta cosa, ella contesta que uno de sus ojos está fuera del convento y el otro en las cartas que conocen el futuro.

—¿Uno de sus ojos? Con razón se le tuerce la mirada —mentó la hermana de los bigotes, la tal Besulia, a quien ya no aguanto. Desde que llegué, pone sus pies sobre mis pisadas, sus ojos sobre lo que hago. Me

jode, me ofende. Su aliento me persigue.

NAIPES Y DADOS

Cada que salgo, la madre tornera, además de tabaco y noticias, me encarga naipes y dados para jugar y apostar con las otras monjas.

Hace poco le traje una novedad que gritaron los pregoneros y que la hizo enfadar más que las groserías de la Besulia. Castizos, indios, mestizos y mulatos repetían la orden de la autoridad, cuchicheando casi todos, con muina algunos, dando gracias al Santísimo otros.

Muy bien me aprendí lo que mentaban y cuando llegué se lo dije completito:

—Nadie jugará a los naipes ni a los dados ni tendrá en su poder semejantes instrumentos de perdición.

La tornera pensó un rato y luego, con maña, pidió a las monjas que gustan de jugar se avisaran una a la otra para juntarse después de la última misa, en el Patio de las Novicias.

Ahí, yo como testigo, les dijo que a partir de ese momento sólo se reunirían después de que sonaran las campanadas de la media noche para que ni la priora ni las vigilantes se fueran a enterar.

Como ya estaban juntas, decidieron que todas fuéramos a la celda de la tornera para jugar dados, tablas y naipes.

Cuando las almas de los muertos se paseaban por el convento, la tornera sacó una botellita de aguardiente y a todas convidó. Dos hermanas se pusieron a bailar mientras las otras se reían y cantaban intentando hacerlo en voz baja. De pronto la madre chueca que tenía los pies para adentro y siempre fingía dolores de reumas, vahído y mareo tiró los dados y apostó su Biblia y su rosario. Yo me animé, eché los

dados y aposté mis afeites y los de mi dueña. Tiró ella, tiré yo.

Las hermanas brindaban cada vez que la chueca me ganaba, yo hacia muina pero seguía tirando. Era mañosa esa monja, pues me di cuenta de que se sacaba un dado del hábito mientras guardaba otro. Todo con tal de ganar.

Grité que era una tramposa. Las otras hermanas me taparon la boca, pero ya era tarde. La vigilante y la Besulia aparecieron en la puerta y detrás de ellas, la priora.

Castigo para todas y fuerte reprimenda para la tornera que olía a puro aguardiente. Siete días de penitencias y rogativas. Y de comida, sólo pan y agua.

La chueca mentó que la habían llevado a la fuerza y que estaba defendiendo su fe contra las creencias de una mulata, dijo que yo las había incitado a jugar para quedarme con su Biblia y su rosario que eran lo que ella más quería.

Yo hablé y dije estoylotro, pero nadie me creyó, por eso más castigos para mí y la amenaza de encerrarme en la celda penitente si lo volvía a hacer.



TORNERA

Con la madre tornera no sólo bebo, mastico tabaco y conozco secretos de aquí, de allá y del más allá, también jugamos naipes como ella me enseñó y al zompo, como yo se lo mostré. Chambona, no puede mantenerlo en movimiento. Yo sí que lo hago. Lo lanzo al suelo con una cuerda que lleva atada en la punta y así consigo que baile sin caerse durante chico rato. En veces logro que siga ahí dando vuelta tras vuelta por más tiempo, dándole uno y otro latigazo. Me rio a carcajadas y ella también, abrazo lueguito el cuerpo gordo de la tornera. Ella suspira, me da un beso y yo se lo regreso bien tronado.

La madre tornera, además de jugar esos y otros juegos y mascar tabaco, disfruta entrever el futuro, fisgar el presente y resolver asuntos del pasado. Varias veces me ha puesto, con sumo secreto, a revolver las cartas pa luego sacar una a una hasta completar el número que necesita para poderlas leer y decirme lo que ha de ocurrir.

Siempre sabe cuándo habrá corrida de toros, pelea de gallos, arcos triunfales, teatro de comedias o danzas de gigantes. Ni qué decir cuando llegan telas, aromas o sedas que traen en la Nao de China, o las noticias que vienen desde España en los barcos que arriban a la Villa Rica de la Vera Cruz. Luego luego se las ingenia para abrirme la puertecilla de atrás, yo le digo a la madre poeta que tengo que ayudar a limpiar el porquerizo o la cocina, entonces la tornera me manda a husmear a la Plaza Mayor o al mercado del Volador, donde se venden y comercian los productos recién llegados del Acapulco o la Vera Cruz y se gritan los sucesos que ocurrieron en la Madre Patria o en las Islas Filipinas, en

el reino del Perú y hasta en la Conchinchina.

Ante la priora, la vicaria y las vigilantes, esconde su maña de ver el futuro.

—Si lo llegaran a saber, me mandan al tribunal del Santo Oficio, me cuelgan o me echan del convento —decía.

Todos la conocemos como la madre tornera, la abrepuertas o la pregonera porque sabe más que nadie, y todo lo cuenta con detalle.

La Besulia mienta que la tornera es bruja y que deberían acusarla con los de la Inquisición. No le hallo entendimiento a esa monja.

En veces ya cuando ha tomado dos o tres vasos de aguardiente y luego de varios tabacos, se le hinchan los ojos y llora. Llora tanto hasta que ya no tiene lágrimas y la mirada se le vuelve sal de tanta tristeza. Eso nunca lo hace delante de nadie. Sólo de mí.

Me ha dicho que fue madre, no madre de convento, madre de una hija que no concibió por obra y gracia de su Espíritu Santo, sino porque entregó su cuerpo a un morisco a quien amó como se ama al último rayo de la tarde.

Cuando está ebria baila, canta y suspira. Dice que su hija ha de tener mis ojos oscuros y mi fuerza, porque en sus venas corre sangre negra, como la que hay dentro de mí.

La miro con tiento, veo su cara con arrugas como caminos, sus manos llenas de callos y su cuerpo blanducho y gordo. En nada se parece a mi madre, mucho menos a las mujeres de Yanga, mi pueblo, pero cuando estoy con ella siento abrazo, bondad y escucha.

Oye atenta mis quejas, mi furia, mis risas. Me echa las cartas, ve mi futuro, me aconseja entonces qué debo hacer, me señala pa dónde seguir.

La otra noche, cuando me fui a meter a la celda de la tornera y nos habíamos tomado varias copas de vino y aguardiente, le pregunté por qué me cuidaba, cuál era la razón de tratarme como si fuera su hija.

Le dije y menté que ella era blanca, gorda y vieja y yo negra, mulata, cambuja. Que éramos diferentes y que no tenía porque seguirle el juego de ser lo que no soy.

Grité que cada quien debía jalar para su lado.

Chilló como una recién nacida.

Chillé también yo.

La abracé y ella a mí. Así estuvimos un rato largo. Después nos

miramos a los ojos sin decir palabras, en silencio supimos que estábamos atadas como si cadenas trajéramos. Atadas con algo más duro quel fierro.

LA PANCRACIA

Somos tres en la celda. La madre, yo y la Pancracia, que es una gatita gris con pecho y patas blancas y ojos verdes, siempre curiosos, siempre queriendo saber más. Como le gusta el calor, pasa horas frente al fogón. Nos ayuda a espantar ratas, musarañas y a una que otra hermana que gusta de pegar las orejas tras las puertas.

Cuando llueve, la gatita corre para dentro y se cuida de no mojarse. Lame que se lame está. En veces me lame a mí también y siento el gusto de su lengua rasposa. Nos quiere a las dos, pero prefiere estar a mi lado porque, según dice la madre, yo soy de sangre caliente y ella lleva en el cuerpo el frío de las faldas de los volcanes, que es donde nació.

La celda en que vivimos tiene un ventanal desde donde se mira la Acequia Real y a lo lejos los dos volcanes que bien conozco. Por ahí se escapa la Pancracia y caza animales que trae apachurrados entre sus colmillos.

Pájaros, lagartijas y hasta saporranas ha llevado a la celda, algunos muertos y otros a medio morir. No es mala, pero le gusta matar.

—Lo hace por instinto —me dice la madre poeta.

Si fuera mulata, india, tenteenelaire, china o saltapatrás, ya la habrían llevado al Tribunal del Santo Oficio.

Si fuera peninsular o criolla no le habrían hecho nada aunque matara a uno o diez caballos, a uno o diez indios o a un montón de negros.

Así es aquí.



EL ENCUENTRO

El día que se cayó la madre chueca, que además de jugar naipes es la cocinera mayor, y todas pedían a Dios que volviera a caminar pero sobre todo que no dejara de hacer mole, ni rompope, ni galletas de canela, la Pancracia se salió y no regresó.

Cuando me di cuenta de que la gatita se había ido, avisé a la madre poeta, quien dejó de hacer sumas y restas —porque además de escribir versos, cuenta el dinero que entra y sale del convento— para ir a buscar y rebuscar durante horas a la condenada traviesa.

La madre poeta en veces habla fuerte pero casi no grita. Yo, en cambio, grité mucho a través de la ventana y por todo el convento. No me quería quedar sin la alegría de la Pancracia.

En uno de tantos ratos que yo buscaba, se me ocurrió mirar por la ventana de la celda y vi por ahí a un negro que andaba a paso rápido cargado de frutas, flores y jaulas con pajarillos dentro.

Grité para llamar su atención y nada. Con el silbato que me apropié en el portal de mercaderes, chiflé como si fuera una pájara y entonces sí que se detuvo.

Caminó rápido hasta mi ventana. Se encaramó en noséqué y quedó a buena altura para que yo lo mirara y él a mí.

Era un negro más grande quel Bantú, con dientes reblancos y ojos oscuros. La espalda gruesa. Brazos y piernas fuertes, y entre ellas algo que miré echando los ojos pabajo. Sudaba y apestaba a tierra cochina.

Me preguntó cuál era la causa de mi angustia.

Azoté la puerta de la ventana, pero la abrí enseguida. No sé por qué

me quedé sin hablar y al tiempo que estaba nerviosa, estaba contenta.

A través de los barrotes le pasé un pañuelo para que se limpiara el sudor.

Brilló como la obsidiana.

Luego de un rato le dije que la gata Pancracia se había escapado, que nos servía mucho para deshacernos de ratas y musarañas y hasta para calentarnos los pies. Que la necesitábamos en la celda.

Contestó que no me preocupara por la gata, que él la iba a buscar y la traería de regreso.

Lorenzo.

Me dijo que se llama Lorenzo.

Me contó que cada tres o cuatro días traía mercancías en su canoa, que viene desde el lago de Culhuacán a venderlas hasta el mercado de la Plaza Mayor.

Me regresó el pañuelo que apestaba peor que una rata muerta.

Se fue sin decir más.

Sin asco me llevé el pañuelo a las narices, luego lo guardé en una cajita que le robé a una hermana hace tiempo.

¡Canijo negro!

A ver si vuelve con la Pancracia.

O sin ella.

LARGA LA NARIZ

Muy seguido, un cura de nariz larga visita a la madre poeta. Él estudia las leyes de las estrellas, la lluvia y la tierra, de la poesía, de los indios y de su Dios. Porque todo eso tiene leyes, y conoce tanto y de tantas cosas como la misma madre poeta o más, según la tornera me contó.

Con la madre platica un largo rato en la portería. Ella, él y yo detrás como si sombra fuera, andamos al locutorio donde se ríen, hablan y hablan mientras comen pan mojado en tazas grandes de chocolatl que yo nomás miro esperando que se vayan para regresarme a comer uno. Me gusta estar con ellos, medio escondida, medio dejándome mirar, pues así paro la oreja y algo bueno trato de aprender. Acaban yéndose al refectorio que es donde más le gusta estar al cura ese.

Larga la nariz, trae siempre unos anteojos grandes y redondos que aleja o acerca para ver mejor. No para de hablar. Flaco pero de buen diente, dice que le gusta cómo la madre cocinera bate el chocolatl, cómo guisa los duelos y quebrantos, y prepara el salpicón.

Me saluda como si fuera yo de la corte, como si no fuera mulata, ni esclava. Me observa, traga saliva, habla.

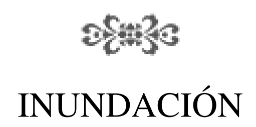
—Corren por vuestras venas los ríos del África negra, exhalan aroma de café vuestros poros y esos ojos reflejan el canto y el caudal profundo de tus ancestros.

Siempre dice lo mismo, por eso me lo aprendí. No comprendo todas sus palabras, pero cuando las oigo me entran ganas de agarrarle el entendimiento a esas cosas que mienta.

Pasa horas y horas con la madre, hablan de sepacuántacosa y otras más. Hacen anotaciones y trazos no con tinta, sino con instrumentos raros. Dibujan cometas, estrellas, al sol y dale a periquear otra vez.

Yo paro la oreja, pelo los ojos, sobo el carboncillo con el listón que me dio la negra de los cabellos blancos en la Plaza Mayor y le pido a mi santa que me proteja.

¡Vaya uno a saber si, con esos dibujos, están invocando a algún alma en pena o al canijo demonio!



INUNDACIÓN

Las aguas han estado duras, y no hablo de las que saco todas las mañanas, sino de las que caen del cielo, pues llevamos de domingo a domingo que no para de llover.

Anoche que arreció la lluvia, regresó por fin la Pancracia llena de mordidas como besos. La muy desvergüenzada se trepó a los libreros y no se quiso bajar por nada de nada. La madre poeta, en lugar de ponerse a rezar y hacer penitencia como todas las demás, se salió al Patio de los Gatos y me ordenó que caminara a su lado.

—Observa, negra, tanta agua haciendo lo mismo, tantas gotas bailando un mismo tocotín.

Luego de un rato que ella estuvo viendo y reviendo el agua caer y yo mojándome como renacuaja, volvimos a la celda. La madre se metió a la tina, se quedó buen rato nomás ahí pensando; al salir se secó con unas toallas blanquísimas que le mandó la virreina y se subió a la celda alta. Sin que se diera cuenta, encendí entonces el fogón y puse agua a calentar, luego arrinconada, cerca de la ventana, con cuidado me eché jicarazos tibios para evitar los calosfríos y la moquera. Para la negra ni toallas, ni telas limpias. Puras jergas rasposas.

Dormí seca y soñé con Lorenzo, que húmedo venía hacia mí, remando en su canoa por la Acequia Real.

En la madrugada me desperté con susto, pues empezaron a sonar las campanas del convento anunciando una desgracia. Corrí a despertar a la madre que sólo alcanzó a cubrirse la cabeza con un paño. La madre vigilante, con un batallón de novicias, pasó por todas las celdas gritando

quel convento se inundaba y también la calle de Monforte, la de los Plateros, la Plaza Mayor, ¡la ciudad completa! Gritaba que nos pusiéramos a salvo. Una de las novicias, a quien de burla le pusieron el nombre de la monja esponja, rezaba y decía nosécuántas cosas mientras hacía muecas y bizcos. Tenía tan abultado el vientre que parecía que iba a parir cinco hijos. Mentaba que su panza estaba tan grande porque absorbía el agua de las inundaciones. La madre poeta me dijo que a ella no la engañaba, que estaba en estado de gracia y que cuando se aliviara no le saldrían agua, peces o ajolotes, sino uno o dos escuincles.

Cuando la celda se empezó a inundar, la madre poeta pareció enloquecer, me ordenó que subiera los libros a la parte alta. Subimos uno tras otro sin parar. Algunas monjas fueron a ayudar y entre todas salvamos la mayoría, aunque varios se mojaron. La madre estaba llena de coraje y preguntaba cómo iba a recuperar aquellos libros mojados. Repetía que la tinta se desparramaba y se pegaban las hojas. Lloraba y gemía como si hubiera perdido un hijo o un padre mientras acariciaba los libros dañados.

Tuve la ocurrencia de decir que ya pronto saldría el sol, que con sus rayos se recompondrían los libros. Tremendo regaño me gané. Mentó que era yo ruin y canalla, gritó que desde que llegué mi presencia era un estorbo en su vida, que era una embustera y otras muchas palabrotas que yo bien conocía pero que nunca había escuchado de sus labios; decía injurias mientras vacilaba entre el llanto y el coraje.

Con la cola entre las patas, no volví a abrir la boca.

Pasadas las horas, la madre se puso sosiega, pero se mantuvo despierta toda la noche separando hoja por hoja de los libros que se mojaron.

Echa bolita en un rincón de la parte alta, no supe a qué hora me quedé dormida.

Por la mañana, cuando desperté, vi que la madre miraba desde arriba cómo lentamente el agua continuaba metiéndose. La observé largo rato y me pregunté qué tenía en la cabeza esa mujer.

Enojada primero, sosiega después.

Varias horas pasaron. Miró el agua y luego a mí, se aseguró de que libros e instrumentos estuvieran a salvo, entonces se quitó el hábito, las medias y las zapatillas. En bragas y camisilla, sin nada en los pies, me ordenó que la siguiera, yo me arremangué la falda y aventé mis

huaraches, así bajamos.

El agua nos llegaba casi a la rodilla. La madre tomó unos granos de cacao que había en un cazo de por ahí. Avanzamos un poco y me pidió que no me moviera. Cuando el agua estuvo calma y sólo se escuchaba el silbido del viento y el chipichipi que seguía cayendo, me dijo que mirara con atención. Tomó un grano, lo aventó con fuerza hacia arriba. El grano dibujó su elevación y caída, luego se hundió formando sobre la superficie líquida un círculo perfecto. La madre se puso a aventar grano tras grano como gotas de lluvia que formaban un montón de redondeles.

—Así somos las mujeres. Concéntricas. Curvas. Nuestra vida es así.

No entendí muy bien pero me gustó mucho estar rodeada de círculos que se formaban cada vez que un grano tocaba el agua.

Con las piernas mojadas, subimos a la parte alta de la celda, la madre se secó, se puso su camisón blanco y se sentó a escribir.

Miré largo rato la humedad que nos rodeaba, luego me puse detrás de ella y eché un ojo a lo que anotaba:

Va borrando el agua
lo que va dictando el fuego

Aquellos versos se quedaron zumbando en mi cabeza.



EMPEZAR

Estuvimos inundadas varios días más, mismos que parecía quel cielo se iba a caer. Cuando por fin paró la lluvia y las madres, sus sirvientas y hasta las niñas sacaban agua del convento y trataban de limpiar, tuve otra gran ocurrencia, pues nuestra celda tenía todavía mucho más lodo y porquería que las otras. Le pedí permiso a la madre pa llamar a alguien que nos ayudara a limpiar y secar libros y mesas que aún estaban re mojadas. Aceptó, y no sólo eso sino que me acompañó a pedir licencia a la priora, quien luego de mucho pensarlo dijo que sí, por única ocasión y por tratarse de un caso de extrema calamidad. La madre poeta volvió a la celda y yo corrí a avisarle a la tornera, regresé y, aunque la madre siempre me pide silencio, grité y chiflé por la ventana durante horas, hasta que por fin apareció, a lo lejos, ese alguien.

Era el negro, el negro Lorenzo.

Mientras llegaba, cerré los ojos y recordé mi sueño, lo vi remando por la Acequia Real, miré sin ver cómo se acercaba al convento por las calles de agua formando olas pequeñas con su canoa de madera clara. Abrí los ojos y miré, ya no en sueños, cómo llegó, abajito de la ventana. Tras los barrotes le pedí ayuda contándole lo que nos había pasado. Aceptó, pues además de cerrarle un ojo, me las ingenié para ofrecerle unas monedas. Se fue hacia la puerta del convento donde la madre tornera, que conocía bien a lo que iba, con dificultad por lo hinchado de la madera de la puerta, lo dejó entrar.

—Necesitamos brazos fuertes que nos auxilien —dijo en voz muy baja. En eso llegaron las cuatro hermanas gordas que estarían vigilando

su presencia en el convento, al poco se apersonaron en el pasillo novicias, niñas y criadas que cuchicheaban mientras veían cómo, andando a mi lado entre grandes charcos, Lorenzo se encaminaba a nuestra celda.

Gracias a su ayuda sacamos cubos, cubetas y palanganas llenas de lodo y mugre. En la celda alta la madre, con mucho apuro, secaba un libro, limpiaba otro, suspiraba tan sonora y adoloridamente que su dolencia se oía por todos lados.

El negro y yo acabamos empapados y con calores. Nunca me había gustado tanto limpiar el barro y secar los pisos. En voz muy baja me decía palabras dulces y pícaras. Entre cubetada y palabras me ponía colorada y me sudaban las manos, los cachetes y hasta el chuchumú. En un descuido, me dio un testerón por detrás. Solté unas risillas de nervios y contento. Las vigilantes se dieron cuenta y no les gustaron mis risas, ni las intenciones del negro, así que se acercaron y le dijeron que su trabajo había acabado y que lo llevarían a la puerta. El Lorenzo se medio limpió, mientras yo me quedé entre mensa y sonsa, como si estuviera en una ilusión. Antes de que se fueran, pregunté que quién me ayudaría a acabar de limpiar.

Las cuatro me vieron con ojos canijos y me señalaron con sus dedos gordos.

No me importó, y para coraje de las méndigas, seguí limpia que te limpia al tiempo que me puse a cantar.

—¿Qué ocurre? —preguntó la madre poeta.

—Nada, sólo que después de horas de sacar y sacar cubos de agua al fin empezamos —contesté.

—¿Empezaron?

—Terminamos y empezamos —dije y seguí hablando—: ¡Ay madre, perdón, es que con tanta agua, lodo y calores ya traigo la cabeza chacotera!

INSTRUMENTOS MÚSICOS

Luego de tanta lluvia, los instrumentos músicos de la madre poeta, que me gustan casi tanto como el negro cabezón, rechinaron como chillidos de la Pancracia. La madre había pasado largos ratos curándolos de la afinación, así dijo ella. De buenas que poco a poco se han ido componiendo, y cuando hace sonar esos instrumentos, cual si fuera niña, juega y se ríe. Luego anota en los pliegos unos garabatos que no entiendo, pues no están en esta lengua sino en otra. Es lenguaje musical, dice ella. Yo pelo los ojos y me quedo con la mollera llena de preguntas. No sabe que en escondidas los toco yo y me pongo refeliz cuando lo hago, me muevo toda y meneo las nalgas.

Tiene también aparatos raros como compases, astrolabios y un sextante, que de igual manera tuvo que curar de tantísimas aguas. Sepacuál es su uso o beneficio, pero así se llaman y tal cual me dijo su nombre la madre, los anoto aquí.

He visto que cuando viene al locutorio el padre de los anteojos de bola, se ponen a medir noséqué con los compases que son de palo y fierro. Horas están durante mañana y tarde. Cuando la noche aparece, se asoman al ventanal, entonces la madre anota —dice ella— el movimiento de los astros. Observan cómo avanza la luna por el cielo mientras el sacerdote hace cálculos y cuentas.

Al contarle a la madre tornera, se carcajea y me dice que los luceros tienen sus secretos y que ella, sin necesidad de tantas cuentas y aparatos, sabe cómo descubrirlos.

La Besulia se torna cólera, mienta maledicencias, va y avisa a la

priora y a las vigilantes y dice con voz grave y seca que ni el padre de la nariz larga, ni ningún hombre, deben quedarse en el locutorio hasta la noche oscura. Entonces, las cuatro vigilantes acompañan al padre de la nariz larga a la puerta, quien con montones de papeles y anotaciones se despide de la madre poeta.



TROPIEZOS

Los días de agüerío trajeron algo bueno también, pues como muchas cosas quedaron destropeadas, la madre poeta consiguió que mi pedazo de celda tuviera cama. Está revieja y hace escándalo cuando me muevo, pero ya no duermo como antes, en el suelo. Tengo también una mesa de palo sobre la que escribo y anoto estas letras, y sobre la que pongo la candela que me ilumina sea de día o de noche porque en esta celda no hay mucha luz, nada como en Yanga, donde el sol pegaba por todos lados. Entre mis faldones, camisas y chucherías tengo el libro donde viene *El cantar*, así como otros que saqué de los de la madre poeta. También hay afeites, polvos y juguetes que voy agarrando de aquí y allá: zompos, un aro color sandía, pulseras doradas, collares de cuentas que brillan con el sol y perfume de rosas.

Hoy fue un día difícil. Por hacer ruido y escándalo, me regañó la madre poeta y me mandó con la madre chueca, quien me puso a pelar ajos y cortar cebollas, además una novicia que apenas llegó dijo que yo era una ratera. Me echó la culpa de que se le perdieron unos reales de plata que dizque trajo al convento.

Me llevaron con la priora, ahí ella y varias hermanas mentaron que yo era una salteadora, hablaron en mi contra señalando que hurtaba todo cuanto podía.

La Besulia dijo que las limosnas de los domingos desaparecen, mientras que en mi pedazo de celda cada vez hay cosas más finas, cosas que una mulata no debería tener, como anillos, aretes y collares.

—¿Cómo lo sabes? —grité—. Yo no fui, yo no robé los reales de la

novicia, yo no vacío las cajas donde la gente deja sus limosnas.

—Hay pruebas —dijo la malvada, y empezó a nombrar mucho de lo que hago y tengo.

—Me espía, me sigue, me echa sus olores —grité y dije, una vez más, que yo no era una ratera.

—Luego de ir a confesarte y de que el padre te ordene el número de yo pecadores que debes rezar, estarás encerrada en la celda penitente desde este sábado hasta el viernes de Corpus. Pan y agua serán tu comida. A ver si te enderezas, a ver si así te portas bien —terminó diciendo la madre priora.

¡Encerrada en la celda penitente!



EL ENCIERRO

Varios días pasaron desde que me guardaron aquí. Lloré, chille, me jalé de los pelos, me comí las uñas, hasta que hoy, calmada, pegué las orejas a la puerta. Oí cuando las madres iban a la misa de la tarde, escuché los pasos lentos y el sonido del bastón de la tornera, entonces di tres golpecillos cortos seguidos de dos largos y un maullido. La tornera comprendió mi llamado, pues es así como toco cuando algunas noches entro a su celda. Pegó un grito, como si se hubiera golpeado, y les dijo a las otras que se iba a sentar por ahí a esperar quel dolor pasara. Cuando todas las demás ya estaban en la capilla, se acercó a la puerta y escuchó mis palabras.

—Ayúdeme madre, ayúdeme.

—Espera la media noche, mi negra.

Lloré quedo y escuché cómo arrastraba los pies continuando su camino. Pasé horas tirada en el suelo. Cuando se oyeron a lo lejos aullidos de coyote y gritos de gatos enamorados, escuché que alguien metía llave a la puerta de la celda penitente. Era la tornera que sin decir palabra me dejó jamón, leche y queso fresco. En una bolsa estaban también pluma y pliegos para escribir.

Cerró.

Entre el escándalo de gatos y el silbido del viento, oí cómo la madre se fue caminado apoyada en su bastón de palo pelao. Comí sin parar, anoté mi desgracia en estos pliegos.

OTRO DÍA

Cuando tienes la panza llena, sientes contento aunque estés encerrada y entonces puedes hacer otras cosas, como esto de anotar lo que te ocurre.

Desde que me metieron aquí, a cada rato hay alguien detrás de la puerta, alguien que pega sus orejas para escuchar si estoy mansa o furia, si rezo a sus santos o a los míos. ¡Méndigas monjas! ¿Por qué no se quedan sentadas en las bancas de la capilla? ¡Tienen culo de mal asiento!

En este convento casi nadie me quiere. Se burlan de mis tetas, dicen que las tengo tan grandes que parecen papayas, y que las camisas y faldones que me dieron cuando llegué ya no me quedan; mientan que cada vez se me ven más las piernas. Me dicen que deje de comer cajeta, buñuelos y tortas de cielo porque voy a reventar.

No es verdad, yo no estoy gorda. Gorda la Besulia o la madre chueca, quien me convida de todo lo que hace. Como yo le consigo ingredientes secretos y brinco de gusto con sus galletas, moles y pozoles, siempre me sirve de más. Me pongo contentísima cuando hace cigote de gallina.

No tienen por qué culparme de lo malo que pasa en este lugar. En veces odio a todas por igual.

La Besulia es una punzada, un golpe en las tripas, un zumbido en las orejas, siempre detrás de mí, siempre tratando de respirar mis alientos.

¡Ojalá se la llevara el demonio!

No, el demonio no.

¡Ay!, ¿qué hacer?, ¿cómo resolver lo que me aflige? ¡Ya sé!, la madre poeta arregla sus asuntos enviando escritos, ¿por qué yo no? ¡Eso!, voy a hacer lo mismo que ella hace: escribir una carta.

Madre Priora:

Usted no entiende, el castigo no está bien pues yo no me he robado las limosnas de los domingos, yo no me puse a cantar canciones de negros en el coro de la capilla, tampoco atranqué la puerta del baño cuando a la Besulia le agarró el correquetealcanza y no pudo entrar, mucho menos hice guaje a la madre vigilante para poder comerme los mazapanes que le llegaron al convento, ni hurté los paletones helados que hizo la madre chueca.

Madre, ¡comprenda! Yo no les unté chile a los chocolates para que les ardiera la lengua a las del coro. Lo que pasa es que las hermanas la agarran contra mí y no les gusta nada de lo que hago. No les gusta que hable, diga y grite, tampoco que mis mangos se muevan graciosos cuando bailo el cumbé, ni que ponga a todas a jugar saltacabrilla en el Patio de las Palomas.

Ya me han dicho varias veces que la ropa me queda muy apretada y que no debo enseñar las carnes pues puedo ser causa de pecado. ¡Yo no soy todas esas cosas que la novicia dijo! ¡No es justo que me tengan aquí encerrada!

No sé qué más escribir en esta carta y… ¡Ay, la tinta se me acaba!

En este momento, escucho que las madres caminan formadas hacia la capilla, se oyen clarito sus voces. Cantan mientras yo estoy aquí encerrada. ¡Malhaya sea su calabaza!

¡Pasos!, alguien está cerca. Que no se dé cuenta de mi coraje.

Sigo, pues, escribe y escribe. Otra carta. ¡No!, una carta no. Una receta. ¡Sí!, eso, una receta: *Manchamanteles.*

¡La tinta casi se termina! Está bien, sigo con la que queda.

Ingredientes: chiles anchos, chorizo, almendras, ajo, ¡qué peste la del ajo!*, carne de puerco, plátanos, piña, azúcar.*

¿Qué es eso?, ¿chiles con plátano y piña? Nada mejor quel chile que pique, que te queme la lengua y sudes de tanto picor. No importa que luego el culo te arda.

¡Ay, no me puedo concentrar!

¿Qué es esto?, ¿qué es esto que siento en mi cara? ¡Necesito un espejo! Por aquí estaba un pedazo roto, sí. Busco, rebusco. Aunque roto, me sirve para mirarme, para verme. ¡No, un grano seboso en mi cara!, ¡es culpa de la gordura!

Las plegarias se oyen muy cerca. ¿Qué escribo? Receta, otra receta, sí. No.

¡La tinta, Jesús! ¿Jesús? No, Jesús no. Efigenia, santa negra, ésa sí. ¡Ayúdame!

Sigo pues:

Manera de limpiar la cara de granos y malquistaciones varias.

Ingredientes: Crema de concha nácar, limón, pepinillos y polvos traídos de las Islas Filipinas.

—Úntese eso, negrita, y los granos desaparecerán de su cara. Será nuevamente bella.

Mentiras. La vieja que vende afeites y menjurjes nomás me sacó las monedas que tomé de la limosna y nada que se me quita esto. Está bien, lo reconozco. En veces tomo uno, dos reales de las cajas de las limosnas, pero no más.

Ay, malhayo día, siento muy grande el grano. ¡No lo permitiré! Con los dedos que señalan, voy a dar muerte al maldito.

¡Sangre, me sale mucha sangre! No puedo escribir más. ¡La tinta ahora sí se me acaba!

¿Qué hacer?, ¿pedir ayuda?

No, pero ¿con qué escribo?

¡Santa negra, auxíliame!

¡Carbón! Eso, usaré el carboncillo que la negra me dio en la Plaza Mayor ¡Sí! Con eso seguiré escribiendo, sí. Me busco y rebusco. Quiero gritar. Silencio. Aquí lo traigo. Siempre lo traigo. Sigo pues escribe que escribe con el carboncillo. Calma.

Malhayas monjas, luego de la misa deben estar tomando chocolatl con canela y buñuelos con queso, ¿y yo?, encerrada y hambrienta. Ojalá me quede tiesa como la monja que, muerta, se volvió un pedazo de madero feo y seco. Sí, pero yo moriré de hambre ¡No!, ¡sí!, ¡sí! Muerta hasta que llegue el negro y abra la puerta que atrancaron las canijas hermanas.

Que sea él, el Lorenzo, quien abra esa puerta y sea el primero en ver

mi moribundez, y yo desde el más allá sienta su bocota sobre mis labios. Y sus manos sobre mis mangos. Que me bese cuando ya sin vida yo esté para que, por obra del mañoso ángel del amor, deje la palidez de la muerte y recobre mi piel negra y reviva cuando sienta su cuerpezote sobre el mío.

¡Ay, no! Me sigue saliendo sangre, necesito alcohol, ¡yodo de Madrid!

¡Pañuelo!, ¡eso, un pañuelo!, con él tapo el agujero del grano ya sin pus, pero con sangre. Este pañuelo tiene muchos usos; cuando la sangre deje de salir, me puede servir para bailar; bailar y mover tetas y culo.

Otra cosa. ¿Acaso la madre poeta es la única que escribe canciones y villancicos?

No. También los hago yo.

Canción para atraer al ser amado. Escrita por Yara de Yanga, aquí mentada Juana de San José, pero ese nombre no cuenta:

Turulú negro tombé,
turulú negla tombá,
el negro canta y se ajuma,
la negra se ajuma y cantá,
turulú negro tombé,
turulú negla tombá.

Esta canción se debe bailar vestida únicamente con bragas o sin ellas, ¡mejor! Se tiene que parar la bemba, moverla de un lado a otro y tocarse por delante y por detrás, luego invitar al ser amado a hacer lo mismo.

Cuando esté con Lorenzo, le voy a decir que ponga su cabeza aquí.

—Lorenzo, mi negro, Lorenzo negrón, ponga su cabeza junto a mi corazón.

¡Más sangre sale de mi cara! ¡Ayúdame santa negrita, santa protectora!

Vuelvo a escuchar voces, pasos tras la puerta.

Otra receta.

Ingredientes: siete chiles mulatos —me conformo con uno—, siete anchos, siete poblanos.

No. Mejor escribo otra carta:

Madre poeta, esto fue lo que hice hoy:

Lorenzo, sin que la vigilante se diera cuenta, tocó la puerta del ventanal. Yo abrí. Me miró desde la calle. Sus manos pasaron los barrotes y tomó las mías. Besó las dos. Sonreí media taranta. Después, barrotes de por medio, lo besé. Sentí su lenguota entre mis labios.

¡Ay no! ¡No debo anotar eso! ¡Son puras imaginaciones!

¡Ahora sí, ahora sí!, ¡alguien está por abrir la puerta de la celda penitente!

Anoto, escribo, apunto.

¡La madre poeta!

Llegó pues y miró de lejos mis escritos. Se acercó. Fijó la vista en mis letras, luego vio el tintero vacío y lo que había anotado con el carboncillo.

Sentí que me llevaba el demonio, como dice la tornera.

Agaché la cabeza.

De nosédónde sacó un frasco con tinta, lo dejó y se fue.

¡Me quedé como piedra!

EL BABILONIO

Los días de castigo terminaron y por fin salí de la celda penitente.

Ayer, antes de que sonaran las campanadas para la misa, le pregunté a la madre poeta si podía ir con la chueca a matar un guajolotl. Me dijo que no gritara, que hablara en voz baja, que en veces, como ya me lo ha dicho antes, soy un estorbo, sobre todo cuando está metida en sus escritos y la molesto. Después de tanto tiempo de conocerme no se ha dado cuenta que yo no grito, yo hablo así. Como me dijo que no gritara, pero no contestó lo que le pregunté, quedo, muy quedo salí de la celda y me fui a la cocina con la madre chueca.

Al rato salimos al corral, la chueca me pidió que agarrara a un guajolotl y ella, machete en mano, le trozó el pescuezo. El canijo animal agarró carrera por patios y pasillos. Las monjas gritaban asustadas unas, riendo otras, y yo como chinampina tras el cuerpo descabezado. Cuando lo pesqué, se retorció entre mis manos. Esperé a ver cómo se moría de a poco. Una vez que quedó tieso, caminé triunfante cargando el cuerpo muerto para entregárselo a la madre chueca mientras varias hermanas me miraban con ojos saltones.

Ella lo puso en agua caliente, luego le sacamos pluma tras pluma mientras, entre ollas, hervores y cazuelas, me contaba chismes sabrosos como que la novicia que apenas llegó traía una enfermedad indecente y por lo mismo se la tuvieron que llevar al Hospital de Jesús, donde la atendió un cirujano y barbero que le sacó un montón de reales al padre de la enferma y ni así se curó; también me contó que un oficial, quesque muy bien plantado, se escapó del ejército por causa de amores

prohibidos, lo sabe porque tiene un hermano que es capitán y muy platicador. Para terminar me dijo, mirándome a los ojos, que ella le aconsejó a la madre priora que echara candado a las cajas de las limosnas para que no volvieran a desaparecer los reales.

Menudo coraje que me dio, pero no dije nada.

Mientras estábamos despanzurrando al animal me contó, en voz muy baja, cosas de ella, cosas de su corazón, como que cuando tenía cerca de quince años, llegó a la ciudad un hombre piadoso que vivió mucho tiempo en la Babilonia, lugar que está mucho más lejos que la España y donde abunda el pecado y se encanta con música y miradas a serpientes y mujeres. Me confesó que se conocieron en la capilla de la Merced y que luego de hacerse de mucha amistad, a él no le importó que estuviera chueca y le cantó y la miró como nadie lo había hecho. La chueca cayó redonda ante sus encantos y le dio su pureza. Tiempo después, supo quel piadoso no era tan piadoso, pues encantaba a toda mujer que podía. A la chueca, de tristeza, se le perdió la mirada y la atacaron los suspiros, hasta que un día su padre buscó y persiguió al Babilonio con tremendo arcabuz por calzadas, plazas, callejones hasta que lo encontró en una calle de agua y lo obligó a pagar sepacuántos reales para meterla aquí, a este convento.

Terminó diciéndome que cuando se burlan de ella por estar chueca, la vuelven a atacar los suspiros y se acuerda del Babilonio.

Mientras la escuchaba, tuve una gran idea. Cuando terminó, le pregunté:

—¿Y… para dónde está la Babilonia, madre?

Luego de pensarlo un rato, contestó:

—Pues... por allá —y señaló a la puerta con una de las patas que le había tronchado al guajolotl.

—Por allá está la Vera Cruz —oí cuando la madre priora lo dijo.

—Ah, entonces… la Babilonia está para allá —mentó la chueca, señalando con el machete la pared que está llena de cacharros.

—No. Hacia allá está la mar océano donde llega el galeón, lo sé bien porque el padre de la nariz larga lo repite cada que traen pólvora, sedas, pimienta y canela.

—Entonces… la Babilonia está para allá, y señaló al techo con el pescuezo del animal.

—Madre, me está haciendo guaje, ¡la Babilonia no puede estar en el

techo, ni en las nubes y menos en el cielo!

—¡Negra cambuja, negra saltapatrás, negra renegrida, negra chapucera, preguntas muchas cosas! —gritó al tiempo que aventó patas, plumas y pescuezo—. ¡Cállate ya!, ¡molestas más de lo que ayudas!

Poco después, contrariada, vio el tiradero que hizo y me gritó hecha cólera que recogiera lo que había aventado, luego me ordenó que la ayudara a preparar el mole pal guajolotl.

Silencia pero contenta por haber hecho desatinar a la madre chueca, recogí lo que tiró y puse a tostar chiles sin quitarles venas ni semillas. Empezó la tosedera y dos monjas que aún andaban por ahí, y estuvieron parando la oreja, pegaron carrera. Más tardecito, en un descuido, tomé una medida de leche fresca y la vacié en un cacharro así como harina blanca de la más fina que puse en un tazón. Al rato le dije que ya era muy tarde y tenía que regresar con la madre poeta. Escondiendo cacharro y tazón me encaminé a la puerta.

Ella no me miró, tosía, suspiraba, hacía gestos, pelaba los ojos, se veía las piernas chuecas, movía la cabeza y señalaba con las manos para un lado y otro, preguntándose para dónde estará la Babilonia.

Mientras tanto yo salí de la cocina sonriente y oronda.

¡Qué es eso de echarle candado a las cajas de las limosnas!

MIRRA OLOROSA

Cuando volví a la celda, la madre poeta seguía escribe y escribe, lee y escribe, así que dejé taza y cacharro escondidos, me envolví en el sarape y a dormir.

A la mañana siguiente, luego de sacar las aguas, ir a hacerme tontorrona a la misa, desayunar chocolatl, pan de nata y un bizcocho; y tallar bragas apestosas y medio limpiar la celda, me puse a embellecerme con mis afeites, pero… también con los de la madre poeta. Tiene unos preciosos y muy finos que le traen de la casa real de los virreyes, junto con largas cartas, aunque nunca los usa. Sólo se pone polvos de arroz cuando viene la virreina.

Mientras ella repetía una y otra vez: *mirra olorosa*, me enjuagué la cara con la leche que había traído. Estuve feliz hasta que la Pancracia saltó sobre el cacharro, tratando de darse un buen atracón. Yo grité, la gata maulló y se hizo la escandalera. La madre dejó de leer y anotar, se levantó de su escritorio, dando pasos muy duros caminó hacia nosotras y me puso una buena regañiza, ¡nomás a mí!

¡Gata malora! Dejó leche regada por toda la celda. Además del regaño, tuve que limpiar. Me dieron ganas de torcerle el pescuezo como lo hice con el guajolotl, pero me acordé que por las noches me calienta los pies y nomás le eché agua para asustarla.

Cuando la madre se calmó y volvió a escribir, seguí con lo mío. Me miré en el pedazo de espejo que me traje de la celda penitente y tomé el rubor de remolacha que, días atrás, saqué de las cosas de la novicia enferma de indecencia. Ésa que estuvo aquí sólo unos días, luego se fue

al hospital y de ahí a calacas.

También saqué un frasco que, según me contó la tornera, cruzó la mar océano. Yo digo que llegó hasta acá para hacer más bonitas a españolas, criollas y a mí. Con aroma de rosas me perfumé el cuello, las orejas y me puse unas cuantas gotitas debajo de las nalguillas para oler bien por arriba y por abajo.

Cuando el olor llenó la celda, la madre poeta repitió:

—Mirra olorosa de su aliento exhala.

Pero no era mirra, ¡era perfume de rosas!

Antes de terminar, sobé el pedazo de carboncillo que siempre cargo, pues me ha dado ayuda, suerte y además parece que no se acaba aunque me deje las manos más negras de lo que son.

Hice todo eso porque hoy es sábado y es cuando se apersona el Lorenzo que, desde aquella vez de la inundación, cada ocho días viene en su canoa desde las chinampas de Xochimilco y Culhuacán. Llega con montones de cosas que vende en la portería, cosas que ponen contentas a las madres. Azucenas para la priora; nubes y alcatraces para la capilla; chucherías para las novicias; trompadas de dulce para las hermanas viejas; nopales tiernos, huitlacoche o quelites pa la madre chueca y manojos grandes de hojas de elote para la tornera… que esconden tabaco o una botellita de aguardiente, ¿y pa mí?

Lo que sea.

Mientras no me dé calabazas, ¡todo está bueno!



EL CONTENTO

Me sudaron las manos cuando supe quel Lorenzo por fin había llegado. La madre tornera lo recibió en la portería mirándolo de arriba abajo. Cuando se dio cuenta de que yo espiaba desde dentro del convento, el negro paró la trompa como si me quisiera besucar, yo me emocioné, luego le dio a la madre su atado de hojas de elote que escondía tabaco y una botellita de aguardiente. La tornera requetecontenta me dijo que me acercara. Diciendo que iba a avisar a madres y hermanas, salió de la portería y cerró.

El negro comenzó a sacar la verdura, la fruta y las flores. Sentí entonces cómo ahí entre el convento y la calle, la panza se me movía de pura nerviosidad, porque su risa, sus dientesotes, su pelo y su fuerza me emocionaron.

Estaba yo oliendo las flores cuando de repente me agarró de la cintura, quise gritar, pero él se me acercó mucho y, sin más, me dio a beber agua de su boca.

Los chichicuilotes que llevaba no dejaron de hacer ruido el ratito que estuvimos juntos. Brincaban, zumbaban y piaban en su jaula de carrizo.

De rápido entraron varias monjas, atrás llegó caminando lento la tornera. Me cerró un ojo y se puso a escoger lo quel negro vendía. Las monjas se me quedaron mirando con ojos de castigo, como si hubieran sabido lo que acababa de pasar.

Luego de que se fue, me sentía lacia, floja, como perrita de milpa. Cuando llegué a la celda, la madre poeta ni cuenta se dio de que andaba como entre nubes, pues seguía metida en su mundo de letras y palabras.

Yara, la negra, la esclava de la madre poeta, yo, con los cachetes colorados, con sudor en la frente y en las manos, contenta estoy de poder anotar estas letras que son testigo de la alegría que sentí al beber de la boca del Lorenzo.

LAS CUATRO LETRAS DE MI NOMBRE

Al otro día encontré un chichicuilote despanzurrado. ¡Mahaya sea la Pancracia! ¿Cómo le hizo para sacarlo de la jaula?

—A limpiar negra, a limpiar —me dijo la madre poeta, quien también vio el plumerío por toda la celda.

Cuando terminé de sacar plumas y lo que quedaba del cuerpo, me puse a raspar el cebo que tiran las candelas, barrer, lavar un hábito que estaba casi gris de tan sucio y todo lo que no me gusta hacer pero lo tengo por obligación.

Ya de tarde, me dijo la madre poeta que la acompañara al Patio de las Palomas. Ahí, como lo hace muy seguido, se puso largo rato a ver cómo su sombra avanzaba hacia la noche.

Merito atrás de ella iba yo, haciendo lo mismo que ella hacía. Si levantaba la mano, yo también; si movía un pie, yo igual. Cuando apuntaba, yo sacaba pluma, papel y pintaba un garabato para luego acordarme y algo poder escribir. Todo sin que se diera cuenta y con tal de comprender qué fregados estaba haciendo. Cuando de a tiro el sol se metió y salió el primer lucero de la noche, la madre mentó en voz casi silencia cuatro palabras:

—*Escalar pretendiendo las estrellas.*

Nada. Nadita de nada entendí. Creo que una vez más se le descompuso la mollera. Piense y piense estuve hasta que me atreví y le pregunté, ella contestó que escalar es la misma cosa que trepar y peor me quedé. ¿Qué es eso de treparse a las estrellas?

Eso no se puede, así que mientras ella miraba el cielo y anotaba, pensé en hacer algo provechoso. Con la luz que daba la luna, me senté junto a la fuente y me puse a anotar una lista de todas las cosas que nos hacía falta comprar: granos de cacao, azúcar, ropa de Castilla, de la China o de la Tierra pero que me quede bien porque la que tengo ya me aprieta las carnes, y sobre todo debemos comprar tinta, papel y plumas finas de más para que la madre no deje de escribir… y yo tampoco.

Volvimos a la celda.

Como Simbiricú, el dios de la suerte, me acompaña, en la noche noche el negro se asomó por la ventana.

Tocó, chifló, abrí. Sepaenquécosa se trepó pero quedó a la altura pa poder estar cerca, entonces me agarró la mano, me pidió que me asomara para otra vez poner su bemba sobre la mía. Fue muy poco tiempo pues la Besulia, como lo hace muy seguido, estaba con las orejas pegadas a la puerta de la celda y sin hacer ruido se metió. Cuando estuvo justo detrás de mí, dijo que había escuchado voz de hombre. Asustada, azoté la puertecilla de la ventana y menté que no había nadie más que yo. Me volví furia y le dije sepacuántas maldiciones. Ella me agarró del pelo y yo le mordí un brazo y el otro hasta sacarle sangre. La monja mala, sin soltarme, trató de morderme también, tiradas en el suelo nos dimos golpes y catorrazos hasta que la madre poeta bajó enojada, nos separó y nos regañó. La monja mala dijo que había oído voz de varón y que por eso había entrado. La madre le ordenó que se saliera de la celda. Bien moqueteada salió con coraje en la boca y amenazas en los ojos.

—Estás castigada tres días sin comer más que pan duro —me dijo la madre poeta y se regresó a dormir.

Me fui a mi rincón muy encorajinada, pero me hice la dormida. Luego de un rato, cuando la madre volvió a resollar como si chiflara un pajarito, muy calma regresé a la ventana nomás pa ver quel negro ya no estaba. Fui a la puerta y la atranqué bien por dentro.

Con muina y contento a la vez, regresé a mi pedazo de celda, maldije a la Besulia y ya calmada y casi casi dormida, pensé en pedirle al negro que pinte mi nombre en su canoa.

El negro bien que hace cuentas y, según me ha dicho, nunca se lo han taranteado con monedas de cuartos o medios reales, pero… estoy bien segura que no sabe escribir… por eso le voy a hacer un dibujo de la

canoa con las cuatro letras de mi nombre, así:



ALANGANDANGA

Correr, caminar, treparme en una canoa y llegar por tierra y agua a Culhuacán, que está hasta el otro lago, para traer hierbas secas, raíces, untos y regresar cargada de olores, chapulines o noticias y acarrear todo lo que puedo para curar las ansias de la chiflada, las reumas de la tornera o los empachos de la chueca, me gusta mucho más que hacer todas las monsergas que me mandan. La madre tornera pregunta, en secreto, qué le hace falta a una y otra madre, y al cabo de un rato llegan pedidos de a montón. Quieren cosas que no pueden traerles sus familiares como polvos pa enamorarse, pa sacarse la tristeza o ungüentos pa quitarse la panza. Cuando ya sabemos qué voy a traer, la tornera le dice a la madre poeta que me necesita todo el día porque ya no puede ni con su alma. Una vez que tenemos el permiso, me lleva a la puertecilla de atrás, salgo, miro, huelo, camino a gusto y hasta me tardo un poco.

Cerca del embarcadero, a un lado del Convento de Culhuacán, hay un mercadillo donde se gritan y venden guajolotes, patos y flores de calabaza. Ahí entre los puestos está el expendio de remedios que tiene cosas que curan desde la tos hasta el mal de amores. En petates, en una mesa renegrida o en el suelo, se ven piedras, pepitas, huesos de animales, plumas de sepacuántos pájaros, protecciones pa la mala suerte y se dice que, muy escondidos, hay cabellos de difuntos que sirven pa hacer el bien o el mal.

Hay montones de ramas marchitas y también hierbas verdes que huelen bien fuerte, montones de ojos, aletas o trompas de pescado seco de la laguna, montones de palos tiznados, como yo.

Un fogón siempre está prendido y saca humo que parece nube desas que traen agua de tormenta.

La yerbera es una negra de cabellos blancos. Dicen que sabe de las cosas de la vida y de la muerte, y que por eso ayuda a los enfermos a luchar contra la malquistada calaca o a que se mueran en paz.

Se la pasa atrás del puesto, mienta en voz baja nosécuántacosa, oye, entrega y cobra, no más. Por eso se me hizo muy raro que, desde que llegué, la vieja se me quedó mirando largo rato con su único ojo bueno, se acercó y me dio un cordón no más grande que mis dedos alargados.

—Amarra este lazo al carbón que siempre cargas.

—¿Cómo sabe que lo cargo? ¿Qué conoce de mí? ¿Para qué fregados me da ese lazo?

—De algo servirá.

—¿Por qué dice eso?, ¿quién carajos es usted?

—De tiempo, de vidas nos conocemos ya —contestó, y siguió habla que habla con calma y sosiego.

Así, poco a poco me dibujó con palabras los reinos del Kongo, Ndongo, Luanda y Matamba, esos mismos de los que me hablaba el Bantú, mi padre. Me dijo que allá hay reyes y guerreros y todos tienen la piel del color de la noche, de las sombras.

Me contó que son libres, como yo antes de que me vendieran tal cual se vende un bulto de cacao o un montón de mazorcas. Me dijo que allá, en esa tierra que está del otro lado de la mar océano, los barbudos con arcabuces o fusiles nos roban o nos cazan como se caza a un coyote o cacomixtle. Me habló del dolor de dejar todo, de viajar bajo el sol y las estrellas, noches y días con vómito y angustia, y del sufrir que no para en los barcos que son tumbas. De los malditos negreros que no hablan castilla y golpean y humillan.

Habló de la madre de mi padre, del barco donde vinieron juntas con cadenas en las manos y pies, habló de mi padre niño. Del calimbo con que los marcaron y del ardor que nunca se quita.

Me contó de la pus y la sangre podrida de los que tienen la piel blanca.

De los indios que se mueren pronto porque no aguantan bajar a las minas o cargar costales de plata y piedras.

Me dijo, con voz dulce, que no me jale los pelos para hacerlos aquietar, que no ensucie mi cara con leche ni harina.

Me pidió ver con ojos limpios a la noche, al cuervo y a la hormiga. Mentó que debo probar lo dulce del zapote y el gusto del huitlacoche. Con voz fuerte, casi como orden, dijo que debo sentir orgullo por el color del tizne y del carbón.

Con emoción y temblores, con ansias, dolor y alegría escuché todo.

Todo. Tal cual si estuviéramos solas ella y yo. Nadie más.

Ahí en el piso, sentada, con las orejas paradas y pelando los ojos, sentí un tirón por dentro, como si me hubiera quebrado como un cacharro cuando se rompe y al poco sentí que volvía a ser yo.

Completa. Cabreada. Fuerte.

Después de nosécuántotiempo, miré al cielo que se empezó a pintar de rojo, naranja, morado.

Negro.

Negra la noche.

Yo.

Ni pude hablar, hice una seña pa despedirme y agarré camino de vuelta a San Gerónimo. Iba cerca todavía cuando oí que la mujer gritó fuerte y recio:

—¡San Sabeyá gugurumbé! ¡San Sabeyá gugurumbé!

El grito llegó a mis orejas y, aunque nunca lo había oído, aventé palabras que jamás había dicho pero que salieron de mi boca como si las conociera de siempre:

—¡Alangandanga gugurumbé! ¡Alangandanga gugurumbé!

Aquellos gritos se volvieron una fiesta entre las dos. Seguí camina que camina y el canto de aquella negra se fue haciendo quedo conforme me acercaba al embarcadero para treparme a la canoa de un indio que por una moneda me llevó de regreso.

Crucé con alegría en las orejas y sus palabras en mi cabeza.

Llegué a la Acequia Real y de ahí caminé al convento.

Entré por la puertecilla de atrás. Entregué a la tornera todo lo que iba cargando.

Nada hablamos.

Silencia me fui a la celda de la madre poeta. Como ella vive pegada a los libros o con la pluma en mano, ni cuenta se da cuando se esconde el sol. Ya la celda parecía cueva de coyote. Le encendí las candelas.

Miré largo rato mi carbón, le amarré el lacito rojo y lo guardé, luego sentí ganas de correr, de gritar, de irme pa siempre, entonces miré estos

papeles, estas plumas, las agarré con las dos manos, las apreté bien fuerte. No sabía si romper, rayar o escribir.

Escribir.

Al poco rato, ya con calma, tomé una pluma, la remojé en el tintero, tomé un papel y me puse a anotar las palabras que encontré y que estaban dormidas, acá adentro, dentro de mí.

LA APARECIDA

Además del coraje que traigo porque el canijo Lorenzo no se ha apersonado desde hace días y semanas, me agarró el enojo pues, la noche antes de ésta, la priora ordenó que monjas, novicias, profesas y ¡hasta yo! rezáramos día y noche.

Despertarse, orinar, tomar leche fría y rezar. Rezar en el refectorio, en los pasillos, en las celdas y hasta en el lugar de la cagalera. En el huerto, en el patio de las palomas y en los jardines. Rezar cuando se bate el chocolatl, se pelan las nueces y se lava el porquerizo. ¡Qué fastidio!

Todo porque hemos venido sufriendo la presencia de una espantable figura que se ve en las aguas de la fuente.

Además de ponernos a rezar, la madre priora nos dijo una y otra vez que no pasáramos cerca de ahí.

Como era de esperarse, la curiosidad nos ganó y todas, al salir a hacer de las aguas menores o a cagar, cruzábamos el patio, llegábamos a la fuente y mirábamos al espanto ese.

Ocurría entonces que las monjas asustadas se desparramaban pidiendo ayuda a su Dios. Chorrillos, orinadas y lagrimones quedaban al lado de la fuente.

Por todo eso, la priora ordenó rezos y más rezos para pedir a sus santos que se fuera del convento tan horrenda aparición.

Una noche, ya bien noche, cuando iba temblando de frío camino a jugar naipes y los golpes de la lluvia sonaban más fuerte que mis pisadas, miré cómo se paseaba un cuerpo cerca de la fuente. Vi sus manos juntas, sus ojos hinchados y su dolor presente. Oí sus lamentos y

me asusté un poco, pero cuando mentó mi nombre entonces sí pegué carrera.

Al llegar con la madre tornera luego de que se me saliera el miedo y de que me secara con un trapo viejo, le conté lo que me acababa de pasar. Mientras ella trataba de prender el tabaco mojado que le había traído, me dijo en voz baja que esa aparición asusta desde antes de que ella misma llegara al convento y que ni rezos, misas, penitencias o golpes de pecho han servido de nada.

La tornera, que por fin logró encender su tabaco, se sirvió uno y otro vaso de aguardiente y me empezó a contar que años atrás, cuando este convento era joven y caballos y españoles apenas se estaban hallando en estas tierras, una mujer de piel blanca que tenía un ojo verde y el otro color carbón se…

… se quedó dormida. Sí, la tornera se durmió porque ya había tomado muchos vasos de aguardiente. Fue entonces que comenzaron a zumbar las paredes igual que cuando tiembla la tierra, luego entre el zumbido y los golpes de la lluvia oí una voz que mentó mi nombre.

Me dio mucho más miedo y traté de despertar a la tornera, pero estaba roncando con los cachetes pegados a la mesa y nomás no abrió los ojos, la tapé, me hice bolita y envuelta en una manta me quedé toda la noche ahí pelando los ojos.

Cuando cantó el gallo, media taranta corrí a la celda de la madre poeta quien por suerte estaba dormida. Me dizque dormí y al rato me paré a hacerle su chocolatl, pero se me tiró la leche y causé un batidillo, pero eso no fue lo peor, sino que todo el día traje en la mollera la aparición esa y no pude lavar, ni barrer, ni siquiera sacar las aguas como se debe. Se me cayó la bacinica en el patio y todos los meados apestaron el pasillo.

Tuve que lavar, limpiar y volver a lavar además de rezar, bueno, hacer como que rezaba.

En la tarde tarde, me fui a sentar con la tornera junto a la mera puerta de entrada al convento. Ella, que tenía los ojos rojos y tomaba tragos y tragos de leche fría, me recibió gustosa. Estábamos platicando de todo lo que pasó en la noche cuando tocó la puerta el padre de la nariz larga.

Para ayudar a la madre, le di varias vueltas al torno y abrí. Aproveché para echar un ojo, con mucho cuidado para que las vigilantes no se dieran cuenta, y ver si por ahí cerca andaba el negro Lorenzo, pero

nada que lo miré.

Entró el padre al locutorio y luego luego llegó la priora quien lo recibió con alivio, ella le contó que las apariciones, ruidos y zumbidos cada día estaban peor. Delante de las que estábamos ahí, el padre contestó que eran mentiras que todas miramos por no tener otra cosa en qué pensar. Ordenó que quitáramos el agua de la fuente porque así ya no se vería el espanto ese y todas las monjas andarían por ahí sin susto y a gusto.

Primero me quedé como mensa, pero luego metí mi cuchara y dije y juré por mi santa negra que clarito vi un cuerpo de difunta gordinflada.

—Gordinflada tienes la mollera, negra, cállate —me gritó la priora.

La tornera me dio un pellizco.

El cura me miró con enojos.

La priora le preguntó a la tornera que qué hacía yo ahí. La tornera contestó que me pidió ayuda porque ya de a tiro no puede darle vueltas al torno para abrir o cerrar.

La priora hizo una mueca y entonces me ordenó, nomás a mí, sacar cubeta tras cubeta el agua de la fuente, hasta que no quedara nada, nadita de agua. Y con fuerza dijo que al cabo yo ya sabía cómo sacar aguas cochinas.

Encorajinada me fui por una cubeta.

Estuve todo el día sacando el agua, ante la mirada burlona de las monjas, novicias y sirvientas.

La madre poeta no dijo ni hizo nada. Estaba ocupadísima haciendo unos líos o loas, o sepaqué, pa la virreina.

Y sí, nos libramos del reflejo, pero yo mera seguí oyendo lamentos, quejidos y mi nombre en una voz que venía de sepadónde.

Entonces me dije a mí misma.

—Negrita, tienes que saber qué le pasa a esa aparición.

Por la noche, como es mi costumbre, esperé a que la madre poeta se durmiera, hice un bulto con mi sarape para que pareciera que yo seguía ahí, y sigilosa fui a preguntarle a la tornera qué más sabía del espanto ese. Ella me contó que era el fantasma de una mujer llamada doña María Luisa que se enamoró de un tal Hugo, mestizo casi indio, hijo natural de nosesabequién. Él la amaba de igual manera. Una vez el hermano grande de ella los encontró dándose tremendos besos y caricias. Entonces, fusil en mano, le prohibió al casi mestizo volver a verla.

Antes de que la tornera me lo dijera, yo ya había adivinado quel hermano era corajudo y celoso, y sobre todo que quería casarla con un español rico y de familia, por lo cual retó a duelo al indio casi mestizo. Se batieron en una fuerte pelea y el pobre pobre murió de un espadazo en el mero corazón.

La tornera, ya media dormida, siguió diciendo que la mujer se enfermó de tristeza, y por eso tuvieron que meterla aquí al convento; y después de seguir llore y llore por días y semanas y buscar a su amor entre las piedras o las nubes, se colgó del durazno.

Entendí todo y se me ocurrió ir a prender una candela abajito del árbol de la colgada. Hablar con ella, de mulata a aparecida. Hablar no con palabras sino por dentro, decirle que se fuera al cielo, o al más allá, pues así estaría para siempre con su tal Hugo. Todo eso le dije para ver si dejaba de asustarnos y de repetir mi nombre. Yo creo que sí se fue porque cuando yo decía ahí abajito del árbol todas esas palabras y le pedía que me mandara una señal de que me estaba escuchando, ¡zaz! que me cae un durazno en la cabeza. Entendí la señal.

Me regresé a la celda. Amanecí con la chirimoya adolorida, pero segura de que la aparecida había agarrado camino pal lugar de los muertos y no volvería a dar lata y estaría en paz.

LOS CÓMICOS

Tal cual el agua que se mete por aquíalláyacullá, se regó la noticia por todita la ciudad. El próximo día del Santo Ginés llegaría la Compañía de Cómicos que recorre pueblos y provincias y hace gracias, malabares, bailes y maromas. Tiempo atrás pasó por aquí y ahora vuelve para contento de muchos y muina de algunos.

El arzobispo, ese de la nariz de cotorra y los ojos bizcos, en misa de catedral dijo que los cómicos son como el mismísimo Satanás, pues provocan la desgracia de quien vea sus representaciones, llevándolos a un sinfín de pecados. Luego del sermón del domingo, pidió a peninsulares, criollos, indios y mestizos que no fueran a sus actuaciones y por ningún motivo se acercaran a los cómicos, ni a las carretas donde viven y viajan. De nosotros, los negros, no dijo nada porque asegura que no tenemos alma.

—¡Esos hijos de Belcebú tienen por costumbre robarse a las mujeres y convencer a los jovencillos de unirse a sus malhadados espectáculos! —mentó al final el arzobispo y toditos repitieron sus palabras una y otra vez. En la iglesia y por la ciudad entera.

La madre priora, que obedece todo lo que él dice, ordenó que dejáramos de hablar desos cómicos que no presentan autos sacramentales, ni cantan villancicos, ni hacen pastorelas para adorar a sus Reyes Magos o al niño Jesús, ni mucho menos enseñan los secretos de su fe cristiana. Lo dice tanto que ya hasta me lo aprendí.

Con carotas de seriedad, como si fueran momias, la escucharon las monjas, pero no sólo ellas, también las novicias, y todas las que vivimos

en el convento paramos la oreja. Hasta la Pancracia se asomó y maulló provocando algunas risas calladas. Las madres, a coro, prometieron no viriguar nada acerca de esas diabólicas representaciones teatrales.

La tornera me miró, y dejando ver el hueco que está entre sus dientes delanteros, sonrió.

—Todas en este convento nos vamos a enterar de lo que ahí ocurra, pero ¿quién nos lo va a contar? ¿Quién puede ir hasta el lugar donde se presenten las comedias, ver y disfrutar los enredos de damas y graciosos y traer noticias frescas? —me preguntó en voz baja.

Ella misma contestó:

—Tú, mi negrita, sólo puedes ser tú. Anotas, apuntas, comes maíz tostado, cacahuates y dulces garapiñados. Te asomas y te fijas bien en todo detalle. Que nada se te olvide y regresas corre y vuela, rápida como el viento. ¿Entendido?

El día entero tuve una emoción que me corría de pies a cabeza. Ya en la noche, cuando terminó el juego de naipes y la tornera había ganado varias rondas; cuando sólo el escándalo de la Pancracia enamorada resonaba en la noche sin luna; cuando los ronquidos de varias madres sonaban por el convento, preparamos mi salida y la manera en cómo entraría a la representación. Buena parte de la noche estuvimos buscando telas, trapos y velos para cambiar la forma en que me veo, porque una cosa es salir y andar por aquí o allá y otra ir a ver esas representaciones prohibidas.

En el cajón de ropa de la novicia que pasó a calacas por la enfermedad de la indecencia, hallamos —entre otras cosas— vestidos de encajes, rebozos, faldones y zapatillas. Tomamos un faldón de color oscuro, blusa negra, un rebozo gris y un mantón con flores de color rojo.

Saldría por la puerta de atrás, caminaría vestida con aquellas ropas, fingiendo ser otra, con la cara casi tapada hasta llegar al tablado donde se realizaría la función de los famosos cómicos.

A la mañana siguiente, luego del rezo matutino, la tornera le pidió a la madre poeta permiso para que yo pasara con ella el día completo. Según le dijo, necesitaba de mi fuerza y astucia mentando que cada día que pasaba le fallaban más los ojos y no podía ver quién estaba del otro lado de la puerta. Además de que sus brazos y piernas, de tan viejas, ya no podían mover el torno para abrir o cerrar.

La madre, que escribía diálogos y escenas de una comedia, según

eché un ojo, movió la cabeza diciendo que sí, sin despegar la pluma del papel.

Me puse el faldón, la blusa, me tapé la cabeza con el rebozo, y con el mantón sobre los hombros salí sin hacer ruido por la puertecilla de atrás. Caminé un poco, llegué al lado de una acequia que estaba llena de lodo y apestaba a zorrillo y perro muerto. Di pasos más rápidos hacia una calle cercana. Otra calle y, de repente, ante mis ojos los vi: ¡eran los cómicos vestidos de reyes! ¡De moros! y ¡hasta de chinos! Bailaban por las calles con músicos que tocaban tambores y trompetas. ¡Era más hermoso que las fiestas del Cumbé! ¡Mis ojos no creían lo que estaban viendo!

—¡Enorme oso madrileño y el más fiero león del África pelearán por el amor de una hermosa dama llegada de las muy lejanas tierras de Samarcanda! ¡Vengan, vengan! La lucha será junto al Hospital Real de Naturales. ¡Hoy al medio día!

Beatas, curas y mustios se persignaban y continuaban su camino rápido. Muchos otros siguieron a la caravana, entre ellos yo.

A pesar de la prohibición del señor arzobispo, había tal cantidad de espectadores que no cabía ni una persona más, lo que provocó un alboroto. Muchos entraron sin pagar, entre ellos yo.

Varios compraron cacahuates y maíz tostado para comer mientras veían la función, otros usaron las artes del bandido y extrajeron una o dos bolsitas, entre ellos yo.

Los músicos empezaron a tocar, el púbico aplaudía y gritaba pidiendo que ya empezara la función. Un hombre disfrazado de oso se paseó por el tablado. Bajó a donde estaba la gente, olió a unos, a otros relamió, y mordió a un malandrín que intentó jalarle la cola. Muchos gritaron simulando estar aterrorizados, otros no paraban de reír ante lo chusco del momento y sobre todo ante las plegarias de algunas personas que pedían a su Dios que intercediera para regresar al fiero animal a su jaula.

Poco después se escuchó un redoble de tambores y, acompañado de un fuerte rugido, entró un cómico vestido con traje de león. La cabeza era enorme, con una gran melena. Asomaba los colmillos que parecían de toda realidad. Una hermosa mujer de piel de noche, de piel de sombras, cubierta sólo con unos cuantos velos, salió a bailar entre los dos.

Casi me desmayo cuando vi que la mujer que dejaba ver varias partes de su cuerpo era ¡la Jacinta! Pero la emoción no se detuvo ahí, el corazón casi se me sale al momento en quel oso atacó al león y que éste le correspondió con una tremenda mordida seguido de otro rugir tan espantoso como rayo de tormenta.

La bailadora sufría o se alegraba según lo que ocurriera entre las fieras, posaba entre uno y otro animal, luego movía los velos sin dejar de sonreír.

La lucha continuó y el oso, con un fuerte manotazo, descabezó al león. Del cuello del animal salió una tela roja cual si fuera la sangre de la bestia. La Jacinta levantó la cabeza del león y en medio de música triunfal abrazó al oso, quien hizo una gran caravana.

Terminó la representación.

Los dos cómicos se quitaron sus disfraces, el público aplaudió, sobre todo aliviado de que quien representó al león tuviera la cabeza en su lugar. ¡No había duda, hacían trucos muy maravillosos! Tanta emoción tenía yo que, sin pensar, me trepé al tablado y abracé a la Jacinta. Ella me abrazó con fuerza. El público, al ver a dos mulatas juntas, pidió a gritos que bailáramos.

—¡Que bailen!, ¡que bailen la danza de los velos! —gritaban.

Nos reímos como niñas. Ella hizo una seña a los músicos, quienes empezaron a tocar. Yo, mucho más que contenta, ni tarda ni perezosa usé el rebozo de la misma manera que la Jacinta usaba los velos y seguí las danzas que ella comenzó. Risas, alegría, barullo, aplausos, hasta que llegaron varios monjes y sacerdotes, y todo mundo salió corriendo.

—¡Quedan excomulgadas!, ¡las cómicas son peores que los cómicos!, ¡las mujeres son la más terrible causa del pecado! —gritaban los enviados por el arzobispo.

—Deténganlas —gritó un cura que estaba medio cojo. Los cómicos escondieron a la Jacinta. Yo corrí, me tapé con el mantón y me perdí entre el gentío.

Poco pude hablar con quien hice el viaje desde la Vera Cruz hasta la ciudad, pero me llenó de felicidad que ahora fuera cómica e hiciera con su vida algo que a ella le gustaba más que nada.

Agarré camino de regreso pal convento, pero conforme me acercaba me puse a pensar qué pasaría si dejara a la madre poeta, a la tornera y a la chueca. Como sería yo si hiciera con mi vida lo que más me gusta

hacer. Me detuve frente a la puertecilla antes de entrar. ¿Y si aviento todo y corro a buscar a la Jacinta? ¿Y si me vuelvo cómica yo también?

Muevo las caderas y las tetas, y me pongo requetecontenta cuando bailo y todos aplauden. Eso pensaba cuando oí los maullidos de la Pancracia por ahí cerquita. Saltó la barda y la miré. Recordé las letras que aprendo con la poeta, las que escribo y lo que descubro en lo que ella anota. Recordé los brazos de la tornera y, sobre todo, recordé el flan de piloncillo y los buñuelos que hace la chueca. Entré al convento.

Rápida me fui con la tornera, y salpicando detalles le conté todo acerca de la feroz lucha entre el oso y el león. Menté que hubo cristianos que perdieron una pierna o un pedazo de oreja, otros la mano o la nariz. Señalé que hubo muertos también, a causa de la ferocidad de aquellos salvajes animales que lucharon por el amor de una mujer venida desde la tierra de las serpientes y los camellos. La madre tornera sí sabía que aquello había sido teatro, puro teatro… pero lo contó a las monjas como si hubiera sido real, ellas lloraron, suspiraron, se emocionaron. Algunas estaban del lado del oso, otras del león.

Supuestamente la madre priora no se debía enterar, pues ella misma prohibió que habláramos de los cómicos, por eso fue muy raro que ordenara a todas rezar sepacuántosmil padrenuestros por los heridos y por las almas de los muertos entre aquella lucha de garras y colmillos.

¡Otra vez la rezadera!

Los tres días que duraron las penitencias y rogativas, mientras las madres elevaban sus oraciones pal eterno descanso de los afectados, yo me reía con disimulo mientras la tornera me cerraba un ojo.



TRISTURA

Tiempo después, me agarró la tristeza pues el Lorenzo dejó de ir a vender a la portería del convento, recordé los ataques de don Diego en Yanga, extrañé al Bantú y a mi madre y al río que resuena y se lleva hojas y flores.

Me dio entonces por subir a esconderme a lo más arriba de la torre del campanario, dormir entre plumas y mierda; me dio por estar silencia y beber agua de lluvia, comer huevos quebrados de palomas y oír el reventar de las campanas en mis orejas.

La priora me gritaba que bajara, la chueca me llevaba, a pesar de su pata torcida, flan de piloncillo, besos de ángel, buñuelos y pan de nata.

Nada.

La madre poeta entonces, un día y otro, se acercó y desde el ventanal de más arriba me leyó en voz alta un verso, un soneto.

Nada.

Una tarde se puso a leerme un poco de una comedia, una comedia de amores y empeños. No la leyó toda, al día siguiente continuó donde se había quedado. Yo, interesada, fui cediendo hasta que sin saber cómo, acabé escuchando el final de la comedia sentada junto a ella.

Aunque la tristeza no se fue, sí se ocultó.

LA CHIFLADA

Una noche no sé por qué, entre humo de tabaco y aguardiente, cuando ya el convento estaba bien dormido, la tornera y yo nos pusimos a platicar acerca de una monja a quien nombraban la chiflada. La tornera me contó que la Magdalena —que así se llamaba— no era una monja cualquiera. Llegó a los doce años a un monasterio que está a dos leguas de distancia. Ahí, a los catorce ya le atacaban los éxtasis y los raptos. En veces hablaba de ángeles y querubines, pero en la mayoría de sus arrebatos se le entraba el demonio y malhayaba, mentaba cosas que nadie comprendía, se le volteaban los ojos y torcía la lengua. Una vez que se aplacaba un poco, le echaban agua bendita, la amarraban y se ponían a rezar cerca de ella. Como la locura la atacaba cada vez más, vivió encerrada año tras año, sin nadie que la ayudara, comiendo en el plato de los puercos, orinando ahí. Arañando las paredes de su celda sin ventanas, malvivió hasta que llegó un presbítero amigo de su señor padre. El padre, que era licenciado de profesión, vivía afligido y viejo desde joven, desde que a la Magdalena le dio el primer ataque. El presbítero intervino y la sacaron de ahí, la llevaron al hospital de Betlemitas. Tratada fue por los médicos y barberos más importantes y, ora sana, ora desquiciada, la trajeron aquí.

Hace poco, le atacó uno desos raptos. Decía y gritaba que estaba con Dios y pelaba los ojos y se ponía tiesa y luego lacia, y así lacia, sin fuerzas para moverse, se quedó días y semanas hablando en silencio de las bellezas del paraíso, de las manzanas de oro y los aromas de los ángeles, del jardín de las delicias y de un tal Caín y un tal Abel. Decía

que había escuchado cosas que no se pueden explicar con palabras. Algo que ni siquiera se puede pronunciar. Algo que nuestra naturaleza humana no comprende. Algo que está más allá.

El día del arrebato, las madres y las novicias rezaban, corrían y hacían cruces con los dedos. Al principio me asusté, pero me acordé de mi madre, quien así se puso cuando nos dejó el Bantú; entonces, calma, me acerqué a ella y le traté de hallar el entendimiento, la miré y la tomé de las manos. Ella, al sentirme cerca, sonrió desde donde andaba, desde un lugar que no se sabe cuál es. Con la mirada oscura, y en voz baja, me dijo:

—Déjalas, creen que estoy loca. Esto que miran pasa en mi cuerpo, pero con los ojos de adentro he visto lo que nadie vivo puede ver.

Poco entendí, pero desde ese momento fuimos Magdalena, la loca del convento, y yo amigas secretas.

Recién le dio otro ataque, más fuerte que los demás, gritaba cosas que nadie comprendía, se tragó la lengua, se le volearon los ojos. Retorciéndose estuvo mucho rato, hasta que se la llevaron al hospital de Betlemitas.

No hubo remedio. El padre provincial le dio los santos óleos y dicen que cuando estaba mitad en la vida, mitad en la muerte, se tornó juiciosa para los oídos de su padre que estaba ahí. Dijeron también los cirujanos y enfermeros que antes de morir, la Magdalena pidió que suplicaran a Dios por ella, por su padre, por la negra y por los que miran desde el otro lado de la vida.

En la noche noche, cuando el convento dormía y sólo hablaban los cuerpos de las hermanas, puse diecisiete velas para formar una cruz. Quedito le pedí a mi santa que la loca difunta no descanse, que su alma siga viva para que nos vea y mire desde ese lugar cercano y desconocido que es la muerte.

Al día siguiente, algo de todo esto le conté a la madre tornera. No todo porque hay cosas que son sólo de una. Ella me mandó avisarle al presbítero don Antonio de Robles para que anotara en su Diario de Sucesos Notables la muerte de la Magdalena. Salí por la puertecilla de atrás con un rebozo en la cabeza, pegué carrera hasta su parroquia y le avisé.

Antes de regresar al convento, eché un ojo a lo que él escribió:

Muerte: jueves 24, murió en el hospital de Betlemitas la hermana Magdalena, hija del licenciado Alberto de Velasco, que estuvo fatua muchos años y antes de morir volvió a su juicio.



CANTEMO, PILICO

Hace ya tanto tiempo que vivo en este convento que se me han apaciguado las ansias de irme, de regresar a Yanga, mi pueblo. Tengo aquí querencias, repulsiones; aprendo, miro, como lo que quiero. Duermo bien. Parece que la madre siente cariño por mí y yo por ella y por sus escritos. Algunas tardes lee envuelta en el silencio, sólo se oye su respiración calma y de vez en vez el rezo de alguna hermana, el grito de otra o el maullido de la Pancracia o sus gatitos, porque ya fue madre. En otras ocasiones lee a viva voz y es cuando yo, sin que se dé cuenta, ahí estoy parada como estatua nomás oyendo y tratando de entender, de apropiarme algo de lo que ella sabe. En veces me lee, como cuando estuve en el campanario, y sentada a su lado, soy yo su primera escucha.

Esta tarde, la misma tarde de hoy, me llamó y me puso a leer en voz alta unos versos *de negrillos*.

Así los nombró: de negrillos.

De pie e iluminadas con los últimos rayos del sol, empecé con torpeza, casi como tartamuda:

¡ Ah, ah, ah,
qu e l a rei na se nos v a !
¡Uh, uh, uh,
qu e non blan ca co mo t ú,
ni n Pa ñó, que no sa bue na,
qu e e ya di ci: So mo le na,
con la s so le que mi rá !

¡Ah, ah, ah,
qu e l a rei na se nos v a !

—Negra, trata de leer bien. Presta atención en ritmo, cadencia, entonación. Respira. Vamos. Inténtalo una vez más —me dijo con esa voz suave que usa cuando quiere que algo aprenda.

Las manos me sudaban; sin embargo, luego de respirar como ella señaló, con un poco de más confianza pregunté:

—¿Ritmo? ¿Igual que cuando bailo?

—Sí —contestó.

Leí entonces, moviendo la cadera un poco nada más.

Cantemo, Pilico,
que se va las reina,
y dalemu turo
una noche buena

—¿Cadencia, madre?

—Así es, ¡igual que en la música!

De esa manera entendí y continué la lectura meneando la cadera.

Yguale yolale,
Flacico, de pena,
que nos deja ascula
a turo las negla.
Si la Cielo va,
y Dioso la lleva,
¿pala qué yolá,
si eya sa cuntenta?

—Bien, mi negra, bien, ahora fíjate en la entonación.

—¿Entonación?

—Sí, te voy a ayudar con las palmas.

Con más seguridad, leí guiada por las palmadas que hacía la madre. Empecé también a palmear, primero con las manos, luego pegándome aquí, allá, moviendo los pies. Fui yo misma un tambor.

Sará muy galana,
vitira de tela,
milando la sole,
pisando la streya.

—Mirando el sol, pisando la estrella —repitió la madre poeta. Se levantó de su silla y palmeó y leyó junto conmigo.

¡Ah, ah, ah,
que la reina se nos va!

Muy contenta se dio palmadas en las piernas, en el pecho, movió las caderas y bailó. La madre poeta bailó, y en vez de leer cantó, y yo junto con ella.

¡Uh, uh, uh,
que non blanca como tú,
nin Pañó, que no sa buena,
que eya dici: So molena,
con las sole que mira!
¡Ah, ah, ah,
que la reina se nos va!

Al terminar nos abrazamos, aplaudimos y nos reímos tan fuerte que nuestras carcajadas resonaron por el convento.

De esa manera comprendí algo que no conocía y me dieron más y más ganas de saber, de entender también las letras que son música.

Nunca falta el blanco en el arroz, pues la Besulia tocó para preguntar si todo estaba bien. Como es su costumbre, tenía la oreja pegada a la puerta.

—¿Algún problema ahí dentro?

—Ninguno. Todo está bien —contestó la madre poeta, riendo.

—Requetebién —dije yo.

La madre suspiró y ya sin risa, me dijo:

—Ay, negra, negrilla, no tienes remedio.

¿A qué se habrá referido?



ROGATIVAS

Cuando viene el padre de la nariz larga a visitar a la madre poeta, paro la oreja y pelo los ojos para entender algo de lo que dice, para pescar algo de todo lo que sabe.

En el locutorio, entre turrones, alfeñiques y bienmesaben, platicaron de la flota con quince navíos y dos pataches que llegó a la Vera Cruz hace unos días. Los pataches, esos barquitos que ayudan a entrar a los barcos grandes, tienen nombre: Galgo y Margarita, según lo dijo el padre. Pero eso no es lo importante, sino que como siempre, la flota trajo noticias nuevas que pasaron hace más de tres meses en la España y en Europa, lugares que están más allá de donde acaba la mar.

La madre poeta y el de la nariz larga hablaron de la mala nueva que a todos dio miedo y por la que se iniciaron rosarios y plegarias durante días y noches completas. Lo que ocurrió fue que en la ciudad de Viesti, en el reino de Nápoles, que sepadónde mero está, allá por el mes de marzo de este año, durante dos horas continuas llovió gran cantidad de sangre; tanto fue así que en todo el reino aquel, y aun en la España y el Portugal, se pusieron a hacer penitencias y procesiones de rogativas para aplacar la indignación y coraje de su dios, por ser Viesti un lugar lleno de pecado. Y aquí también en la ciudad y en toda la Nueva España, el arzobispo cara de cotorro ordenó misas y rosarios. En el convento a obedecer, dale con lo mismo, otra vez hubo rezos que no paraban.

Además de platicar desos y otros asuntos, el padre vino a comer. La madre priora ordenó que la chueca y sus novicias de la cocina, entre rezo y rezo, prepararan platillos que a él gustan mucho: turco de maíz

cacahuacintle, polla portuguesa y manchamanteles, así como torta de cielo, alfajores y huevos reales pal postre.

El padre comió, ahí, en el locutorio, para muina de la Besulia y otras canijas que no dejan estar a gusto. Luego de la comida, la madre chueca estaba muy contenta pues él acabó chupándose los dedos. Entonces se puso a tomar chocolatl con la madre poeta. El resto de la tarde estuvieron juntos. Mientras tanto, por todo el convento se escuchaban salmos, avemarías y yo pecadoras. Monjas y novicias pedían piedad para esta tierra.

En voz baja, muy baja, bajísima, sin que nadie más que la madre poeta y yo, que estaba como sombra, escuchara, el padre le dijo que era imposible que sucediera esa lluvia. Mentó que nunca, ni por más pecados que cometiera una persona o un pueblo, podrían caer gotas de sangre del cielo, ni que se moviera la tierra, ni hacerse de noche cuando es de día, por causas del comportamiento humano; añadió que no había que temerles a los cuerpos celestes porque no eran prenuncio de ninguna calamidad.

La madre contestó moviendo la cabeza de arriba abajo pero no abrió la boca. Los dos se acercaron al ventanal, vieron largamente el cielo y sus miradas se perdieron en la tarde, que ésa sí se pintó de naranja y rojo hasta que apareció la primera estrella de la noche.

El padre se despidió, no sin antes pedir buñuelos de requesón, alfajores y huevos reales pal camino. Salió del locutorio y de ahí a la portería, iba cargando su itacate y, una vez más, chupándose los dedos pero ahora llenos de la miel de los buñuelos. La madre poeta se despidió y de rápido, mirando sus anotaciones, se fue a escribir.

Yo sí le creo a este padre, pero por si las dudas, sólo por si las dudas, encendí una candela para mi santa negra, porque acá llueve muy fuerte.

¡No vaya a ser la de malas!

PECADO NEFANDO

De entre todo lo que escucho y lo que oigo de chismes por aquí y por allá, apenas supe que Orlando, el mandingo ese con el que vine de Yanga, el que gusta de usar faldones y bailar el cumbé con floripondios en la cabeza, fue acusado por el Santo Oficio de cometer el pecado nefando.

Han pasado muchos meses y años desde que lo dejé de ver, pero bien me entero de lo que le pasa, pues se dice por callejuelas, rincones y plazoletas, en voz baja, en murmullos, que de tanto bailar y comer ultramarinos, buen pollo, jamones varios y vino de Castilla se puso hermoso y fuerte, que su piel brilla como el oro. Se dice también que con su belleza y encanto hechiza de amor a quien yace con él. Además conoce tan bien las artes del pecar que hombres y mujeres buscan recibir sus consejos.

Consejos que, dicen las malaslenguas, salen de la boca del mismísimo demonio. Las mismas lenguasmalas dicen también quel dueño del Orlando —el vejete de las uñas largas que lo compró cuando llegamos a esta ciudad— cayó en el embrujo de su deseo. Dicen que ahí mismo donde vivían, una casona con árboles y flores junto a la Acequia Real, el viejo halló al Orlando cometiendo el pecado nefando con un hombre fuerte y de verde mirada; entonces, enloquecido de celos y ciego de la ira, lo acusó ante la Inquisición.

Durante el auto de fe, se dijo que era amante de Satanás y que por eso hechizaba como sirena a hombres y mujeres.

Se le preguntó varias veces si se arrepentía.

El Orlando guardó silencio.

Lo condenaron a la hoguera.

Rápido corrió la noticia por toda la ciudad, hasta que llegó a la portería del convento y de ahí a mis orejas.

¡Quemado vivo en el tianguis de San Juan!

¿Qué hago?, ¿cómo lo ayudo?, ¿le rezo a nuestra santa?, ¿pateo?, ¿grito?, ¿regrito?, ¿vuelvo a gritar?

Me silencio.

Nada digo.

Nada digo.

Nada digo.

Cuando no pude más, le pedí ayuda a la madre tornera.

Ella sabe bien cómo desfacer entuertos. Con sus cartas, con su astucia y su mirada en el pasado y en lo que ha de venir, me aseguró lo que yo ya sabía.

A la hoguera.

Mientras mascaba un cabo de tabaco, bien encerradas en su celda para que nadie nos viera ni oyera, pensó un buen rato, sacó sus naipes, jugó, acomodó, revolvió barajas y cartas. Luego de tenerme desesperada por noséçuántotiempo, en voz baja me dijo que un rato después de que tocaran las últimas campanadas de la iglesia, con mucho sigilo me fuera a la puertecilla que da a la calle Verde, la de atrás, y que tendría que salir para llevarle ayuda al mulato.

Se levantó, bastón en mano, me miró seria y mentó:

—Mis cartas dicen que hay una piedrecilla de carbón con un hilo rojo en algún lugar de tu celda. Entra, búscalo.

”Antes de que amanezca tienes que entregar lazo y carbón al mulato. El negrillo está en la casa de la esquina chata, en la Plaza de Santo Domingo. Es la cárcel del Santo Oficio. Te paras frente a la puerta. Un enano de la orden de los dominicos se va a asomar, le dices que llevas una bendición de la madre tornera. Te dejará entrar. Agarras camino por el patio de los naranjos, pasas dos puertas más y la triple reja. Si otro fraile o el carcelero te pregunta, les vuelves a decir que vas de parte de la vieja que abre y cierra las puertas de todo mal y todo bien. Encontrarás las prisiones. No te asustes con los gritos de los torturados vivos o muertos que no paran de lamentarse. Llegas a la número once. Es la del mulato. Ahí vas a encontrar un agujero, habla sosegada

diciéndole quién eres, mete la mano por el hueco y le entregas el carboncillo con el lazo. Él sabrá qué hacer.

”Sales silencia y corres de regreso. Te será fácil dejar esa casa doliente.

Esperé con ansias a que tocaran las últimas campanadas de la iglesia y luego de avalorar que había pasado un buen rato, muy silencia me levanté, hice un atado con mi sarape para que pareciera que yo seguía dormida, y dando pasos chiquitos salí de la celda.

La madre poeta nada supo. Dormía muy cansada pues todo el día y buena parte de la noche estuvo escribe que escribe villancicos para celebrar las fiestas de Navidad que ya se acercan. Llegué a la puerta. La tornera estaba ahí con mucho frío, envuelta en un sarape. Abrió con trabajo. Le ayudé. Rápida y enrebozada me salí. Las bendiciones casi silencias de la madre se perdieron entre los maullidos de la Pancracia y sus gatitos que me habían seguido, así como con los ladridos de algún perro queriendo ser lobo.

Aunque nadie más se dio cuenta de que dejé el convento, sentí cómo dos ojos me seguían.

Sin cuerpo, ni sombra, sólo un par de ojos.

No hice caso.

Calándome los huesos de frío, llegué afuera de la casa de la esquina chata, donde guardan a los condenados. Menté en voz baja lo que la tornera me señaló. Tal cual me había dicho ella, un adormilado dominico se asomó. Hablé lo que me dijo la madre, el enano abrió sin nada preguntar. Caminé por el patio donde el viento de la noche se mezclaba con la peste de los calabozos y los gritos de vivos y difuntos. En una caseta, el carcelero dormía envuelto en cobijas apestosas. Olía a vomito y alcohol. Llegué a la número once. Hablé en bajísima voz. El mulato estaba despierto. Metí la mano por el agujero, le di el carboncillo y el cordón. Me apretó muy fuerte y yo a él. Corrí de regreso a la puerta.

Salí en medio de las tinieblas de la noche. Apenas pisé la calle, sentí cerca los ojos esos que me habían seguido. Miedo. Sin mirar, apuré el paso de regreso a San Gerónimo. Más rápido anduve por la calzada entre sombras, ladridos y chipichipi. Sentí cerca un aliento a perra. En silencio seguí andando lo más rápida que pude. Cuando iba cerca de la Plaza Mayor, escuché un lamento adolorido. Vi entonces correr, casi volar, a una figura de mujer vestida de blanco: era muy delgada y

gritaba con desesperación.

Regresé entre gemidos, miedo y neblina.

Toqué y desesperada estuve un buen rato. La puerta se abrió y vi los ojos esos que me habían seguido. Temblé de miedo. Los ojos desaparecieron cuando llegó la tornera envuelta en un sarape felpudo. Sin decir palabra, me preguntó cómo me había ido. Con un movimiento de cabeza le dije que bien. Apareció la Besulia, reconocí sus grandes ojos. La tornera la miró como inquisidora. La monja fuerte sostuvo la mirada. Yo soplé y moví los brazos quitando lo pesado en quel aire se convirtió. Respiraron una y la otra, al poco, cada quien se fue a su celda.

En el rezo matutino me quedé requete dormida.

Desperté asustada al escuchar los ronquidos de la Besulia.



BUENAS NUEVAS

Allá por la tarde no se hablaba de otra cosa en toda la ciudad, y la noticia llegó al convento pues los pregoneros gritaban:

¡Negro condenado a la hoguera desapareció de la celda!
¡Fue obra del demonio!
¡Tenía pacto con el maligno!

Dichos, pregones, gritos y yo con la oreja parada junto a la portería, por eso me enteré de que al día siguiente el carcelero declaró ante curas, alguaciles y notarios. Dijo que poco después del amanecer encontró al mulato dibujando en la pared con un pedazo de carbón una carabela y una figura de hombre fuerte y bien plantado, parecido a un oficial que recién huyó del ejército. Mentó quel dibujo estaba hecho con tanta realidad que carabela y oficial parecían verdaderos. Luego, señaló, que sin creer lo que veía, miró cómo el Orlando bailaba ante el dibujo y que fue testigo de cómo la figura del oficial tomó vida. El mulato entonces le aventó el cordón rojo, el hombre lo agarró y ayudó al mandingo a subir. Acabó asegurando que escuchó cómo, desde el navío, el Orlando le preguntó:

—¿Qué es lo que le falta a esta carabela?

—Navegar —contestó atontado el carcelero.

—Pues mira cómo anda —dijo el Orlando, y ahí ante sus ojos, la carabela con oficial y mulato desapareció de la pared.

Dicen los que cuentan que en ese momento se miró entre las nubes,

con el cielo como mar, un navío que viajaba rumbo a donde sale el sol.

Al fraile dominico lo quieren juzgar por haber dejado salir al Orlando.

El carcelero está en el calabozo ya.

Nadie le cree.

La madre tornera sonríe cada que alguna de las monjas o novicias cuenta, aderezado con imaginaciones, lo que pasó. Varias se preguntan ¿será que fue una ensoñación?, ¿será que ocurrió de verdad?, ¿será que fue una fantasía?

Lo cierto es que llegaron nuevas de la Vera Cruz. Dicen que zarpó con rumbo desconocido una carabela tripulada por un oficial de ojos verdes y un mulato que reflejaba en su piel los primeros rayos de la mañana.

¿Y yo? Destornudo y moqueo, pues el frío de la madrugada es malo como un azote.

TUNAS Y NOPALES

Las huertas están más verdes que nunca porque el sol les hace bien, ha habido cielo azul y buen ánimo.

Luego de días y meses de no aparecerse, a la hora en quel sol está mero sobre nuestras cabezas, con la espalda cargada de nopales frescos, se apersonó el Lorenzo en la portería. Como traía un atado de tabaco para la tornera, lo dejó quedarse durante un rato, aunque avisó a la vigilante para que le echara un ojo mientras el negro ofrecía sus nopales. Luego luego entregó varios montones para la cocina. De seguro la madre chueca puso a sus ayudantas a quitarles las espinas para no lastimarse ella, ¡bien que la conozco! Lorenzo continuó la venta, pues llegaron monjas y criadas a pedir nopalitos y dar sonrisas. ¡Méndigas!

Tan luego llegó el negro, la tornera me mandó avisar con una novicia que apenitas ingresó al convento y no es tan sonsa. Yo estaba matando cucarachas desas que se juntan mucho en todo el porquerizo. Ansias y emoción se apoderaron de mí. Corrí, casi volé por patios y pasillos para llegar a la celda. Ahí, sin hacer ruido para no distraer a la madre poeta, me puse un refajo en la cintura y me pellizqué los cachetes. Quedé negra colorada. Me eché saliva en las pestañas y también me aplaqué estos chinos locos que salen de mi cabeza como rayos en tormenta. De rápido me fui al locutorio. El negro estaba ya ligero, pues le quedaban pocos nopales. Le pedí los mejores que tuviera; me dijo, viéndome a los ojos, que me había guardado los más frescos, me los entregó y en voz baja, sin que la vigilante oyera, mentó que junto con tanto nopal había traído tunas, tunas taponas, tunas frescas y dulces.

Me preguntó si quería probar una.

—Las tunas tienen espinas, ¿cómo la vas a pelar, Lorenzo?

—Tengo cuchillo y mañas —contestó.

—Ta bueno, ¿dónde la comemos, neglito neglón?

—Ya verás —me contestó—, te espero a la vuelta del colegio de las niñas, en la calle Verde atrás del árbol grande.

—¿Qué tanto cuchichean? —gritó la vigilante.

Yo me hice guaje, incliné la cabeza y le dije por lo bajo.

—Allá te veo.

El negro le contestó que ya se le habían acabado los nopales y que yo siempre quería más y más.

¡Canijo!

La vigilante no le creyó, le dijo que se apurara y que se fuera, entonces lo encaminó hacia la puerta. Más tardaron en irse que yo en salirme del locutorio, en menos de lo que canta un gallo, para ir con la tornera y contarle mi apuro. Ella me miró de arriba abajo, sonrió, me agarró las tetas y dijo:

—Aprieta los labios negra, pa que se te pongan colorados y el negro te muerda.

La emoción creció en mí y me empecé a mordisquear la boca. La madre me echó una bendición desas que ella sabe y que no me caen mal, luego cuidando que nadie nos viera, agarramos camino para la puerta de atrás, la puerta chiquita, la que casi ninguna monja conoce. La tornera abrió y yo salí.

Para mi buena y mala suerte empezó un canijo chipichipi. Llegué a donde me esperaba el negro. La lluvia arreció. Me agarró de la cintura y me alzó justo cuando un rayo cayó por ahí cerca. El tronido hizo que montones de perros mojados ladraran y asustados pegaran carrera.

Empapados, caminamos rápido bajo las gotas de lluvia gorda. Llegamos a la Acequia Real y nos trepamos a su canoa, que traía mi nombre pintado aunque todo mal escrito:

L l a r r a

Con el agua sobre nuestras cabezas y bajo nuestros pies, fuimos dejando la ciudad. El negro tenía inflamados los brazos de tanto remar. Grandes, fuertes. Mientras él remaba, yo lo veía de arriba abajo y de abajo arriba. Detuvo la canoa y peló la tuna con cuchillo y mañas, como dijo antes. Mordió la tuna, luego acercó su bemba a la mía y me dio a probar la

dulce fruta de sus labios. Pasado un rato siguió rema que rema. Con esa lluvia que caía ya ligera, bajamos de la canoa y me llevó pal monte. Ya traía yo el deseo de ser dél y que él fuera mío. Lo agarré de los hombros y juntamos nuestras bocas. Largo rato estuvimos así, la lluvia se fue calmando hasta que terminó. Salió el sol sabroso de la tarde, y colores rosa, amarillo, azul y hasta verde pintaron el cielo.

Ni cuenta me di de que me fue quitando la ropa.

Ni cuenta me di cuando fui dél.

Se metió en mis adentros. El sudor de nuestros cuerpos se confundió con el chipichipi que seguía cayendo.

Entregados el uno al otro no sentí el paso de la tarde.

Cerré los ojos, al poco los abrí y miré que una catarina roja voló hacia nosotros. Se quedó pegada arribita de mi pecho.

Nos levantamos; lacio y tranquilo caminó el negro. Alegre anduve junto a él. Llegamos al lago, nos subimos a la canoa, y como si estuviéramos paseando, recorrimos un laberinto de canales y calles de agua hasta llegar al embarcadero de la Acequia Real.

Bajé.

El negro se fue remando entre las sombras de la noche clara.

Caminé brincoteando sobre las piedras, pues el agua había subido y las calles estaban encharcadas. Toqué dando tres golpes duros seguidos de dos suaves y un maullido, seña que tengo con la tornera para que me abra.

Nada. La puerta estaba atrancada. Me di la vuelta, toqué una vez más por la puerta del frente.

Maullé.

Nada.

Volví atrás.

Comenzó a llover fuerte. Empapada estuve tratando de entrar al convento.

Tarde, muy tarde, oí cómo se desatoraba la puerta. La empujé, y del otro lado hallé los ojos de la Besulia que me miraban con coraje. La tornera no estaba.

Con susto corrí a la celda.

¿Qué tanto sabía la monja mala?

Temblando de frío, me sequé, mientras pensaba si la monja mala no me echaría de cabeza.

Subí y me asomé a ver a la madre poeta, quien ni siquiera se fijó que ya había llegado. Nomás iluminada por una candela, metía la pluma en el tintero, rápido, rápido cómo si las palabras se le fueran a ir volando.

Con la luz de esa vela, miré que la catarina roja seguía pegada a mi pecho.



ESCRIBIR

Apunto aquí, en este montón de hojas que tengo muy escondidas entre mis cosas secretas, lo que me pasa en la celda, en los patios, en las otras celdas del convento. Lo que espío cuando se abre la puerta del locutorio. Lo que siento cuando veo al negro o cuando espero largo a que regrese. Lo que ocurre cuando, a escondidas, salgo y miro y corro por las calles y plazas y meto la nariz y las orejas en asuntos que no son míos. Anoto los olores de panes y galletas y la peste del porquerizo. También apunto dolencias o alegrías que traigo acá dentro. Lo que veo y lo que me hace cosquillas, con lo que me rio y lo que me encorajina, lo que me hace gritar o dar patadas.

Escribo porque siento un contento grande al hacerlo, porque la madre poeta me dio a probar la ***be***, la ***u***, la ***ene*** y la ***te***, también la ***ye***. La ***Y***, con la que empieza mi nombre así como la ***A*** que es la letra con la que inicia el silabario. Ella me enseñó a formar palabras, frases y hasta versos que en veces yo solita invento cuando nadie me mira, versos que me quedan chuecos, descoyuntados, pero que me gusta, me regusta anotar y luego leer varias veces.

Escribo porque siento que cuando dibujo tantas palabras en estos papeles, estoy sola conmigo, en un mundo que es mío, de nadie más. Y en ese lugar, que es éste, el de la tinta y el papel, hago lo que me da la gana.

Aquí soy mi propia esclava.

Aunque no lo haga todos y cada uno de los días o las noches, seguiré anota, escribe, apunta lo que vivo y lo que invento. Lo que miro con

estos ojos de negra negra, lo que sueño con esta cabeza que en veces vuela y está entre cotorros y pericos o revolcándose en las olas de la Villa Rica de la Vera Cruz con cangrejos y conchas de la mar; esta cabeza que quiere volver a abrazar a mi padre, el Bantú; esta cabeza que ensueña con bañarse en el agua del río que corre como la tinta que me gusta dejar correr aquí.

RANAS Y SALTAMONTES

Como he andado más contenta que nunca y quiero ponerme cada día más hermosa, la otra noche, luego de jugar naipes, mascar tabaco y beber aguardiente en la celda de la tornera, cuando las monjas que vamos a husmear el futuro, suspirar y decirnos alguno que otro secreto o chisme reíamos y hablábamos quedo, se me ocurrió hacer un juego para apostar unos afeites que había visto escondidos entre las cosas de una novicia nueva, que no es tan sonsa, quien desde que llegó se unió a nuestras reuniones nocturnas. Para eso propuse que jugáramos al Salto y la reté a batirse conmigo. Ella aceptó. Como era noche noche, la vigilante, la vicaria y casi todas las demás monjas, criadas y novicias dormían y roncaban como vacas, así que nos dimos vuelo y ¡a jugar!

Puse las reglas. Saltaríamos primero a pies juntos de frente y de espalda en el mismo lugar tres veces, y luego andaríamos a un solo pie. Aquella de nosotras que adelantara más el cuerpo, de dos saltos seguidos, ganaría la apuesta. Eché un salivazo como punto de partida, la meta sería la puerta. Quitamos la mesa, sillas, otros estorbos y empezamos. Las dos brincamos muy bien al principio, luego la notansonsa demostró que tenía sus triquiñuelas, pues se adelantó un poco del punto de partida, brincó con los pies juntos y avanzó hacia la puerta rápido y sin caerse. Yo grité que había hecho trampa. Ella contestó que lo hizo sin querer y pidió que siguiéramos jugando. Unas estaban de su lado y otras del mío. Nos íbamos a empezar a pelear cuando la chueca dijo que jugueteáramos con calma, que estuviéramos en paz, luego suspiró y se vio las piernas.

—Miren, yo que estoy patituerta nunca podré divertirme así, de modo que ustedes síganlo haciendo.

Continuamos pues y llegó mi turno. Igual que cuando vivía en Yanga, antes de empezar a saltar, invoqué ranas y saltamontes; una vez hecho eso, empecé a brincar. Lo hice muy bien y quedamos iguales, no ganó ni una ni otra.

Propuse una segunda ronda. La novicia notansonsa aceptó, pero dijo quel calzado le apretaba, así que sin pensarlo más se sacó las zapatillas. Brincó muy bien. Cuando fue mi turno dije que faldón y camisola me estorbaban, así que me saqué huaraches y ropa, quedé en bragas. Salté feliz. Todas nos reímos mucho, hasta la chueca se olvidó de suspirar y seguimos juega que juega.

Una tercera ronda, pero ahora propuse trepar a saltos los peldaños de la escalera de la celda. La mediasonsa me miró, y retándome con los ojos se sacó el hábito, quedando sólo vestida con bragas rotas y empezó, ¡trepó cuatro peldaños de un solo brinco!

Méndiga, parecía que volaba en vez de saltar. Luego fue mi turno. Me arrepentí de comer tantos turrones, buñuelos y tortas de cielo, pues me costó mucho trabajo y sólo pude trepar dos peldaños de un brinco. Cuando la sonsa se burlaba y reía de mi esfuerzo, la tornera se levantó de su sillón y dijo.

—¡Quiero jugar!

La sonsasonsa gritó que la tornera debía competir pero con tortugas y cangrejos. Todas nos echamos varias carcajadas, incluso la afectada, quien de rápido aventó el bastón, se sacó los zapatos, se levantó el hábito y comenzó a brincar de escalón a escalón. A esas alturas ya todas habíamos tomado mucho aguardiente y nos reíamos, aplaudíamos y gritábamos. De repente la tornera perdió el equilibrio y toda su gordura cayó por los escalones. Gritamos y corrimos a ayudarla. En ese momento, la puerta de la celda se abrió. Vimos la cara de la Besulia y enseguida el enojo de la vicaria, así como la furia de la priora. En vez de ayudar a la tornera, nos regañaron con palabras que yo ya conocía pero que no quiero escribir aquí. Dijeron que era inaceptable que eso ocurriera en el convento. Preguntaron por qué estábamos casi sin ropa. Yo expliqué que uno no puede jugar a los saltos con faldas tan pesadas, ni con zapatillas o huaraches puestos. Hasta les pregunté que si querían brincar un poco. Como respuesta sentí un silencio pesado. Luego

regañaron, gritaron y advirtieron. Terminaron ordenando castigos varios. Rezos de a montón para todas. A la sonsarresonsa la pusieron a comer sólo pan y agua durante una semana. A la chueca la obligaron a no pisar el refectorio por el mismo tiempo. A mí, limpiar y relimpiar los lugares de la cagalera y el porquerizo, no comer nada más que pan duro, no beber chocolatl y mantenerme sin mentar palabra varios días.

Todo eso ordenaron, además de mandarnos hacer penitencias y no volvernos a juntar nunca por las noches. A la tornera la amenazaron con quitarla de la puerta si la volvían a descubrir haciendo esas reuniones que invitan a pecar, dijeron. Ella lloró, del dolor por la caída y del dolor por las amenazas. Compungidas nos fuimos cada una a nuestras celdas. A mí me dio tanto coraje perder la apuesta de los afeites, como recibir los castigos. A poco creen que voy a estar silencia. ¡Ni taranta que estuviera! Lo que sí me preocupó fue el catorrazo que se dio la tornera, pues se le puso morada la pierna.

EL CHAHUISTLE

El día antes de ayer la tornera, todavía con la pierna adolorida, me contó que recibió la noticia de quel próximo sábado, día de San Hipólito, habrá una gran corrida de toros, pues cumplió años el virrey, se conmemora el día que España venció a los ingleses, que llegaron montones de patos verdes a los lagos y que se acabó la plaga del chahuistle.

—Por todo eso hay que celebrar, mi negrita. Vienen toros de San Miguel, caballos de Valladolid y lo mejor: ¡toreros en traje de luces! Ah, ¡cómo me encantaba mirarlos cuando entraban al ruedo haciendo el paseillo mientras tocaban los músicos! —me dijo—. Prepárate, porque tú serás mis ojos. Oye bien lo que vamos a decirles a la priora y a la madre poeta para que puedas salir por la puerta de enfrente desde temprano y estés afuera todo el día. Les diremos que debes hacerme varios encargos que son de mucha urgencia porque, además del sopetón que me di, me atacan calores, sangrados y retortijones que no me dejan estar en paz. Les diremos pues que el mero sábado, día de nuestro señor San Hipólito, y sobre todo de mercado, los marchantes traen polvos, yerbas y raíces que curan los males que padecemos las mujeres y que mucho me pueden ayudar; también les diré que desde que me caí no puedo mover el torno para abrir o cerrar la puerta porque se me van las fuerzas y cada día lo siento más duro.

Así lo hicimos. La madre poeta de luego dijo que sí y me pidió que aprovechara para llevar un recado de chocolatl al de la nariz larga. La priora consultó con la vicaria y ella le dijo que para desgracia de la

tornera era verdad lo que le pasaba, pues había mirado que desde el día de los brincos cada vez le costaba más trabajo caminar y se estaba poniendo más vieja y achacosa, y que ya no le quedaban fuerzas. Eso no le gustó nada a la abrepuertas, porque miró a la vicaria con coraje pero no dijo nada.

Al cabo de un rato, me dieron el permiso, por dentro me puse muy contenta aunque me quedé callada. Sólo miré a la tornera, quien me echó una sonrisa.

TRECE DE AGOSTO

San Hipólito, cuídanos; San Hipólito y Santa Casilda, acógenos; San Hipólito, Santa Casilda y San Juan Nepomuceno, protégenos, repetían las monjas. Sin hacer caso de las oraciones de la mañana, ayudada por la tornera, salí por la puerta grande, dispuesta a mirar pa luego escribir todito lo que pasara.

Caminé por el empedrado hasta llegar a la Plaza del Volador que estaba adornada con banderines y papeletas. Había caballeros disfrazados de animales, turcos o españoles. Damas con vestidos llenos de holanes y flores en la cabeza. Niños con capotes y espadas. Niñas con muñecas, peinetas y mantones de Sevilla. Vendimias de juguetes y comida. Y toreros, toreros en trajes que brillaban con el sol de la mañana.

Curiosa, me metí a los corrales de los toros. Miraba, olía, tocaba por aquí y por allá. De pronto sentí un arrempujón que me echó al suelo.

Asustada miré quel jorobado aquel, el capataz que me trajo hace tiempo desde la Vera Cruz, me tapaba la boca con manos recias como lijas, manos que apestaban a mierda. Él y otros me amarraron los brazos y me taparon los ojos. Escuché voces quedas y luego el hablar chillón de quien bien conocía: don Diego de Matatráz. Temblé de miedo.

Con fuerza me empezó a rasgar la ropa; yo pateaba, mordía, trataba de gritar. Me retorcía con furia y dolor. El malnacido intentaba meter su lengua asquerosa en mi boca, me llenaba de saliva y desgracia. Yo escuchaba las risas del jorobado y de los otros que ayudaban al maldito a despojarme de mí.

A lo lejos oí que en la plaza la música anunciaba el inicio de la corrida.

Jadeos. Mordidas. Patadas. En el ruedo, la gente celebraba con voces fuertes y alegría. Escuché los bufidos y lamentos del toro.

Aplausos.

Vivas.

Una estocada.

¡Olé!

Otra más.

¡Bravo!

Sangre.

¡Olé!

Yo perdía fuerzas. Un hombre a cada lado, don Diego encima.

El matador recibió aplausos y gritos de alegría.

¡Olé!

¡Orejas y rabo!

Traté de gritar.

Deshecha.

Rota.

El viento se detuvo.

Se hizo el silencio y la oscuridad.

Sin fuerzas para ver ni llorar, estuve tirada por mucho rato.

Cuando pude mirar, vi un par de ojos. Eran los ojos de la Besulia. Vi su laberinto muy cerca, sus pestañas, sus pozos.

Ojos de hiena, ojos de cuerva, ojos de zopilota.

No supe más.

Desperté con sangre y dolencias por todo el cuerpo. Luego de nosécuántashoras, deshecha, ya de noche, mal caminé de regreso al convento entre charcos y lodo.

Arañé la puerta y traté de gritar. Al poco rato, la tornera me abrió y en sus brazos lloré. Lloré como niña. Como pude le conté lo que me había pasado. De rápido me consoló. La madre poeta se enteró al momento y llegó para acariciarme con sus palabras. Y la chueca, y la priora y las novicias me llevaron chocolatl y pan de nata.

Nada probé.

Con la mirada perdida estuve días, noches y semanas. Como rata acorralada, como perra herida.

Supe luego que Matatráz la misma noche que me atacó, apareció ahogado en la acequia. La tornera me contó que, al día siguiente, los pregoneros gritaban por toda la ciudad que había un cuerpo pudriendo las aguas.

El cuerpo roto de un criollo con la cara destrozada, como si se la hubiera mordido una hiena. Era el cuerpo raído de un malnacido tal cual si una zopilota lo hubiera picoteado. Sin ojos estaba, igual que si se los hubiera sacado una cuerva. Decían quel cuerpo luchaba contra las aguas enfermas que lo querían aventar.

Tiempo después miré que los dientes de la Besulia tenían manchas de sangre que con nada se borraban. Desde entonces esa monja guarda silencio. No está muda. Sólo que no habla. Cuando me ve, siento su mirada que cala, su aliento que hiere, y en veces auxilia también.

Gracias al cobijo y secreto de la que abre y cierra las puertas y de la que traza letras, palabras y versos, así como de las que barren y cantan, hacen tamales y champurrado, pude ir recobrando calma y sosiego.

El dolor nunca se fue, pero a la vista ya no está.

CONTRACORRIENTE

Correr rápido. Más rápido quel gato del monte, el tigrillo o el ocelotl. Correr como quiero hacerlo ahora y no puedo. Siento que doy un paso y no avanzo. Todo se vuelve en contra de mí. Hace días que no me hallo, en veces no puedo ponerme en pie, siento que la tierra se mueve, me vienen recias calenturas, devuelvo el chocolatl y detesto la torta de cielo. La chueca quiso curarme con bebedizos dulces y la tornera con abrazos, historias y unos tragos de aguardiente, pero nada de consuelo se logró en mí. La vicaria y la priora supieron lo que me estaba pasando y ordenaron que me guardara en la celda. Dolores, mareos y gotas de sangre entre mis piernas. La madre poeta habló por mí y mandaron traer al médico cirujano, quien me observó, me revisó y me preguntó tanta cosa que no hallé palabras para contestarle.

Ojos. Oídos. Lengua. Sudores.

Ojos. Oídos. Lengua. Sudores.

—Estás en estado de gracia. Pecadora.

E s t á s e n e s t a d o d e g r a c i a
P e c a d o r a
P e c a d o r a
E s t a d o d e g r a c i a
D e g r a c i a
D e s g r a c i a

De inmediato le avisó a la priora y ella a la vicaria. Luego de

avergonzarme, me mandaron castigos, penitencias y confesión. Llevada por la monja fuerte, como pude anduve hasta el confesionario. Ahí tras las rejillas esperé al reviejo padre confesor, quien ya sabía lo que me pasaba. Los chismes corren por el convento como si fueran arroyos luego de la tormenta. Tras las rejas del confesionario, me recibió con palabras que pronunció como puñales de doble filo.

—M u j e r . P e c a d o . M u j e r .

”Has fornicado. Conociste varón. ¿Dónde te metes para hacer el vicio? ¿Con quién cometes el fornicio? Haz de pagar esta falta.

Me mandó rezar tantos yo pecadora que no conozco el número.

Repetí como cotorra las palabras de sus rezos durante horas, culpándome una y otra vez, hasta que mareada y taranta salí de la capilla ante las burlas y miradas de monjas, sirvientas y novicias que me juzgaban y condenaban.

Desencajada.

Caminé sin saberpadónde, sin hallar consuelo, entonces anduve lenta y sigilosa hasta la celda de la madre tornera.

Era ya la hora nocturna.

Entre los humos del tabaco, cuando ya todo el convento dormía, lloré en silencio al lado de la abrepuertas. Ella, a pesar de seguir con sus dolencias, en voz muy baja me dijo:

—El estado de gracia es eso, negra de mi demonio, una bendición.

Me abrazó, me volvió a contar su propia historia. Su amor por aquel hombre, la hija que sus padres regalaron, aquella a quien sólo una vez en la vida vio. Lleva desde entonces el llanto de la recién parida clavado mero adentro, según me dijo.

Después me preguntó:

—¿El padre lo sabe ya?

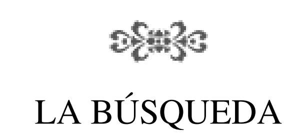
—Sólo el padre confesor y el médico cirujano.

—El padre de ese hijo.

—No. Nadie fuera de estas paredes lo sabe.

—Tienes que decirle al padre de esa criatura.

—¿Al negro?



LA BÚSQUEDA

Con la ayuda de la tornera, planeamos mi salida. Ella diría a la madre poeta y a la vigilante que los dolores me atacaron tan fuerte que no podía dar paso, ni moverme. Diría que estaba toda desguanzada.

Quedamos pues que antes del amanecer saldría por la puerta de atrás. En esa madrugada sin luna, envuelta en un rebozo negro, anduve hasta la puertecilla. Tras de mí caminaba con mucha dificultad la tornera. De pronto la atacó un destornudo, pero trató de silenciarlo tapándose la boca y tragándose los mocos.

Luego intentó abrir.

Jalé la puerta pero estaba atorada.

Un rechinido me hizo recordar cuando nacieron los gatos de la Pancracia. Sudaba yo por tanto tiempo de esfuerzo, pero había pasado sólo un rato, rato que parecía un día completo. Sólo jalando entre las dos pudimos abrir. Salí por fin con la cara escondida tras el rebozo. Anduve y caminé por las calles llenas de orines y mierda. Llegué donde el Lorenzo entrega quelites y nopales, donde gritan los mercantes y ofrecen estoylotro.

Esperé a quel sol apareciera y a quel jolgorio del mercado comenzara.

Vi bostezos y abrazos. Ventas, compras y trueques. Malandros y raterillos. Guajolotes amarrados patas p´arriba y chapulines a punto de ser tostados en comal.

Esperé.

Esperé hasta que mi sombra se borró.

Pregunté.

—A Xochimilco. Dicen que por allá lo vieron. Que fue a traer maíz, hoja santa, ruda y abrecaminos —me dijo una india de pelo blanco y dientes perdidos.

Caminé hasta la Acequia Real. Sin pensar, agarré una canoa que estaba por ahí, metí los remos entre agua y lodo, y comencé el viaje con los gritos del dueño persiguiendo mi angustia. Remé tan rápido que sentía como si los brazos se me fueran a quebrar, pero tenía esperanza de hallarlo más allá del lago. Poco a poco me fui volviendo lenta, ¿cómo hacerlo más rápido si los brazos no me daban respuesta? ¿Si la mirada estaba ciega? ¿De dónde sacar fuerzas?

Grita que grita avancé, y el eco de mi voz se repitió por el agua, causando espanto a grullas y chichicuilotes.

—Lorenzo, Lorenzo, Lorenzo —tres y tres mil veces menté su nombre.

No apareció. Ni aquí. Ni en Culhuacán. Ni allí. Ni en Xochimilco. Con el peso del agua entre los brazos llegué a Chalco, donde el lago termina o empieza. Seguí andando primero en dos piernas, luego a gatas. Con sed y hambre.

Cuánto anduve no lo sé. Con las patas y las manos llenas de sangre mentaba su nombre. Con la saliva seca pronunciaba las letras que son él.

L o r e n z o .

La luna iluminó el campo, y más allá del cansancio, caí. Tumbada entre las hierbas, oía con miedo al tecolote, al cacomixtle y al pájaro zumbador. Sin poder moverme, pasé toda la noche temblando de frío y susto.

Con los gritos de los zopilotes, con el ruido de escarabajos y moscardones amanecí sin sentir piernas ni brazos. Parecía que en el camino había dejado partes de mi cuerpo. Vomité nada.

Luego de nosécuántotiempo, entre los rayos del sol que calaban mis ojos, miré a lo lejos.

Lorenzo.

Ahí estaba, entre cañas largas de azúcar, entre libélulas y chupamirtos. Miré su espalda bañada en sudor. Reflejos dorados en su piel de obsidiana.

—Lorenzo, voy a ser madre —corrí a abrazarlo.

Volteó.

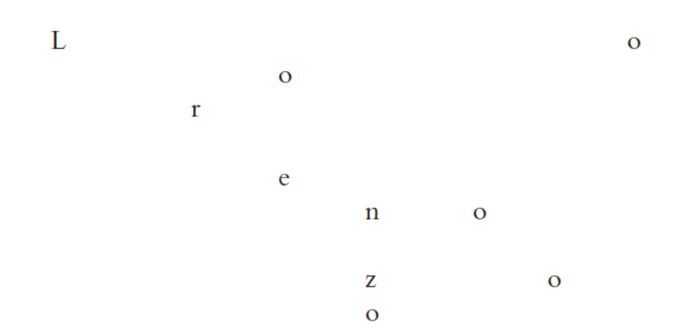
—El Lorenzo se fue —me contestó mientras cargaba una serpiente acabada de matar.

—Lorenzo, voy a ser madre. En el convento me aborrecen.

—El Lorenzo se fue —repitió y se limpió la sangre del animal.

—Lorenzo, un hijo de los dos.

—Va rumbo a las minas —dijo y torció a la cascabel.



Volví a vomitar nada entre las milpas, devolví la comida que no había comido.

Seca.

Con el sol quemándome los adentros, di la vuelta.

Regresé al lago. Junto a las aguas vomité una vez más. Grité, y con mi grito se formaron círculos de agua y dolor.

Ahí me quedé sin saber de mí.

Tirada.

Horas pasaron hasta que apareció la luna.

Toda la noche estuve temblando de frío, mojada entre mis propias lágrimas.

No sé cómo, ni quién me ayudó, sólo sentí unos brazos que me levantaron.

Di un paso y otro.

Como ciega me trepé en una canoa y crucé el lago sin moverme.

Los brazos remaban.

Oí los gritos del mercado cuando llegamos a la calle de las canoas, y más fuertes en el momento en que llegamos al embarcadero de la Acequia Real. Mirando sin ver y ya sin ayuda, caminé hasta San

Gerónimo.

Quise entrar.

Maullé como gata herida y di tres golpes a la puerta.

Esperé.

Nadie abrió.

Atarantada, arrastrándome, llegué a la puertecilla de atrás.

Oí el rechinido de esa puerta y vi cómo los brazos silencios que me habían ayudado, abrían. Sin nada de entendimiento, estuve tirada ahí, ya dentro del convento. La vigilante y la vicaria me hallaron y me incriminaron.

Viciosa.

Malvada.

Perversa.

Llegaron la priora, otras monjas, novicias, sirvientas.

Mentaban tanta cosa que ya no aguantaba oír, hasta que por gracia de mi santa negra, llegaron la chueca, la tornera, la poeta. Pidió la madre Juana Inés calma y que me dejaran sola con ellas.

Ordenó la priora a todas irse de allí.

La vieja me envolvió en un sarape.

La de los pies zambos me dio pan y miel.

La que cargaba tinta y papel me secó las lágrimas.

Con su ayuda llegué a la celda.

Estuve días y noches con la tristeza por todos lados.



SIN SOSIEGO

Ojos abiertos, mirada al techo toda la noche. Todas las noches. En los días andaba como taranta, como tontuna nomás pensando qué hacer, qué camino seguir. Como la letra con que escribo mi nombre yo, la *Y*, que en un punto se divide y jala pa un lado y pal otro, así me hallaba, sin saber qué hacer.

En veces, cabeza baja, a paso lento, llena de calores, caminaba por el Patio de las Novicias o el de los Gatos. Arrastrando los pies recorría el huerto y andaba hacia el refectorio y de vuelta a la celda. Caminaba nomás por caminar, por no quedarme tiesa de tanta pena. A mi paso escuchaba palabras que monjas y novicias mentaban y que me calaban como el viento más frío.

San Ramón nonato,
patrón de las preñadas,
tú que padeciste
dentro de la tenebrosa mazmorra;
santo y abogado
te pedimos que esa criatura salga a la luz del mundo.

A trompadas,
con ruda y perejil,
una buena purga,
un brebaje
que lo expulse,
Que lo

eche.

Días corrieron y la tristeza se me adentró hasta los huesos, se me metió tanto que no podía ni andar; luego se volvió coraje contra mí misma, entonces me di de golpes, me metí la mano en la boca, me torcí la lengua y quise devolver y que todo se saliera.

Renegada

Maldita

Hereja

No sólo fueron palabras como cuchillos, hubo también amenazas de echarme, de sacarme, pero la tornera y la chueca hablaron por mí.

La madre poeta escribió.

La priora consultó con la vicaria y el confesor. Me ordenaron, entonces, pan duro silencio y encierro.

Sin ver la luz, ni pronunciar palabras, estuve guardada días y semanas. De cuando en cuando la tristeza y el coraje se escondían y miraba cómo se me abultaba la panza y hasta me daba contento sentir golpecillos dentro de mí.

La chueca me llevaba, sin que la vigilante se diera cuenta, pan fresco, un tazón de chocolatl o una bebida caliente con canela, jarabe de rosa y algo más, algo que me hacía tanto bien como una torta de cielo: sus cantos.

Cantaba en voz muy baja y me hacía olvidar un poco.

¿Por qué llora esa cara,
y por qué tan triste está?
Te limpio con agua clara
y que Dios haga lo demás.
¡Ay que sí, ay que no,
din diri din don don!

Sonrisas me sacaba esa chueca cantarina, aunque mi Dios fuera otro.

La tornera hacía su parte: entraba a mi encierro, me abrazaba y me contaba leyendas de enamorados en la Extremadura, tierra donde nacieron sus padres. Me hablaba de los dragones que, pintados en telas de seda o encerrados en jarrones azul y blanco, viajaban mareados por las aguas del gran océano navegando en el Galeón de Manila; me daba noticia de la guerra de los indios chichimecas que ocurre en el norte y no termina nunca.

Triste pero con cantos e imaginaciones en la cabeza, apuntaba una cosa y la otra, las anotaba con tinta y pluma en estos pliegos que me mandaba la madre poeta y que guardo entre mis pocas pertenencias.

Poco antes de que cantara el gallo de la mañana y sonaran las campanadas de la misa primera, la tristeza se hacía más grande, entonces yo le pedía a mi santa que la pena se fuera pa siempre, que la canija tristura desapareciera y que hallara sosiego.

Nada. Ni mi santa, ni pan, chocolatl, canciones o historias, ni siquiera escribir estas palabras hacía que se me fuera lo mal que andaba.



DOLORES

Los árboles tiraron sus hojas, terminaron los mentados villancicos y las posadas. Se fueron las músicas y las risas del año nuevo, los aromas de roscas y tamales que yo olía desde el encierro.

Un día quel frío calaba los huesos, me atacaron unos malhayos dolores como nunca había sentido.

Rato largo estuve así, hasta que la chueca y la tornera llegaron con una india que sabía de las cosas del nacer. Mientras me pedían que no gritara más y me agarraban por debajo de los sobacos, la india me quitó el faldón, me rompió la camisa, me embarró con la hierba del parto y con esa hoja santa que calma las dolencias. Me empezó a tentar y mover la panza. Luego me dio un bebedizo de hierbas y raíces tan amargas que sentí una fuerte quemazón por dentro.

Como los dolores eran cada vez más grandes y yo no dejaba de gritar, la india sacó de su morral un pedazo de cola de tlacuachin que me dio a morder. Al poco, a escondidas, sin que las madres se dieran cuenta, me puso una piedra en la mano. Era la piedra del imán, que a indios y negros ayuda, y que yo apreté bien fuerte al tiempo que me encomendé a mi santa negra.

Sentí consuelo.

Cada vez se hacía más oscuro, más de noche, entonces miré que la priora llegó con candelas encendidas y ordenó a todas que se mantuvieran en silencio, que no hicieran tanta alharaca.

De pronto apareció una celadora, se acercó rápida, me miró, me quitó la cola del tlacuachin que estaba mordiendo y con sus manos

grandes me tapó la boca con suavidad. Reconocí su aliento, su silencio, su forma de tocar, sus brazos, su mirada que me calaba pero al tiempo me daba sosiego.

La india me dijo que me pusiera de rodillas y que pujara sin descanso. Mientras ella estaba enfrente de mí y me agarraba de los pies, repitió muy bajito sepaqué oraciones en su lengua.

Las monjas miraban, se persignaban y rezaban en voz tan baja que parecían zumbidos de moscas gordas.

Al cabo de mucho rato sentí que me reventaba por dentro, que me rompía toda, hasta que con la ayuda desas manos indias la cabeza de una criatura se asomó.

Media taranta vi sangre y mocos, oí chillidos y llanto, y a la chueca que gritó a todo pulmón:

¡Virgen de la Merced, virgen de la Merced!
¡Un cachupinito nació en el convento!
¡Un cachupinito cara de rosa!
¡Din diri din don don!

No pude más.



NO

Luego de horas o minutos, abrí los ojos y miré que la chueca tenía al chamaquito envuelto en un sarape, lo acercó a mí. Estaba limpio, sin sangre ni mocos. Observé sus cachetes rojos y su pelillo como algodón colorado; quise gritar pero no pude, entonces, sin voz y con fuerzas sacadas de mis adentros rotos, lo aventé lejos de mí.

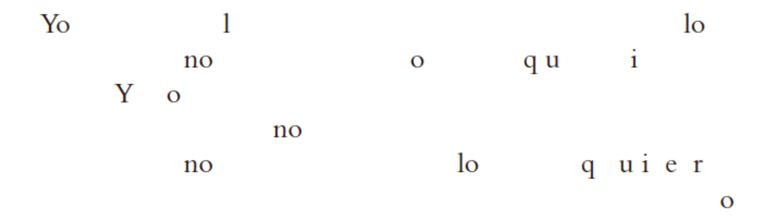
Nada quise saber dél.

La india, que seguía ahí, lo agarró, se lo puso cerca del pecho y calmó los gritos del recién parido.

La chueca trató de sosegarme.

La tornera me abrazó pero yo aullando como loba, taranta de la cabeza y golpeada por el coraje de mirar su piel y su pelo, salí huyendo. Anduve como pude por el convento, sangrando de abajo. Golpeé puertas, grité, seguí andando entre patios y pasillos, y acabé en el porquerizo, tirada de dolor y pena. Ahí entre la mierda y la carne podrida, entre huesos y plumas y ratas y cucarachas me quise quedar y me quise morir.

Mientras me arañaba y jalaba los pelos, me decía a mí misma:



Pasaron noches y días, y a mi cabeza se metían los dichos de unas y otras:

—Que lo tuerza.
—Que lo bautice.
—Que lo regale.

Y la priora y la Besulia se quedaron calladas. Y las otras voces siguieron mentando injurias silencias, maledicencias en voz baja.

Yo rumiaba que no quería saber del chamaco ni de nadie, pero aun así, como perra paraba las orejas cuando hablaban dél. Levantaba la cabeza cuando la chueca me llevaba agua clara pa tomar y de paso mentaba que era bueno ese chiquillo. Miraba a los ojos a la tornera cuando calaba el frío y ella, con paso dificultoso, me llevaba una cobija y mentaba quel crío ya se había echado una risilla.

Me enderezaba cuando una o la otra espantaban a una rata vieja o a una cucaracha y soltaban palabras, así como no querer, palabras que decían que la india buena, esa que me ayudó a parir, preparaba leche con agua y miel pa quel niño comiera.

Sentí mal y bien cuando dijeron que a la notansonsa le había salido leche de las tetas sólo por tener cerca al chamaco, y que mamaba de esa madre que no era la suya.

Dejé de morderme los dedos cuando oí que la novicia había cortado manta de cielo en pedazos para hacerle pañal y que otra más lo envolvió en mantilla de seda, y hasta sonreí cuando mentaron que varias monjas lo cargaban y que la chueca lo arrullaba con sus cantos.



CALMA

Sepacuántos días después, del brazo de la tornera, di un paso fuera del porquerizo y luego otro y otro más, de lejos escuché a la chueca entonando el din diri din don don y unas risitas dulces como leche de coco.

Dejé la ayuda de la tornera en la puerta de la celda y me acerqué.

La chueca se salió canta que canta en voz muy bajita.

Sola caminé otro poco y entré, vi un sarape de colores y ahí dentro ojos, boca, cachetes. Lo destapé y miré calma sus manos y sus pies, vi sus bracitos, sus mejillas del color de la rosa, su pelillo colorado. Sin saber bien cómo, con un poco de miedo lo tomé entre mis brazos.

La tornera, la chueca y las demás cerraron la puerta y me quedé sola con él.

Lloró y yo también lloré quedito durante mucho rato, y con mi llanto limpié su piel pálida, su falta de color, y vi en lo negro de sus ojos los ojos de mi padre negro.

Me reconocí en su nariz chatita y en su boca grande.

Algo que noséqué me hizo sentir fuerte y segura.

Abrió la boca sin llorar. Nomás haciendo ruiditos pidió teta, me saqué una chichi y le di de mi leche. Ahí, mientras él tomaba lo que salía de mis adentros, luego de tanto tiempo, por fin sentí la calma.

Caminando lento volví con el chamaquito a la celda de la madre poeta.

A ser madre.



LEJOS

Tan taranta, tan como momia, tan como si no estuviera presente, la madre poeta hizo muy poco caso de nuestra llegada a su celda. Miraba sus libreros y los volvía a mirar. Al rato dijo:

—Que no llore.

Vi entonces que faltaban libros. Había pedazos de libreros sin ellos y una tristeza que como si fuera su sombra, la perseguía.

Caminaba de un lado al otro mientras leía una y otra vez un escrito con letras y tinta que no eran las de ella.

Había papeles rotos, pliegos manchados, tinta regada y plumas aventadas.

Dejé a mi hijo envuelto en el sarape y me puse a recoger el tiradero.

—Nada negra, no hagas nada, deja todo como está.

Me quedé entonces como palo, como piedra.

La madre, de pronto, sacó un libro de su lugar, lo echó al piso y regresó a su escritorio, tomó la pluma e hizo rayones como los que yo hice cuando aprendí a escribir. No eran palabras. Tinta regada eran sus escritos.

Sin una sola lágrima caminó hasta donde estaban sus instrumentos músicos y uno a uno los acarició como si fueran humanos. Vio al astrolabio y a la lupa como miraba al padre de la nariz larga o a la virreina. Tomó instrumentos y aparatos, y los mantuvo cerca de su pecho, luego los cargó hacia la puerta pa dejarlos ahí. Tirados. Todo lo hizo con calma y sosiego, sin decir palabra.

Del otro lado de la puerta esperaban las cuatro monjas más fuertes

del convento. Ellas cargaban los libros pa llevárselos a la puerta principal, dónde había una nueva tornera y donde del lado de la calle Monforte esperaba sepaquién para llevarse las pertenencias de la madre poeta lejos de San Gerónimo.

Sentí tristeza por las letras que se iban, por las frases y los versos, por lo que había aprendido ahí en esos libros, en esos papeles, por la música que había salido desos instrumentos y por los ojos quel catalejo nos prestaba para ver las estrellas.

La madre poeta, tiesa sin siquiera mover un ojo o la boca, nomás miraba cómo los libros se iban, cómo las letras volaban.

El niño lloró y corrí a silenciarlo con mi leche.

AÑO DE GRACIA DE MIL SEISCIENTOS OCHENTA Y TRES

Así, sin avisar.

Sin decir nada, llegó al convento doña Josefa, hermana de la madre poeta.

Así como se saca un grano de maíz del olote, me quitaron de su lado. Josefa sabía lo que iba a hacer.

La hermana de carne pagó doscientos cincuenta pesos de oro común por mí. Dio fe de mi venta el escribano De la Fuente. En cuanto recibió las monedas la madre poeta, las llevó a las arcas del convento.

Yara de Yanga, mi nombre verdadero, o Juana de San José, como me pusieron acá. Yo, la esclava negra, vale doscientos cincuenta pesos, con todo y el chamaco que carga a la espalda.

Ni una mirada, ni una sonrisa, ni una caricia.

Pliego, tinta y plumas.

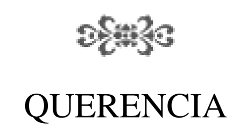
Eso sí.

El primer y último regalo de la madre poeta fue y es ése: pliego, tinta y plumas para escribir.

¿Y la tornera enferma y vieja?, ¿y la chueca?, ¿y el fantasma de la colgada?, ¿y la notansonsa?, ¿y mi pedazo de celda?, ¿y los gatos?

Todo se queda en San Gerónimo.

Con los cantos y las lágrimas de la chueca, con las bendiciones y la angustia de la tornera mirando mi camino, con el silencio de la Besulia y los maullidos de la vieja Pancracia, salí del convento, detrás de mi nueva dueña.



QUERENCIA

La casa de Josefa no es casa. Los brazos de ella no son. No me hallo. No nos gustamos.

Ni sus hijos se entienden con ella. Menos nosotros.

Es gorda como vaca y tiene la cabeza dura como coco caído. No le importa quel niño llore o quiera mamar, me pone a raspar las ollas y cazuelas, a limpiar el fogón, a cargar la leña y nada de comida que me da.

Hace días llegó una carreta que traía un cajón de madera no muy grande. Mientras un mozo se lo entregaba, ella me mandó a recoger las cacas de los animales. A lo lejos vi que pidió ayuda para guardarlo bajo llave en una covacha.

Limpiando estoylotro me agencié la llave y con el chamaco en la espalda, abrí la puerta, miré que traía escrito mi nombre. Ella, la Josefa, no sabe que le inteligo a las letras, que leo y anoto y sé contar del uno al noseacaba.

Abrí el cajón, y hurgando entre las cosas, hallé un recado de la chueca.

Negra:

La madre tornera se fue poniendo cada vez peor hasta que dejó de caminar, estuvo sin moverse varios días, no quiso probar bocado y hace una semana, luego de fumar tabaco en escondidas y de tomar un traguito de aguardiente, fue recogida por Dios nuestro señor. Antes de morir se acordó

de ti, y con un hilito de voz, me pidió que te mandara esto.

La tristeza se hizo presente en mí. Recordé su cuerpo. La ayuda, los juegos y el cariño.

Con lágrimas escurriendo, en silencio hurgué en el cajón. Adentro había cobijas tejidas, manta de cielo, una sonaja de semillas pintada de colores, y entre todo eso, había escondidas varias monedas que la tornera guardó siempre como su tesoro y que alguna vez miré, pero nunca me quise apropiar. Algo llamó mi atención: envuelto en un rebozo de colores, vi un papel enrollado. Lo leí con ansias, di un grito, el niño lloró.

Cerré la caja, salí de la covacha, me alejé de ahí. La Josefa vio mi salida y preguntó qué estaba haciendo, dije que había visto una rata y que me había asustado pero que pronto, muy pronto, me iba a deshacer de ella.

El papel decía con letras torcidas:

Cuando en medio del día se haga de noche, échate al niño atrás, agarra las monedas y vete, vete, mi negra. Corre. Salte de ahí. Ya hallarás tu camino.

¿Cuando en medio del día se haga de noche? Eso no se puede, pensé y me fui, cabeza baja, a seguir con las obligaciones que me impuso la Josefa.

AGOSTO VEINTITRÉS

Hoy mero se vieron las estrellas, cantaron los gallos y quedó todo oscuro a las doce del día por espacio de diez oraciones. Oraciones de las de ellas, bien se entiende.

Luego del susto por mirar que de pronto se hizo de noche, me acordé de lo que me había escrito la tornera. Rápida corrí al cuartucho, me eché al niño en el rebozo, agarré las monedas y aproveché el miedo de la Josefa y la oscuridad para salir bajo el cielo estrellado, cargando al chamaco en la espalda. Mientras las aves que iban volando se caían de susto; mientras los perros aullaban, las mujeres y los chamacos gritaban; mientras las indias desamparaban sus puestos en los que vendían fruta, verdura y otras menudencias para meterse a toda carrera en la catedral; entre tan repentina confusión y alboroto, yo corría hacia la Plaza Mayor.

Miré cómo la gente rezaba, lloraba y gemía. Crucé la enorme plaza donde sólo quedó un hombre. Era el de la larga nariz, quien con un anteojo de vista lejana contemplaba al cielo. Se miraba en extremo alegre y le daba gracias repetidas a su Dios.

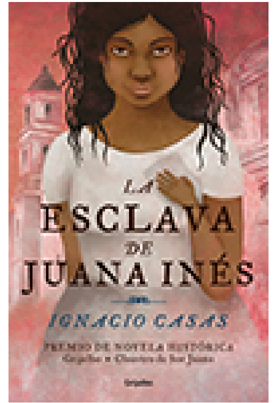
Al mirar cómo la luna dejaba salir al sol, con los dos astros como testigos, prometí al hijo que cargo que le enseñaría a leer.

Leer, comprender.

Escribir.

Volvió a amanecer.

Dos amaneceres en un mismo día.



La esclava de sor Juana Inés de la Cruz fue también, a su modo, una discípula, la primera escucha de versos, sonetos y redondillas. Una mujer mulata cuyas aventuras y peripecias nos exaltan y nos llevan a descubrirlos contrastes de la Nueva España del siglo XVII.

Enamorada de la posibilidad de descifrar lo que las letras dicen juntas, Yara sigue los pasos de la madre poeta. Acata las órdenes de las monjas del convento de San Gerónimo. Oye los consejos de la tornera. Pero sobre todo, se guía por el ímpetu, por ese fuego interno que deriva siempre en la entretenida insumisión. *La esclava de Juana Inés* es un relato que aviva la picardía, que se nutre de un lenguaje poético, y que rescata del olvido histórico a un personaje tan real como imaginado.

«Ignacio Casas ha dado voz a la esclava de sor Juana para mirar aquel siglo virreinal, a las mujeres, y a las esclavas enalteciendo el español, su música y su poder de liberación.»

MÓNICA LAVÍN



IGNACIO CASAS es egresado de la UNAM y del Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia. Forma parte del elenco estable de narradores orales del Fondo de Cultura Económica y Alas y Raíces, de la Secretaría de Cultura. Ha representado a México en las ferias del libro de Panamá, República Dominicana y Los Ángeles, así como en diversas ferias y festivales de lectura en nuestro país. Tiene publicados el álbum infantil *Lili nieta*, *Lulú abuela* y el mismo cuento en aplicación digital; el cuento *Paco, Toño y el Conejo* en los libros de texto de la Secretaría de Educación del Estado de Puebla; *Pietro y Da Lia San* en la revista digital *Nocturnario*, así como los poemarios *Equinos* y *El verbo todo lo es*. Ha formado parte de los talleres de Federico Corral Vallejo, Rebeca Orozco, Isaí Moreno, Ana García Bergua y Mónica Lavín. Actualmente toma un seminario de análisis de textos con el poeta David Huerta en el Centro Vlady de la UACM.

La esclava de Juana Inés

Primera edición digital: octubre, 2019

www.megustaleer.mx

ISBN: 978-607-318-635-3

Penguin
Random House
Grupo Editorial


/megustaleermexico


@megustaleermex

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

ÍNDICE

La esclava de Juana Inés

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos